LA CASA DICE QUE SOMOS DIEZ

Éramos nueve cuando la casa se selló.
A medianoche, el sistema contó diez respiraciones.



HÉCTOR VALNERA

La casa dice que somos diez

Éramos nueve cuando la casa se selló.
A medianoche, el sistema contó diez respiraciones.

Héctor Valnera

La casa dice que somos diez

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

Capítulo 1

Mi madre diseñó una casa con siete patios para que nadie pudiera vivir allí sin mirar el cielo.

Doce años después de enterrarla, mi padre había cubierto los patios con vidrio blindado y reducido toda la casa a una única puerta.

Aparqué frente a ella a las ocho y treinta y dos. El salpicadero del coche todavía mostraba el último mensaje de Nico.

Ven. Esta vez necesito que no te vayas.

Lo había enviado aquella mañana, después de tres meses respondiendo a mis llamadas con monosílabos y a mis mensajes con un pulgar levantado. No había explicado qué necesitaba ni por qué debía ser aquella noche. Tampoco mencionó la votación, los abogados de mi padre o los cuatro correos de Elena marcados como urgentes.

Nico sabía qué clase de invitación conseguiría hacerme volver.

Apagué el motor.

La casa emergía de la ladera como una pieza de granito pulido. Desde la carretera todavía podían verse dos de los muros de piedra clara proyectados por mi madre, pero las ampliaciones de mi padre los habían rodeado con placas oscuras, persianas metálicas y superficies sin juntas. La parte nueva parecía construida para proteger la antigua o para impedir que escapara.

En los planos originales se llamaba **Casa de los Siete Patios**. Mi padre la había rebautizado **Casa Cero** después de la reforma.

Cero riesgo.

Cero dependencia exterior.

Cero nombres que no hubieran sido previamente autorizados.

Una luz blanca recorrió la matrícula. El portón se cerró detrás de mi coche antes de que la puerta principal se abriera. Sobre el marco apareció mi nombre.

NORA VARELA

Debajo, una flecha me indicó dónde debía colocar la mano.

—También me alegro de verte —dije.

Apoyé la palma en el cristal. La pantalla midió mi temperatura, comprobó mi pulso y comparó mi rostro con una fotografía tomada ocho años antes, cuando todavía trabajaba para Varela Biotech y fingía que las reuniones familiares tenían un orden del día.

La puerta se deslizó con un susurro.

Julián Serrano me esperaba dentro del vestíbulo blanco.

No llevaba uniforme, pero nadie habría podido confundirlo con un invitado. Traje oscuro, espalda recta, auricular transparente y las manos libres. Nunca sostenía nada que pudiera impedirle actuar con rapidez.

—Buenas noches, señora Varela.

—Nora.

—El protocolo exige que deposite el móvil y las llaves.

A su lado había nueve compartimentos transparentes. Cinco contenían teléfonos. En el sexto reconocí la funda verde de Nico.

—No recuerdo ese protocolo.

—Se actualizó en mayo.

—Me sorprende que no hayáis instalado una bandeja para la dignidad.

Julián no sonrió. Tampoco parecía ofendido.

—Puede conservarla mientras no emita señal.

Entregué el móvil, pero guardé las llaves del coche en el bolsillo.

—También las llaves.

—El coche está fuera de la casa.

—Dentro del perímetro.

—Entonces podéis detenerlo cuando intente huir.

Julián sostuvo mi mirada durante dos segundos. Después cerró el compartimento con el teléfono y me entregó una pulsera negra.

—Identificación temporal. Le permitirá entrar en las zonas comunes. El ala privada conserva las autorizaciones anteriores.

—¿Y mi antiguo dormitorio?

—Su habitación está preparada.

La frase produjo una incomodidad mayor de la que merecía. No había dormido allí desde el entierro de mi madre. Durante años, mi padre había enviado fotografías para demostrar que mantenía el cuarto igual. Luego dejó de enviarlas, y yo supuse que lo había convertido en otra cosa.

Levanté la muñeca.

—¿Esto también mide el pulso?

—Solo confirma su identidad.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Sí —admitió—. También mide el pulso.

Al fondo del vestíbulo, seis trajes rojos colgaban detrás de una lámina de vidrio. Eran prendas técnicas, de cuerpo entero, con filtros en el cuello y visores negros plegados sobre el pecho. Mi padre había escogido el único color capaz de convertir un armario de emergencias en una amenaza.

Sofía Ortega apareció por una puerta lateral mientras yo los observaba.

Llevaba el cabello recogido de cualquier manera y una tableta bajo el brazo. Había una mancha gris en la manga de su camisa. No parecía suciedad doméstica; tenía el mismo tono del polvo que se acumulaba alrededor de los filtros industriales.

—Llegas antes de lo que esperaba —dijo.

—Llego doce años tarde, según mi padre.

Sofía me abrazó con un solo brazo. Olía a metal frío y jabón.

Nos conocíamos desde la primera reforma. Ella tenía entonces veintiséis años y trataba a la casa como una paciente cuya familia se empeñaba en empeorar el diagnóstico. Había conservado ese modo de observar las paredes: nunca miraba una superficie, sino lo que circulaba detrás.

—¿Problemas? —pregunté, señalando la tableta.

—Comprobaciones.

—Julián dice que cambiaron el protocolo.

—Tu padre cambia los protocolos cuando se aburre.

Julián continuaba a nuestro lado.

—O cuando resulta necesario —añadió.

—Nadie te estaba contradiciendo —respondió Sofía.

Lo dijo sin ironía. Era una de las pocas personas capaces de incomodar a Julián mediante la literalidad.

Una señal luminosa pasó de verde a azul sobre la puerta interior.

—Ya puedes entrar —dijo Sofía.

—¿El análisis ha confirmado que sigo siendo de la familia?

—Eso no lo mide la casa.

Antes de que avanzáramos, alguien habló por el auricular de Julián. Él se volvió ligeramente, escuchó y presionó dos dedos contra el dispositivo.

—Recibido.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—El señor Varela ha preguntado si había llegado.

—Podrías decirle que el reconocimiento facial ha detectado un parentesco probable.

Julián informó de mi llegada sin reproducir el comentario.

Sofía abrió la segunda puerta.

El aire cambió al cruzarla.

El vestíbulo olía a desinfectante y tejido sintético. El Átrio Azul conservaba el olor húmedo de los patios de mi madre: tierra, hojas de limonero, madera y el agua inmóvil del estanque. La cubierta de vidrio mantenía el jardín a una temperatura distinta del resto de la casa. Durante un instante sentí en la cara la tibieza de los veranos de mi infancia.

Después escuché el cierre hermético a mis espaldas.

La casa de mi madre aún estaba allí. Había que aprender a reconocerla debajo de las correcciones.

El átrio ocupaba el centro del edificio. Siete corredores curvos partían de él sin ofrecer una visión completa de las habitaciones siguientes. Ana Varela detestaba los pasillos rectos. Decía que una casa no debía revelar de una vez todo lo que sabía.

Mi padre había conservado las curvas e instalado dentro de cada muro una compuerta de acero.

Las luces del jardín atravesaban paneles de vidrio azul y proyectaban manchas sobre el suelo. El antiguo patio permanecía bajo una cúpula transparente, rodeado por una pasarela de piedra. Los árboles habían crecido hasta casi tocar el techo. Entre ellos, las cámaras de seguridad eran pequeñas articulaciones negras.

Mi padre estaba junto al estanque.

Adrián Varela cumplía setenta y cuatro años en diciembre, pero seguía ocupando los espacios como si la edad fuera una concesión que se hubiera negado a firmar. Vestía camisa blanca sin corbata y sujetaba una copa de vino que apenas había probado. Tenía el cabello completamente gris, la piel clara y la misma postura de las fotografías tomadas cuando fundó el primer laboratorio.

Al verme, dejó la copa sobre el borde del estanque.

—Sabía que vendrías.

Me abrazó antes de que pudiera decidir cómo recibirlo.

Mi padre nunca daba abrazos breves. Extendía el gesto hasta obligar al otro a participar. Sentí su mano en mi nuca y el perfume que usaba desde que yo era niña, mezclado ahora con un olor médico, casi imperceptible.

—Nico lo sabía —dije al separarme—. Tú enviaste a dos abogados.

—Los abogados no significan que no quisiera verte.

—Significan que querías mi firma.

—También.

La sinceridad era una herramienta que mi padre utilizaba cuando resultaba más eficaz que mentir.

Me observó de arriba abajo.

—Estás más delgada.

—Tú sigues diciendo eso.

—Porque sigues estándolo.

A pocos metros, sobre una mesa lateral, había una taza de porcelana azul junto a la cafetera. La taza preferida de mi madre. Mi padre la había colocado en el mismo lugar durante años, incluso

después de que el café acumulado dejara una mancha oscura en el fondo.

Aquella noche estaba limpia.

—El jardín está precioso —dije.

—Sofía quería sustituir los limoneros.

—Uno de ellos tiene un hongo —explicó ella.

—Ana los plantó.

—Precisamente por eso intento que los otros seis no mueran.

Mi padre acarició una hoja amarillenta.

—No morirá.

Sofía no respondió. Consultó la tableta y se alejó hacia el corredor de servicio.

Adrián esperó a que desapareciera.

—Tiene demasiado apego a las normas.

—Pensaba que eso te gustaba.

—Me gusta cuando son las mías.

Elena apareció al otro lado del jardín.

Mi hermana llevaba un traje gris y el cabello recogido en una coleta baja. No había una arruga en la chaqueta ni una sombra de cansancio bajo los ojos, aunque llevaba cuatro semanas negociando una venta que afectaría a más países de los que yo era capaz de enumerar.

Se acercó sin prisa.

—Pensábamos empezar a las nueve.

—Son las ocho y cuarenta y uno.

—Por eso todavía no hemos empezado.

Nos besamos en la mejilla. Su perfume tardó más que el contacto.

—¿Has leído la documentación? —preguntó.

—Buenas noches a ti también.

—Te mandamos la versión definitiva esta mañana.

—La versión definitiva de esta mañana o la versión definitiva de las seis de la tarde.

—La de las seis incluye dos correcciones fiscales y una aclaración sobre las patentes secundarias.

—Entonces he leído la penúltima verdad.

Vi cómo apretaba los dientes antes de contestar. Elena llevaba años intentando decidir si mis frases eran ataques o una enfermedad que debía tolerar.

—No vamos a revisar la operación desde el principio porque te hayas mantenido fuera durante cinco años.

—No os pedí que esperarais.

—Precisamente.

Mi padre levantó una mano.

—Todavía no.

Elena miró hacia él.

—La gente de Aureon está conectada desde Bruselas.

—Esperarán hasta que terminemos de cenar.

—Nosotros dijimos que firmaríamos a las diez.

—Tú dijiste que firmaríamos a las diez.

—Soy la consejera delegada.

—Y yo sigo siendo el presidente.

No elevaron la voz. En mi familia, las guerras importantes siempre se declaraban en un volumen que permitiera seguir sirviendo el vino.

Un golpe suave sonó detrás de mí.

Tomás había entrado en el átrio con dos copas en una mano y una botella en la otra.

—Mi hermana pequeña ha vuelto y ya estamos discutiendo porcentajes. Al menos dejad que se emborrache antes de pedirle dinero.

Me entregó una copa.

Tomás era el único Varela que parecía envejecer de manera ordinaria. Tenía cuarenta y tres años, barba mal recortada y una arruga profunda entre las cejas que no intentaba ocultar. La chaqueta del traje estaba abierta y la camisa se le había salido ligeramente del pantalón.

Lo abracé.

Él dejó la botella en el suelo para rodearme con los dos brazos.

—Pensé que inventarías una enfermedad —dijo junto a mi oído.

—Hay demasiados médicos aquí. Habríais pedido pruebas.

—Podría haberte falsificado algo.

—Esa oferta ha llegado cinco años tarde.

Tomás se apartó, pero no dejó de sujetarme por los hombros.

—Estás bien.

No era una pregunta. Tampoco una certeza. Lo dijo como quien comprueba que una pieza frágil ha sobrevivido a un transporte demasiado largo.

—Estoy aquí.

—No significa lo mismo.

Inés Mora se acercó y le retiró a su marido una pelusa de la solapa.

—Déjala respirar.

—Nora lleva toda la vida respirando sin permiso.

Inés me besó en la mejilla y sostuvo mi brazo un instante.

Era médica intensivista y tenía la costumbre de tocar a las personas mientras las miraba, como si confirmara que lo visible coincidía con lo que ocurría debajo de la piel.

—¿Has comido algo? —preguntó.

—En el viaje.

—Eso significa que no.

—Significa una bolsa de almendras.

—Voy a fingir que no lo he oído.

—Llevas quince años casada con un Varela. Tu capacidad de fingir debería estar más desarrollada.

Tomás soltó una carcajada. Inés sonrió sin mostrar los dientes.

Elena ya había vuelto a consultar su reloj.

—¿Dónde está Nico?

—En el ala violeta —respondió Inés—. Dijo que necesitaba cambiarse.

—Lleva una hora cambiándose.

—Quizá esté eligiendo una personalidad adecuada para la cena —dije.

—A diferencia de algunos, Nico entiende que esta operación también lo afecta —replicó Elena.

—Lo afecta porque lo habéis convertido en la fotografía de portada.

Tomás me apretó el brazo.

No fue un gesto cariñoso.

El silencio duró apenas un instante, pero todos supimos dónde había caído la frase.

En la página principal de Varela Biotech todavía aparecía una fotografía de Nico a los nueve años. Delgado, pálido, sentado en el césped con un balón entre las rodillas. Bajo la imagen, una frase que yo había escrito:

La vida no debería tener una fecha decidida de antemano.

Durante años había sido la mejor campaña de la empresa. Después se convirtió en una forma de impedir cualquier discusión. Criticar Lázaro significaba señalar al niño de la fotografía y decir que debería haber muerto.

—No vamos a hacer esto en el jardín de mamá —dijo Elena.

—Mamá diseñó el jardín para que la gente hablara.

—No para que utilizaras a mi hijo contra mí.

—No lo estoy utilizando.

—Fuiste tú quien eligió la foto.

Aquello era cierto.

Antes de que pudiera responder, escuchamos pasos en la pasarela superior.

Nico descendió sin mirar a nadie.

Había crecido diez centímetros desde la última vez que lo vi y se había cortado el pelo casi al ras. Llevaba una camisa negra demasiado grande, las mangas dobladas hasta los codos y ningún interés en parecer el heredero de una empresa.

Se parecía a Elena en la forma de los ojos y a mi madre en la boca. Durante la infancia había sido tan delgado que cualquier movimiento parecía exigirle una negociación con el cuerpo. Lázaro había cambiado eso. Todavía quedaba algo cuidadoso en su manera de bajar las escaleras, pero ya no necesitaba apoyarse en la barandilla.

Miró primero a su madre, después a mí.

—Has venido.

—Me lo pediste.

—También te pedí que contestaras.

—Estaba conduciendo.

—Te escribí a las once de la mañana.

—Necesitaba pensar.

Nico llegó al último escalón.

—Tardas mucho en hacer cosas que luego presentas como inevitables.

Elena intervino:

—Nicolás.

—¿Qué? Solo intento hablar en el idioma de la familia.

Tomás se agachó para recuperar la botella.

—Perfecto. Ya estamos todos. Podemos cenar antes de que alguien descubra un secreto de infancia o impugne un testamento.

Nico no apartó los ojos de mí.

—¿Has leído los anexos clínicos?

—He leído lo que me mandaron.

—Entonces no.

—¿Tú sí?

Se frotó el antebrazo izquierdo, cerca del pliegue del codo. Bajo la manga apareció el borde amarillento de un hematoma.

Inés lo vio.

—No lo toques.

—No me duele.

—Entonces será fácil dejarlo en paz.

Nico bajó la manga.

—Hablamos después —me dijo.

—¿Después de qué?

—Depende de cuánto tarde el abuelo en intentar comprarte.

Mi padre recogió su copa del borde del estanque.

—La cena está servida.

El Comedor Ámbar ocupaba el sector oriental de la casa. En el proyecto original era una habitación larga, abierta hacia uno de los patios. Mi padre había sustituido las puertas de madera por paneles herméticos y el techo por una estructura de vidrio coloreado que convertía cualquier luz exterior en un resplandor de miel.

Aquella noche la mesa estaba preparada para ocho personas.

Julián permanecía en la sala de seguridad, junto al Airlock Blanco. El personal de cocina había terminado el servicio antes de nuestra

llegada y abandonado el perímetro. Casa Cero podía recalentar los platos, servir el vino y retirar la vajilla mediante compartimentos ocultos en la pared, pero mi padre seguía considerando vulgar que una máquina apareciera delante de los invitados.

Se sentó en la cabecera. Elena ocupó su derecha; Gabriel Leal, la izquierda.

El doctor Leal había sido profesor de Tomás, socio de mi padre y director científico de Lázaro desde antes de que el tratamiento tuviera nombre. Era un hombre delgado, de cabello blanco y movimientos lentos. Cuando yo era niña, me llevaba a los laboratorios los domingos y me enseñaba células a través de un microscopio. Durante años pensé que la ciencia consistía en mirar algo pequeño hasta que dejara de dar miedo.

Gabriel se levantó para saludarme.

—Nora.

—Doctor.

—Hace tiempo que no me llamas Gabriel.

—Hace tiempo que no me llamas.

Aceptó el golpe con una inclinación de cabeza.

—Siento no haber ido a la presentación de tu libro.

—No he publicado ningún libro.

—Entonces me alegro de no haber faltado.

Tomás rio desde el otro lado de la mesa.

Gabriel parpadeó, desconcertado.

—Elena me dijo que estabas escribiendo.

—Elena no sabe qué estoy haciendo.

—Nadie sabe qué estás haciendo —dijo mi hermana.

Tomé asiento junto a Nico.

Sofía quedó frente a nosotros, con la tableta apoyada contra su copa. No pertenecía al consejo, pero debía supervisar la autenticación y la conexión protegida con Aureon. Julián aparecía en una pequeña imagen muda en la esquina de la pantalla.

Mi padre esperó a que se sirviera el primer plato.

—Antes de discutir —dijo—, quiero brindar.

—¿Por qué exactamente? —preguntó Nico.

Elena le lanzó una mirada.

—Por haber llegado hasta aquí —continuó Adrián—. Dentro de unas horas, Lázaro estará preparado para entrar en diecisiete países. Lo que comenzó en dos habitaciones alquiladas podrá alcanzar a millones de personas.

—A millones de clientes —corregí.

—No existe investigación sin clientes.

—Existen pacientes.

—También pagan —dijo Nico.

Inés posó los cubiertos.

—¿Podemos cenar diez minutos sin convertir cada frase en una declaración?

Tomás levantó su copa.

—Brindo por eso.

Mi padre no lo acompañó.

—Cuando Ana enfermó, nos dijeron que no había nada que hacer. Habían decidido que su muerte era natural y que intentar impedirla era una forma de inmadurez. Después dijeron lo mismo sobre Nicolás.

Nico miró su plato.

—Abuelo.

—Tú estás aquí.

—Estoy sentado a una mesa. No hace falta convertirlo en una campaña.

Mi padre bajó la copa.

—No me avergüenza estar orgulloso de ti.

—Te avergüenza todo lo demás.

Elena se volvió hacia su hijo.

—Basta.

—¿Qué significa "todo lo demás"? —pregunté.

Nico tomó agua.

—Que brinde —dijo—. Para eso has venido.

Mi padre continuaba de pie. Esperó unos segundos y terminó el brindis:

—Por Ana. Por Nicolás. Y por todo lo que todavía podemos evitar.

Todos levantaron las copas.

Yo también.

La vajilla hizo un sonido breve y limpio. En el techo, la luz ámbar se reflejó sobre el vino y por un momento cada copa pareció contener una llama.

La comida avanzó durante algunos minutos sin hablar de la operación. Tomás contó una anécdota sobre un congreso en Zúrich, Inés corrigió la mitad de los detalles y Nico fingió no escuchar. Gabriel comía con lentitud, separando los ingredientes antes de llevarlos a la boca. Sofía consultó dos veces la tableta.

A la tercera, le pregunté:

—¿Esperas una invasión?

—Estoy verificando el equilibrio de presión.

—¿Ahora?

—La temperatura exterior ha bajado más rápido de lo previsto.

—¿Eso es peligroso?

—No.

Respondió demasiado deprisa.

Julián apareció en la puerta del comedor.

—Señor Varela.

Mi padre se volvió.

—¿Sí?

—El centro de operaciones pregunta si desea mantener el protocolo de privacidad durante la firma.

—Por supuesto.

—La comunicación exterior quedará limitada al canal de Aureon y a los servicios de emergencia.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunté.

—Hasta que finalice la sesión —respondió Julián.

—¿Mis abogados saben que estaremos incomunicados?

Elena dejó el tenedor.

—Tus abogados no participan en la votación.

—Participan en evitar que firme algo que no entiendo.

—Has tenido tres semanas.

—He tenido siete versiones.

—Las modificaciones están marcadas.

—Las que habéis decidido marcar.

Mi padre intervino antes de que Elena pudiera contestar.

—Nora, si tienes alguna objeción concreta, este es el momento.

—Quiero una auditoría clínica independiente antes de autorizar la licencia.

Gabriel levantó la vista.

Elena no se movió.

Mi padre bebió un sorbo de vino.

—La auditoría ya se realizó.

—La pagamos nosotros.

—Todas las empresas pagan sus auditorías.

—No todas eligen a auditores que han trabajado para ellas durante quince años.

—Cuestionar su independencia no equivale a demostrar una irregularidad.

—¿Y Alma Rojas?

La reacción no fue espectacular. Ninguna copa se rompió. Nadie se levantó.

Gabriel dejó de cortar la carne.

Sofía bajó la tableta.

Tomás miró a Elena y Elena miró a mi padre.

Solo Nico continuó comiendo.

—Alma no forma parte de esta reunión —dijo Adrián.

—Fue directora clínica de Lázaro-7.

—Fue despedida.

—Después de informar de eventos adversos.

—Después de extraer información confidencial y alterar protocolos de custodia —precisó Elena.

Conocía aquella frase. La había construido yo.

Cinco años antes, Varela Biotech me pagaba para convertir hechos complejos en oraciones capaces de sobrevivir a una rueda de prensa. **Alterar protocolos de custodia** podía significar robar datos, copiar un archivo o negarse a devolver una libreta. Una buena frase corporativa no mentía. Eliminaba los caminos que conducían a otras verdades.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Sus abogados no han respondido —dijo Elena.

—Eso no responde.

—No sabemos dónde está.

—¿La denunciasteis?

—Hay una investigación interna —contestó mi padre.

Nico dejó el tenedor.

—Interna significa que investigáis vosotros.

—Significa que se está determinando qué información sustrajo —dijo Elena.

—La información sobre las personas que murieron.

Inés cerró los ojos.

Tomás apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Nico, no hagamos esto así.

—¿Cómo hay que hacerlo?

—Con los datos completos.

—Llevo semanas pidiéndolos.

—Porque no son documentos para circular sin contexto.

—Los muertos tienen bastante contexto.

Elena apartó la servilleta del regazo.

—No existen muertes atribuidas a Lázaro-7.

—Existen muertos que recibieron Lázaro-7.

—No es lo mismo.

—Claro que no. Una frase sirve para vender y la otra no.

Mi padre se dirigió a mí:

—¿Has estado hablando de esto con él?

—No.

—Me pidió que viniera, pero todavía no me ha contado por qué.

—Porque quería que estuvieras aquí antes de contártelo —dijo Nico.

—¿Contarme qué?

Nico miró a su madre.

Elena empujó la silla hacia atrás.

—La cena ha terminado.

—Todavía no hemos tomado el segundo plato —observó Tomás.

—La gente de Aureon lleva una hora esperando.

—Llevan treinta y siete minutos —dijo Sofía.

Elena le dirigió una mirada que habría despedido a cualquier otra persona.

Sofía recogió la tableta.

—El servidor está listo.

Mi padre se levantó.

—Terminemos la operación. Después hablaremos de lo que Nico crea haber encontrado.

—No es una idea —replicó él.

Adrián rodeó la mesa y se detuvo detrás de su nieto. Puso una mano sobre su hombro.

Nico se quedó rígido.

—Si alguien sufrió por una decisión nuestra, lo sabremos —dijo mi padre—. Y responderemos. Pero no destruiremos veinte años de trabajo por una lista sin verificar.

—¿Cuántos años de trabajo vale una persona?

—No hables como si esto fuera una ecuación sencilla.

—Las ecuaciones son cosa de Gabriel.

Gabriel respiró lentamente.

—La relación entre un tratamiento y un fallecimiento no se establece por proximidad temporal —dijo—. Hay historiales, patologías previas, interacciones...

—¿Cuántos? —pregunté.

Gabriel me miró.

—¿Cuántos qué?

—Fallecidos después de recibir Lázaro-7.

Elena respondió antes que él:

—Catorce eventos fatales dentro de un universo de más de once mil participantes y pacientes observacionales.

Nico soltó una risa breve.

—Eventos fatales.

—Es el término correcto.

—¿Tenían nombres?

Elena palideció.

Tomás se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—Claro que tenían nombres.

—Entonces ¿por qué no aparecen?

Mi padre retiró la mano del hombro de Nico.

—Vamos al átrio.

—Aún no he dicho que vaya a firmar —advertí.

—Por eso vamos a hablar.

Sofía ya estaba de pie cuando la casa emitió un tono.

No fue una alarma. Apenas tres notas ascendentes.

Ella consultó la tableta.

—Espera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inés.

—Una alerta en el complejo de San Gregorio.

Gabriel se levantó tan deprisa que golpeó la mesa con la rodilla.

—¿Qué clase de alerta?

—Térmica.

Mi padre y Gabriel se miraron.

Tomás se puso las gafas.

—¿En qué edificio?

Sofía deslizó los dedos sobre la pantalla.

—Producción tres. El sistema ha registrado un aumento brusco de temperatura en la zona de destrucción.

—Eso está automatizado —dijo Elena—. Tendría que haberse detenido.

—Tendría —repitió Sofía.

La tableta de Gabriel comenzó a vibrar sobre la mesa. La recogió y leyó el mensaje.

Su rostro cambió.

—Han perdido el control del horno.

—¿Hay personal dentro? —preguntó Inés.

—El turno de noche es mínimo.

—No te ha preguntado cuánto personal —dije.

Gabriel no contestó.

Sofía amplió un plano.

—El sistema contraincendios está activo. Están evacuando el módulo.

—¿Qué estaban destruyendo? —preguntó Nico.

Nadie respondió.

Mi padre se dirigió a Gabriel:

—¿El lote completo?

Gabriel asintió apenas.

—Incluidas las muestras de retención.

—¿Ordenaste destruirlas? —pregunté.

Adrián me miró.

—Estaban comprometidas.

—¿Por qué?

La segunda señal de la casa fue más grave.

Las luces ámbar parpadearon. En el techo, los paneles de vidrio perdieron transparencia y se volvieron opacos.

La voz del sistema llenó el comedor.

—**Alerta exterior recibida. Incidente químico en el complejo industrial de San Gregorio. Esperando confirmación de las autoridades.**

Tomás se acercó a Sofía.

—¿Qué puede salir de allí?

—Depende de qué esté ardiendo.

—El lote estaba en el sector de vectores —dijo Gabriel.

Inés dejó de recoger su bolso.

—¿Biológico?

—Los vectores no sobreviven a esa temperatura.

—No te he preguntado si sobreviven. Te he preguntado qué puede salir.

—Disolventes, material de laboratorio, productos de limpieza industrial —enumeró Sofía—. La columna de humo se dirige hacia el norte.

Casa Cero estaba al norte.

Elena buscó su teléfono y recordó que lo había dejado en el vestíbulo.

—Necesito hablar con el centro de operaciones.

—El canal interno sigue abierto —dijo Julián desde la puerta.

—¿Hay heridos?

—No hay víctimas confirmadas.

La frase recorrió la mesa y llegó hasta mí con la misma forma con la que salía en nuestros antiguos comunicados.

No significaba que nadie estuviera herido.

Significaba que todavía no estaban dispuestos a decirlo.

—Quiero los nombres del personal de turno —dijo Nico.

—Ahora no —respondió Elena.

—Precisamente ahora.

Mi padre alzó la voz por primera vez:

—Julián, lleva a todos al átrio. Sofía, prepara el aislamiento.

—La alerta aún no es oficial —dijo ella.

—Prepáralo.

—Adrián —intervino Gabriel—, si cerramos antes de que el sistema termine la renovación de aire...

—Tenemos autonomía para setenta y dos horas.

—No se trata de autonomía. La presión todavía está equilibrándose.

—Hazlo —ordenó mi padre.

Sofía no discutió. Recogió la tableta y salió.

Las luces del comedor pasaron de ámbar a blanco. Dentro de los muros comenzó a moverse algo pesado. No era un solo mecanismo, sino una sucesión de cierres propagándose por la casa.

Elena fue detrás de Sofía.

Tomás sujetó a Gabriel por el brazo.

—¿Por qué estaban destruyendo el lote esta noche?

Gabriel retiró la mano.

—No es el momento.

—Es exactamente el momento —dije.

Mi padre se detuvo en la puerta.

—Las muestras presentaban problemas de estabilidad.

—¿Desde cuándo?

—Recibimos el informe esta mañana.

—¿Antes de convocar la firma?

—La licencia comprende la plataforma completa, no un único lote.

—Un lote que cinco personas de esta mesa llevan dentro.

La mirada de Adrián se desplazó hacia Nico.

Tomás se llevó una mano al antebrazo. El gesto fue rápido, casi inconsciente.

—La dosis administrada la semana pasada superó todos los controles —dijo Gabriel.

—Los controles que firmasteis vosotros —respondió Nico.

Un tercer tono cortó la discusión.

—**Orden oficial de confinamiento recibida. Mantengan cerradas puertas y ventanas. Interrumpan toda captación de aire exterior.**

En el techo, el vidrio ámbar quedó cubierto por una persiana metálica. La habitación perdió el último reflejo del exterior.

Casa Cero comenzó a sellarse.

Nos reunimos en el Átrio Azul a las once y veintiséis.

Sofía permanecía frente al panel principal, supervisando el cierre de cada sector. Sobre el plano de la casa, las líneas exteriores cambiaban de blanco a rojo.

—Airlock bloqueado —anunció—. Garaje bloqueado. Captación exterior interrumpida. Estamos en recirculación.

—¿La presión? —preguntó mi padre.

—Subiendo. Tardará unos veinte minutos en estabilizarse.

—¿Y el túnel?

Sofía tardó una fracción de segundo en responder.

—Sellado.

—¿Lo has comprobado?

—El sistema confirma las dos compuertas.

Julián entró desde el corredor blanco. Llevaba una radio portátil y una funda con una pistola sujeta a la cintura. Conté nueve personas en el átrio: mi padre, Elena, Tomás, Inés, Nico, Gabriel, Sofía, Julián y yo.

Todos los que debíamos estar en la casa.

—El incendio ha alcanzado el almacén auxiliar —informó Julián—. La carretera comarcal está cortada. La Guardia Civil ha establecido un perímetro de ocho kilómetros.

—¿El personal? —preguntó Nico.

Julián miró a Elena antes de responder.

—Treinta y dos personas evacuadas. Tres trasladadas al hospital.

—¿Nombres?

—Aún no.

—Siempre es aún no.

Elena se acercó a su hijo.

—Necesitamos mantener la calma.

—¿Para qué? ¿Para no alterar las estadísticas?

—No sabes lo que ha ocurrido.

—Sé que estabais destruyendo el lote antes de venderlo.

—Estábamos retirando material inestable.

—Eso es destruirlo con más sílabas.

Tomás se sentó en el borde del estanque.

Tenía la frente húmeda. Inés lo vio y se agachó delante de él.

—¿Te encuentras bien?

—Calor.

—Aquí no hace calor.

—Me he levantado demasiado rápido.

Inés apoyó dos dedos en su muñeca.

—Estoy bien —insistió él.

—Deja que lo compruebe.

—Me resulta difícil discutir con mi hermana mientras mi mujer me toma el pulso.

—Puedes descansar cinco minutos de ambas cosas.

Mi padre se volvió hacia Sofía.

—¿Podemos abrir la comunicación exterior?

—El canal de emergencia está activo. Las redes convencionales permanecerán bloqueadas mientras las persianas estén cerradas.

—Necesito hablar con San Gregorio.

—Julián puede conectarte desde seguridad.

Elena ya se dirigía al corredor.

—Voy contigo.

—No —dijo mi padre—. Tú te quedas con Nicolás.

—No necesito que nadie se quede conmigo.

—Elena se queda.

Mi hermana obedeció. No porque aceptara la orden, sino porque había visto el sudor en la frente de su hijo.

Nico volvió a frotarse el antebrazo.

Inés lo señaló.

—He dicho que no lo toques.

—Pica.

—Enséñamelo.

—Es el hematoma de la inyección.

—Precisamente.

Nico se arremangó. El morado ocupaba casi todo el interior del brazo. Los bordes amarillentos indicaban que llevaba allí varios días, pero en el centro había pequeños puntos rojos que no había visto antes.

Gabriel se acercó.

—Es una reacción local.

—¿Todos tenéis lo mismo? —pregunté.

Tomás bajó discretamente la manga.

Elena cruzó los brazos.

—Nora, no empieces.

—Solo he preguntado.

—Yo no tengo nada —dijo mi padre.

Gabriel no mostró los brazos.

Inés examinó el hematoma de Nico sin tocarlo.

—¿Ha crecido desde esta mañana?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Quizá un poco.

—¿Fiebre?

—No.

—Dolor de cabeza, mareo, náuseas.

—Nada.

Tomás intentó levantarse. Tuvo que apoyarse en el estanque antes de conseguirlo.

—Voy a cambiarme esta camisa. Está pegada.

—Te acompaño —dijo Inés.

—Sé llegar a mi habitación.

—Nunca he dudado de tus capacidades geográficas.

Él sonrió, pero permitió que lo sujetara por el brazo.

Los vi desaparecer hacia el Ala Violeta.

Nico se sentó donde había estado su tío.

Yo ocupé el lugar a su lado.

—¿Qué encontraste?

Miró a Elena. Ella hablaba en voz baja con Gabriel, a unos metros.

—Nombres.

—¿De los catorce?

—Veintisiete.

—Elena ha dicho catorce.

—Elena dice lo que puede demostrar la gente que está fuera de la empresa.

—¿De dónde sacaste los demás?

—Pacientes, familiares, grupos privados. Algunos recibieron Lázaro-7 dentro de programas que no aparecen en los informes públicos.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo personas.

—No es lo mismo.

Nico giró la cabeza hacia mí.

—Ya hablas como ellos.

La acusación me dolió porque había elegido exactamente la frase que yo habría utilizado en una reunión de crisis.

—Necesito saber qué puedo comprobar.

—Necesitas decidir si vas a firmar antes de comprobarlo.

—No voy a firmar esta noche.

—Eso dices ahora.

—¿Para qué me hiciste venir?

Observó el agua oscura del estanque.

—Porque tú escribiste lo de Alma.

No intenté negarlo.

—Escribí el comunicado.

—Escribiste que había mostrado "un patrón de conducta incompatible con la integridad científica".

Recordaba cada palabra.

—Me dijeron que había manipulado resultados.

—Te dijeron lo que necesitabas escribir.

—Sí.

No añadí ninguna defensa. Nico parecía preparado para combatirla y la ausencia de resistencia lo dejó momentáneamente sin respuesta.

—Alma intentó ponerse en contacto conmigo —continuó—. Hace tres semanas.

—¿Qué te dijo?

—Que había algo en los datos de Lázaro-7. Algo que Gabriel había encontrado y después quitado del informe.

—¿Volviste a hablar con ella?

—Desapareció.

—Elena dice que robó información.

—Elena también dice que catorce muertos son eventos.

Mi padre regresó acompañado de Julián.

—El incendio está contenido dentro del complejo —anunció—. La nube se desplaza hacia el este. Las autoridades mantendrán el confinamiento hasta evaluar la calidad del aire.

—¿Heridos? —preguntó Nico.

—Tres, ninguno en estado crítico.

—¿Nombres?

—No los tengo.

—Pues pídeles que te los aprendan.

Adrián lo observó con una paciencia que me resultó más inquietante que la ira.

—Todos estamos alterados.

—Yo estaba alterado antes del incendio.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Sé que llevas semanas accediendo a información que no comprendes.

Nico se levantó.

—La comprendo cuando tiene nombre y fecha de muerte.

—Nicolás —dijo Elena.

Él la apartó al pasar sin llegar a tocarla.

—Voy a mi habitación.

—El protocolo recomienda permanecer en las zonas comunes —informó Sofía.

—El protocolo no ha cenado con mi familia.

Se marchó por el corredor violeta.

Elena hizo ademán de seguirlo, pero mi padre se interpuso.

—Déjalo.

—Está asustado.

—Está enfadado.

—Puede estar las dos cosas.

Ella se quedó mirando el corredor.

En las paredes del átrio, una línea azul indicaba el flujo del aire. Los árboles de mi madre se movían suavemente bajo la corriente de recirculación. Sobre nuestras cabezas, la cúpula transparente había desaparecido detrás de placas de acero.

Casa Cero ya no tenía cielo.

—La operación queda aplazada —dije.

Elena se volvió.

—La conexión con Aureon sigue abierta.

—Hay un incendio en nuestro laboratorio.

—Precisamente por eso necesitamos completar la licencia antes de que abran los mercados.

—¿Estás escuchándote?

—Si mañana se interpreta que hemos retirado el acuerdo, las acciones caerán antes de que podamos explicar el accidente.

—Estamos encerrados en un búnker porque habéis quemado el lote que pretendíais vender.

—No vendemos lotes. Vendemos patentes, infraestructura y derechos de producción.

—Elena —dijo Gabriel.

Fue la primera vez que la contradijo aquella noche.

Ella lo miró.

—¿Qué?

Gabriel tenía la piel más pálida que durante la cena.

—Deberíamos esperar.

Mi padre se acercó a él.

—¿Por el incendio?

—Por todo.

Una puerta se abrió en el Ala Violeta. Inés apareció sola.

—Tomás se ha tumbado —informó—. Tiene la tensión baja, pero no presenta fiebre. Voy a observarlo.

Gabriel apretó los labios.

—¿Ha sangrado?

Inés lo miró con atención.

—¿Por qué preguntas eso?

—El hematoma de Nico.

—Es una reacción local —dijo Elena.

—Tú no eres médica —respondió Inés.

Mi hermana recibió la frase como una bofetada.

—Lázaro puede producir alteraciones temporales de coagulación —explicó Gabriel—. Están descritas.

—No en el documento que recibí —dije.

—Porque son clínicamente irrelevantes.

—¿También las hemorragias?

—Nadie ha sufrido una hemorragia.

—Todavía —dijo Inés.

El jardín quedó en silencio.

La casa anunció:

—**Presión interior estabilizada. Calidad del aire dentro de los parámetros de seguridad.**

Sofía miró el reloj.

—A medianoche realizará el censo completo.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Comprueba ocupación, consumo respiratorio y distribución de personas para calcular la autonomía.

—Somos nueve —dijo Elena.

—El sistema lo sabe.

Sofía volvió a consultar la tableta.

Vi que miraba dos veces el mismo punto del plano.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—No.

—Has dicho lo mismo en el vestíbulo.

—Y sigue siendo cierto.

Mi padre señaló el corredor azul.

—Terminaremos la reunión en la biblioteca.

—Tomás no está en condiciones de votar —dijo Inés.

—Tomás ya autenticó su participación.

—Autenticar no es votar.

—Puede hacerlo desde la habitación.

—No va a hacerlo esta noche.

Adrián se volvió hacia mí.

—¿Y tú?

—He dicho que no firmaré.

—Has dicho que no firmarías antes de hablar. Estamos hablando.

—No. Estamos esperando a que se disipe una nube tóxica producida mientras destruíais pruebas.

Elena dio un paso en mi dirección.

—Retira eso.

—¿Qué parte?

—No destruimos pruebas.

—Entonces dime por qué las muestras debían desaparecer la misma noche en que pretendíais vender la empresa.

—PorquePorque estaban degradadas.

—¿Y quién autorizó la destrucción?

Nadie respondió.

No necesitaba una confesión.

Miré a mi padre.

Adrián no apartó los ojos.

—Yo —dijo.

Durante años había imaginado aquel tipo de momento: una verdad pronunciada sin abogados, sin comunicados y sin nadie encargado de reducirla a un párrafo aceptable.

No produjo alivio.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque el lote no podía conservarse de manera segura.

—¿Debido a qué?

—Inestabilidad térmica.

—¿Y los pacientes?

—El producto administrado no presentaba esa alteración.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Gabriel miró hacia el jardín.

La respuesta de mi padre había sido demasiado rápida. Gabriel lo sabía. Yo también.

Antes de que pudiera insistir, la voz de la casa volvió a oírse.

—**Faltan sesenta segundos para el censo ambiental. Permanezcan en sus zonas actuales.**

Sofía levantó la cabeza.

Eran las once y cincuenta y nueve.

Desde el Ala Violeta, Inés llamó a Tomás por el comunicador de pared. Él respondió algo que no alcanzamos a entender. Nico abrió la puerta de su habitación y apareció en la pasarela superior, apoyado en la barandilla.

Julián seguía junto al corredor blanco.

Ocho personas visibles alrededor del átrio. Tomás en su dormitorio.

Nueve.

Las luces azules disminuyeron de intensidad. En el techo, los sensores emitieron pequeños destellos blancos. Uno tras otro, recorrieron el jardín, la pasarela y los accesos cerrados.

El reloj cambió a medianoche.

—**Censo ambiental completo** —anunció la casa—. **Nueve credenciales activas. Diez patrones respiratorios detectados.**

Nadie habló.

Sofía miró la tableta.

Julián llevó una mano al auricular.

Mi padre fue el primero en reaccionar.

—Repite el censo.

Los sensores volvieron a encenderse.

Vi sus luces avanzar por el suelo, subir por las paredes curvas y desaparecer detrás del corredor técnico.

—**Censo repetido** —dijo la casa—. **Nueve credenciales activas. Diez patrones respiratorios detectados.**

Éramos nueve.

A medianoche, alguien respiraba dentro de la casa sin tener nombre.

Capítulo 2

Julián fue el único que creyó a la casa de inmediato.

Llevó una mano a la pistola y se colocó entre nosotros y el corredor que conducía al Airlock Blanco. No preguntó si el sistema podía haberse equivocado. Tampoco miró a Sofía buscando confirmación.

—Nadie se mueve.

Nico continuaba en la pasarela superior. Inés permanecía en el Ala Violeta con Tomás. Los demás estábamos distribuidos alrededor del jardín, demasiado separados para parecer una familia y demasiado cerca para fingir que no teníamos miedo.

Mi padre alzó la vista hacia los sensores del techo.

—Localiza el patrón no identificado.

La casa respondió:

—**El censo respiratorio no proporciona identificación personal.**

—No he pedido un nombre. He pedido una ubicación.

—**Señal respiratoria adicional detectada entre los sectores verde y violeta. Precisión insuficiente.**

Sofía amplió el plano en su tableta. Sobre la casa aparecieron nueve puntos azules y uno blanco que parpadeaba detrás de los muros del jardín.

—Está en el anillo técnico —dijo.

Julián se acercó.

—¿Cómo ha entrado?

—Hay tres accesos: el Airlock, el garaje y el túnel de mantenimiento.

—Los tres están sellados.

—Ahora.

Julián la miró.

—¿Has revisado el historial?

—Lo estoy haciendo.

Deslizó el dedo por la pantalla. El punto blanco desapareció y reapareció unos metros más al norte.

—¿Se ha movido? —preguntó Elena.

—El sistema está refinando la lectura.

—¿Se ha movido?

—No puedo saberlo todavía.

Mi padre se volvió hacia Julián.

—Revisa toda la casa.

—Necesito que todos permanezcan en un sector seguro.

—No existe un sector seguro mientras alguien pueda desplazarse detrás de las paredes.

—Precisamente por eso necesito saber dónde está cada uno de ustedes.

Adrián dio un paso hacia él.

—Esta es mi casa.

—Y mi responsabilidad mientras dure el aislamiento.

Mi padre no acostumbraba recibir órdenes. Durante algunos segundos pareció estudiar a Julián como si acabara de descubrir una función desconocida en un objeto que había comprado hacía años.

—Haz tu trabajo —dijo finalmente.

Julián presionó el auricular.

—Sistema, bloquea las puertas interiores de los sectores negro y rojo. Mantén abierto el acceso al Atrio Azul desde las alas habitables.

—**Autorización de seguridad reconocida. Núcleo Negro bloqueado. Clínica Roja bloqueada.**

—¿Y nosotros? —preguntó Nico desde arriba.

—Todos al atrio —respondió Julián—. Incluido tú.

—Tomás no puede levantarse —dijo Inés por el comunicador.

Su voz salió de uno de los paneles de pared. Julián se acercó.

—Doctora Mora, cierre la puerta y permanezca con él. No abra hasta que yo se lo indique.

—La habitación no tiene cierre de seguridad.

—El Ala Violeta sí.

—Entonces nos estarías encerrando con todos los dormitorios vacíos.

Julián miró a Sofía.

—¿Puede aislar una sola habitación?

—No sin activar el protocolo médico.

—No lo actives —ordenó mi padre.

Inés volvió a hablar:

—Puedo cerrar la puerta. Si alguien entra, procuraré preguntarle qué tal está antes de dejar que nos mate.

—Inés —dijo Elena.

—Seguimos aquí.

La comunicación terminó.

Julián indicó a Nico que bajara. Mi sobrino obedeció con una lentitud deliberada. Al llegar al atrio, se colocó junto a mí y cruzó los brazos.

—¿Crees que es Alma? —susurró.

—No lo sé.

—La casa no inventa pulmones.

—También puede contar dos veces.

Sofía levantó la cabeza desde el otro lado del estanque.

—No puede.

Todos la miramos.

Ella sostuvo la tableta contra el pecho.

—Los sensores no cuentan cuerpos. Detectan movimientos respiratorios y consumo de oxígeno. El sistema compara ambas mediciones antes de confirmar el censo.

—¿Y puede saber si alguien está vivo, pero no dónde? —pregunté.

—El anillo técnico tiene paredes, tuberías y motores entre los sensores. Puede saber que hay una respiración adicional sin ubicarla con precisión.

—¿Por qué no hay cámaras?

—Las hay —dijo Julián.

Sofía tardó en responder.

—Dos están fuera de servicio.

El punto blanco volvió a parpadear.

Julián se acercó tanto que casi tocó la pantalla.

—¿Desde cuándo?

—A las diecisiete cuarenta y ocho el sistema registró una interrupción de mantenimiento.

—¿La autorizaste tú?

—Estaba revisando los conductos.

—Eso no responde.

—Mi credencial figura en el registro.

Elena avanzó hacia ella.

—¿Había algún técnico contigo?

—No.

—Entonces ¿por qué hay diez personas?

—Porque una entró sin credencial.

—Eso ya lo sabemos.

—Pues me estás pidiendo que responda a la pregunta equivocada.

Elena abrió la boca, pero mi padre intervino:

—Sofía, ¿puede alguien entrar por el túnel sin quedar registrado?

—No durante el aislamiento.

—Antes.

—Si conoce el código exterior y tiene autorización para abrir la primera compuerta, sí. La lectura de ocupación total solo se activa cuando la casa se sella.

—¿Quién tiene autorización?

—Tú. Julián. Yo.

Elena miró a los tres.

—¿Alguien abrió el túnel?

Mi padre no contestó. Julián negó con la cabeza.

Sofía observó el plano.

—No.

La respuesta llegó tarde. No mucho; lo suficiente para que yo la oyera separada de la pregunta.

—Revisaré el Airlock y el acceso al garaje —dijo Julián—. Sofía viene conmigo.

—Yo también —anunció mi padre.

—No.

—No voy a esconderme en el jardín.

—Si hay un intruso, usted puede ser el objetivo.

—Eso no me convierte en un inválido.

—Lo convierte en la persona cuya seguridad me pagan por garantizar.

Nico soltó una risa seca.

—Por fin alguien ha encontrado la manera de explicárselo.

Adrián ignoró el comentario.

—Nora conoce la casa antigua —dijo—. Algunas entradas de servicio se conservaron durante la reforma.

—Sofía conoce todas.

—La mayoría —dije.

Sofía me miró.

—Todas las que siguen existiendo.

—Eso pensabas sobre el patio de la biblioteca hasta que encontraste la cisterna.

—Una cisterna no respira.

—¿Puedo ir o preferís descubrir otra parte de la casa que mi madre ocultó en los planos?

Julián evaluó la posibilidad. Yo no representaba una ayuda evidente, pero mantenerme en el atrio tampoco garantizaba que obedeciera.

—Detrás de mí en todo momento —dijo—. Si ordeno que se detenga, se detiene. Si digo que vuelva, vuelve.

—No prometo nada sobre la gramática, pero lo intentaré.

Sacó la pistola.

El arma modificó el aire más que la décima respiración. Hasta entonces, alguien se escondía dentro de la casa. Con la pistola en la mano de Julián, alguien podía morir allí.

Mi padre me sujetó por el brazo antes de que me marchara.

—No te separes de ellos.

—Creía que esta era la casa más segura de Europa.

—Lo es.

—Entonces uno de los dos no ha entendido la palabra segura.

Me soltó.

Atravesé el corredor detrás de Julián. Sofía caminaba a mi lado, pendiente de la tableta. Cuando dejamos atrás el jardín, miré una vez hacia Nico.

Él levantó dos dedos y señaló sus propios ojos.

Mira.

El gesto no pertenecía a nuestra infancia. Había aprendido a desconfiar mientras yo estaba fuera.

El Airlock Blanco estaba separado del resto de la casa por dos puertas curvadas. La primera se cerró detrás de nosotros y una luz recorrió el suelo antes de permitir que se abriera la segunda.

Julián mantenía la pistola baja.

—¿La casa puede bloquear las puertas con nosotros dentro? —pregunté.

—Sí —respondió Sofía.

—¿Y abrirlas desde fuera?

—Depende de quién lo intente.

—La clase de respuesta que tranquiliza a cualquiera.

Entramos.

Mi teléfono continuaba dentro del sexto compartimento. Los demás móviles seguían en sus casillas, salvo el de Julián, que llevaba consigo. Las llaves de los coches, las carteras y dos ordenadores formaban una colección de objetos inútiles a pocos metros de sus propietarios.

La puerta exterior mostraba una línea roja en todo el contorno.

AISLAMIENTO ACTIVO

Julián inspeccionó el vestíbulo, comprobó los armarios inferiores y se agachó para examinar la junta de la entrada.

Sofía consultó el registro.

—No se ha abierto desde las veinte treinta y dos.

—Mi llegada —dije.

—Sí.

Julián señaló los compartimentos.

—¿Se puede acceder a ellos desde el anillo técnico?

—A los objetos, no. Al sistema de refrigeración y a los sensores, sí.

—¿Y a los armarios?

—Algunos tienen panel posterior.

Me acerqué a la vitrina de emergencias.

Cinco trajes rojos colgaban detrás del vidrio.

Los conté otra vez.

—Había seis.

Sofía levantó la vista.

—¿Qué?

—Cuando llegué. Había seis trajes.

Julián se colocó a mi lado.

—¿Está segura?

—Me quedé mirándolos mientras intentabas confiscarme las llaves.

Sofía abrió el inventario en la tableta.

—El sistema registra seis unidades.

—El sistema puede venir a contarlas.

Julián pasó su pulsera por el cierre. La lámina de vidrio se desplazó y dejó escapar un olor a plástico nuevo. Revisó los cinco trajes, separándolos uno a uno.

Detrás del último había un espacio vacío y dos enganches abiertos.

—¿Cuándo se actualiza el inventario? —preguntó.

—Cuando se retira una unidad, el sensor del soporte envía la modificación.

—No la ha enviado.

Sofía se agachó y tocó el enganche.

—Está anulado.

Julián enfocó el hueco con una linterna.

—¿Desde aquí?

—No. El cable va por detrás.

—Entonces alguien ha accedido desde el corredor técnico.

Se acercó al fondo del armario y retiró los cinco trajes. Detrás apareció una plancha blanca con cuatro tornillos. Uno de ellos

estaba fuera de lugar, apenas inclinado.

Julián intentó moverlo con los dedos.

—Herramientas.

Sofía abrió un cajón y le entregó un destornillador.

—¿Ese panel comunica directamente con el anillo? —pregunté.

—Con una cámara de mantenimiento —dijo—. Desde allí se revisan los sensores de temperatura.

—¿Cabe una persona?

—No por el panel.

—Pero sí al otro lado.

No respondió.

Julián retiró los tornillos. La plancha se inclinó hacia nosotros y dejó visible una cavidad estrecha, llena de cables y tuberías. En el polvo acumulado sobre la base había una marca limpia, como si algo hubiera sido arrastrado recientemente.

Sofía acercó la tableta al hueco.

—No detecto movimiento.

—Luz —pidió Julián.

Ella activó una tira instalada dentro de la cámara. El espacio se iluminó hasta una rejilla metálica situada al fondo. La rejilla estaba cerrada, pero uno de sus bordes tenía una mancha oscura.

Julián introdujo la mano enguantada y tocó la superficie.

—Grasa.

—Los rieles de servicio utilizan lubricante —explicó Sofía.

—¿Reciente?

—No puedo saberlo.

—¿Puedes abrir la rejilla?

—Desde el otro lado.

Julián volvió a colocar la plancha sin atornillarla.

—¿Cuándo pudo retirar el traje?

Sofía estudió el registro de presión.

—Después del cierre exterior y antes del censo. Entre las veintitrés veintiséis y medianoche.

—¿La persona ya estaba dentro del anillo?

—Si Nora vio seis trajes, sí.

—¿Y cómo abrió el armario sin activar el sensor?

—Anulando el soporte desde mantenimiento.

—Eso requiere conocimientos sobre la casa.

—O instrucciones.

Julián la miró.

—¿Quién conoce el sistema?

—Yo.

—¿Solo tú?

—Los técnicos que participaron en la reforma conocen partes. Nadie externo tiene el plano completo.

—¿Alma Rojas conoce esta casa? —pregunté.

Sofía giró la cabeza demasiado deprisa.

—¿Por qué preguntas por ella?

—Porque desapareció después de denunciar Lázaro, Nico dice que intentó contactar con él y ahora tenemos una persona sin credencial escondida detrás de las paredes.

—Eso no significa que sea Alma.

—No he dicho que lo sea.

Julián cerró la vitrina.

—¿Ha estado aquí alguna vez?

Sofía guardó la tableta bajo el brazo.

—Vino durante la primera fase del proyecto médico. La Clínica Roja todavía estaba en construcción.

—¿Conocía el túnel?

—Conocía su existencia.

—¿Y el Núcleo Negro?

—Todo el consejo sabe que existe un servidor seguro.

—No he preguntado si sabe que existe. He preguntado si sabe llegar.

—Desde el anillo técnico, todas las rutas llevan al núcleo.

Julián presionó el auricular.

—Sistema, informa sobre el patrón adicional.

—**Señal respiratoria adicional detectada en el cuadrante norte del anillo técnico.**

Sofía amplió el plano.

El punto blanco había dejado el espacio situado entre el jardín y los dormitorios. Ahora parpadeaba detrás de nosotros.

Entre el Airlock Blanco y el Atrio Azul.

Julián levantó la pistola.

La puerta por la que habíamos entrado seguía cerrada. Al otro lado se extendía un corredor vacío.

—¿Existe una salida desde la cámara de mantenimiento? —preguntó.

—Dos. Una detrás del armario y otra junto al panel de control del atrio.

—Entonces podría estar pasando a nuestro lado.

—Detrás del muro —precisó Sofía.

Un sonido metálico llegó desde la cavidad abierta.

No fue fuerte. Una vibración breve, seguida de algo que rozó una tubería.

Julián nos indicó que retrocediéramos.

Se acercó al hueco del armario, apuntó hacia la rejilla y esperó.

Las tuberías continuaron inmóviles.

—Salga con las manos visibles —ordenó—. La casa está sellada. No hay ninguna ruta de salida.

Nada respondió.

—Sabemos dónde está.

El punto blanco de la tableta parpadeó una vez y desapareció.

Sofía golpeó la pantalla con el dedo.

—Ha salido del alcance.

—¿Dónde reaparecerá?

—No lo sé.

—Tienes el plano.

—El aire no sigue el plano, Julián. Las paredes están llenas de motores, agua y conductos. El sistema separa una respiración de las vibraciones cuando puede, no cuando se lo ordenamos.

Él no bajó el arma.

—¿Puedes cerrar el anillo por sectores?

—Sí.

—Hazlo.

—Si cierro todas las compuertas técnicas, puedo atrapar a esa persona junto a un conducto de presión o dentro de una sección sin ventilación.

—Es un intruso.

—Sigue siendo una persona.

—Una persona que entró ilegalmente en una instalación privada y se oculta durante una emergencia química.

—Eso no elimina su necesidad de oxígeno.

Julián se volvió hacia ella.

—Cierra las compuertas que no comprometan la ventilación.

Sofía tocó la pantalla. Cuatro líneas del plano cambiaron de azul a naranja.

Dentro de los muros se activaron pequeños motores. Escuchamos las compuertas desplazándose a diferentes distancias.

—He dividido el anillo en tres secciones —dijo—. Si cruza una puerta, quedará registrado.

—¿Y si ya está en una de ellas?

—Esperamos a que el sistema vuelva a detectarla.

—¿Cuánto?

—Respirar ayuda.

No supe si pretendía tranquilizarlo o advertir a quien pudiera escucharnos detrás de la pared.

Julián ordenó que regresáramos al atrio.

Antes de salir, miré de nuevo los cinco trajes. El vacío entre ellos parecía más visible que las prendas rojas.

Alguien había esperado a que la casa se cerrara para vestirse.

Cuando regresamos, mi padre y Elena discutían junto al panel de comunicaciones. La voz llegaba amortiguada por el jardín, pero reconocí la postura de mi hermana: los brazos rígidos junto al cuerpo, la barbilla ligeramente elevada. Elena no necesitaba gesticular cuando estaba furiosa.

—No podemos emitir un comunicado antes de saber qué ha ardido —decía.

—El mercado abrirá en menos de ocho horas —respondió Adrián.

—Precisamente. Si Aureon se entera por una alerta pública de que destruimos el lote durante la negociación, suspenderán la operación.

—No destruimos el lote durante la negociación. La eliminación estaba programada.

—Para mañana.

Gabriel estaba sentado a pocos metros, con las manos enlazadas.

—¿La adelantaste? —preguntó Elena.

Mi padre vio que nos acercábamos.

—¿Habéis encontrado a alguien?

—Un traje de descontaminación ha desaparecido —informó Julián —. El intruso accedió a la vitrina desde el anillo técnico.

Nico dejó de mirar el panel.

—Es rojo.

—Todos los trajes lo son —dijo Elena.

—Solo lo estaba diciendo.

—¿Había señales de entrada forzada? —preguntó Adrián.

—La persona conocía el sistema o recibió ayuda.

La mirada de Julián se detuvo en Sofía.

Mi padre siguió la dirección.

—¿Qué significa eso?

—El sensor del traje fue anulado desde mantenimiento —explicó ella.

—¿Quién puede hacerlo?

—Cualquier técnico que sepa dónde cortar.

—¿Cuántos lo saben?

—Tendría que revisar el equipo de cada reforma.

—Revísalo.

Sofía no se movió.

—Estamos buscando a una persona dentro de una casa sellada mientras arde un laboratorio. La lista de instaladores de hace seis años puede esperar.

Adrián dio un paso hacia ella.

—No decides qué puede esperar.

—En lo que afecta al funcionamiento de la casa, sí.

—Yo pagué esta casa.

—Y yo evito que te asfixies dentro.

Julián se interpuso sin tocar a ninguno.

—Continuaremos la búsqueda. Necesito revisar el Jardín Verde y el acceso exterior del Ala Violeta.

—Voy contigo —dijo mi padre.

—Usted se queda.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Y no ha cambiado nada.

Adrián miró a Sofía.

—¿Alma Rojas conocía el anillo técnico?

El nombre inmovilizó a Gabriel.

Sofía sostuvo la mirada de mi padre.

—Sabía que existía.

—¿Puede estar aquí?

—Cualquier persona con pulmones puede ser la décima respiración.

—¿La ayudaste a entrar?

Elena se volvió hacia Sofía.

Julián permaneció quieto.

Yo observé su mano derecha. No se acercó a la pistola, pero los dedos se separaron ligeramente.

—No —respondió Sofía.

—Mírame cuando contestes.

Ella levantó la barbilla.

—No ayudé a Alma a entrar en esta casa.

La frase era precisa. Demasiado para una pregunta sencilla.

Había escrito suficientes negativas corporativas para reconocer las palabras colocadas alrededor de un agujero.

Mi padre también.

—Julián —dijo.

—No voy a interrogarla delante de todos.

—No te he pedido que la interrogues.

—Entonces permita que continúe trabajando.

Nico se colocó junto a Sofía.

—Si es Alma, quizá deberíamos escucharla antes de dispararle.

—Nadie va a disparar a nadie —dijo Elena.

Todos miramos el arma de Julián.

Él la guardó en la funda.

—Nora, vuelva con los demás.

—Dijiste que conocía la casa antigua.

—Ahora conozco la entrada utilizada para retirar el traje. No voy a exponerla durante la inspección del anillo.

—Hace cinco minutos era útil.

—Hace cinco minutos no sabíamos que el intruso podía desplazarse detrás de nosotros.

—No quiero quedarme aquí.

—No se lo estoy preguntando.

La frase habría provocado una discusión en cualquier otro momento. Entonces escuché a Inés llamarme desde el corredor violeta.

—Nora.

Su tono no era de alarma, pero bastó para que dejara a Julián.

—¿Qué ocurre?

—Tomás pregunta por ti.

Miré hacia mi padre. Él ya había vuelto al panel con Elena.

Seguí a Inés.

El Ala Violeta conservaba más elementos de la casa original que los otros sectores.

Las puertas eran de madera oscura y los techos más bajos. Mi madre había utilizado vidrios de color ciruela en las ventanas interiores para que la luz nocturna no resultara completamente negra. Cuando éramos niños, Tomás decía que allí nunca llegaba la madrugada.

Mi antiguo dormitorio era la tercera puerta a la izquierda. Permanecía cerrada.

Tomás ocupaba la habitación situada enfrente. Estaba tumbado sobre la cama, con la camisa abierta y un paño húmedo sobre la frente. Había dejado la chaqueta en el suelo.

—Qué aspecto tan digno —dije.

—He pensado que te resultaría reconfortante encontrar a alguien peor que tú.

Su voz sonaba normal, aunque tenía los labios secos.

Inés me entregó una botella de agua.

—Haz que beba.

—Soy adulto —protestó él.

—Entonces puedes obedecer sin convertirlo en una cuestión identitaria.

Se dirigió hacia la puerta.

—Voy a la Clínica Roja a buscar el tensiómetro manual y algo para las náuseas.

—No tengo náuseas.

—Tampoco tenías mareo hasta que casi te caes.

—Me he levantado rápido.

—Eres médico. Busca una mentira mejor.

Inés salió y cerró la puerta.

Le tendí la botella.

—Bebe.

—Sois muy autoritarias.

—Nos enseñó papá.

Tomó dos sorbos y me devolvió el agua.

En su brazo izquierdo había un hematoma semejante al de Nico, aunque más oscuro. Pequeñas manchas rojas se extendían hacia la muñeca.

—¿Eso es normal? —pregunté.

Tomás se bajó la manga.

—Bastante.

—No te he preguntado si es frecuente.

—Es una reacción conocida. La aguja atravesó un vaso.

—A Nico le ocurrió lo mismo.

—A Nico siempre le salen hematomas.

—Gabriel ha preguntado si sangrabas antes de que nadie mencionara una hemorragia.

Tomás apoyó la cabeza contra la pared.

—Gabriel lleva cuarenta años imaginando catástrofes que luego evita. Es su manera de parecer tranquilo.

—¿Qué había en el informe de Alma?

—Nora.

—Nico dice que Gabriel retiró algo.

—Nico ha leído documentos incompletos.

—Otra persona que utiliza la falta de contexto para no contestar.

—No estoy trabajando contigo.

—Tampoco yo contigo.

Tomás cerró los ojos.

Durante unos segundos solo se escuchó el aire circulando por la rejilla del techo.

—No firmes esta noche —dijo.

Me senté en el borde de la cama.

—No pensaba hacerlo.

—Aunque papá te prometa una auditoría.

—¿Por qué?

—Porque ahora tenemos un incendio. Cualquier decisión puede impugnarse alegando presión o información incompleta.

—Esa es la respuesta de un abogado.

—Es la respuesta de alguien que quiere ganar tiempo.

—¿Para qué?

Abrió los ojos.

—Para saber qué ha ocurrido.

—Tú firmaste el informe de seguridad.

—Sí.

—Entonces ya deberías saberlo.

Tomás miró la puerta, como si comprobara que Inés no había regresado.

—Los datos no llegan juntos —dijo—. Un hospital informa de una trombosis. Otro, de una hemorragia digestiva. Un paciente muere dos meses después y la causa figura como fallo multiorgánico. Si nadie une los expedientes, parece que son enfermedades distintas.

—Alma los unió.

No respondió.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé.

—Elena dice catorce. Nico dice veintisiete.

—Elena habla de los casos incluidos en el informe. Nico incluye personas sin causalidad demostrada.

—¿Y tú?

Tomás se frotó la cara.

—Yo firmé que no existía una señal estadísticamente significativa.

—No es lo mismo que decir que Lázaro era seguro.

—En investigación clínica nunca puedes decir que algo es completamente seguro.

—Pero dejaste que yo lo dijera.

No se defendió.

Antes de abandonar la empresa, yo había redactado discursos, anuncios y respuestas para inversores. **Seguridad demostrada. Perfil de riesgo excepcional. Una nueva era en medicina regenerativa.** Los médicos revisaban cada texto. Tomás había corregido comas en frases cuya conclusión ahora fingía no reconocer.

—Creíamos que las alteraciones pertenecían al proceso de adaptación —dijo—. En las primeras versiones desaparecían después de unas semanas.

—¿Y en Lázaro-7?

Miró otra vez el hematoma bajo la manga.

—Deberían desaparecer.

—No es una respuesta.

—Es la única que tengo.

—¿Por qué recibiste la dosis?

Una sonrisa cansada apareció en su rostro.

—Porque queda mal vender una terapia que ninguno de sus creadores quiere utilizar.

—Eso no convierte el riesgo en aceptable.

—No. Solo lo distribuye entre personas con buenos abogados.

A pesar de todo, me reí.

Él también, pero la risa terminó en una tos seca.

Le entregué la botella.

—¿Recuerdas cuando entrábamos en mi habitación desde el patio? —preguntó.

La pregunta me sorprendió.

—Papá pensaba que la puerta estaba cerrada.

—Mamá nunca ponía cerraduras en los patios.

—Decía que las casas necesitaban caminos alternativos.

Tomás observó el techo violeta.

—Después de que murió, papá cerró primero las puertas y luego construyó otras detrás.

—¿Por qué estás pensando en eso?

—La casa dice que hay diez personas. Si Sofía no encuentra una entrada, quizá seguimos buscando una puerta donde mamá dejó un camino.

—La casa ha sido reformada cuatro veces.

—Los muros nuevos pesan más. No significa que los antiguos hayan desaparecido.

La frase quedó entre nosotros.

—¿Crees que es Alma?

—No.

—Has contestado demasiado rápido.

—Alma no es estúpida. Entrar aquí durante una reunión del consejo sería ponerse en manos de Julián.

—El servidor está aquí.

Tomás dejó de mover la botella.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todo el consejo sabe que existe.

—El backup regulatorio está aislado. Necesitaría nuestras credenciales para acceder.

—Las habéis autenticado esta noche.

Me miró con una atención que no había mostrado desde que entré.

—¿Nico te dijo eso?

—No.

—¿Sofía?

—Tampoco.

—Entonces ¿cómo sabes que la autenticación abre el backup?

No lo sabía.

Había unido la presencia de Alma, la votación y el servidor. Pero la alarma en la voz de Tomás convirtió la suposición en algo más útil.

—Acabas de decírmelo.

Cerró los ojos.

—Mierda.

—¿Cuánto tiempo permanece abierto?

—No está abierto. Monta una copia temporal para verificar los anexos de la operación.

—¿Y alguien desde el anillo técnico podría acceder?

—Necesitaría llegar al Núcleo Negro.

—Julián lo ha bloqueado.

—El bloqueo controla las entradas habitables. El mantenimiento tiene una puerta propia.

—¿Sofía puede abrirla?

—Sofía puede abrir cualquier cosa en esta casa.

La puerta se abrió.

Inés regresó con un pequeño maletín.

—¿De qué habláis?

—De los defectos arquitectónicos de la familia —respondió Tomás.

—Entonces necesitaremos una noche más larga.

Inés se sentó junto a él y le colocó el brazalete del tensiómetro.

Yo me levanté.

—Voy a hablar con Nico.

—Nora —me llamó Tomás.

Me detuve.

—No dejes que papá entre en el Núcleo Negro antes de que sepamos quién está ahí.

—¿Por qué?

El brazalete comenzó a inflarse alrededor de su brazo.

—Porque si alguien ha venido a buscar los datos, él puede decidir que es más seguro destruirlos.

Inés dejó de mirar el tensiómetro.

—¿Qué datos?

Tomás apoyó la cabeza contra la pared.

—Luego.

—No —dijo ella—. Ahora.

Salí antes de escuchar la respuesta. No fue cobardía. Llevaba años abandonando habitaciones justo antes de que la verdad adquiriera una forma que pudiera comprometerme.

La diferencia era que aquella vez sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Encontré a Nico en mi antiguo dormitorio.

Había entrado sin encender la luz. La iluminación violeta del corredor atravesaba las láminas de vidrio y recortaba su silueta junto al escritorio.

La habitación no seguía igual.

Mi padre había conservado la cama y la estantería, pero retirado los libros, la ropa y los objetos que demostraban que alguien había vivido allí. Parecía una reconstrucción realizada a partir del testimonio de una persona poco observadora.

Nico sostenía una carpeta de cartón.

—Julián ha dicho que nos quedáramos en el atrio —dije.

—Tú tampoco estás allí.

—Estoy buscando a un joven desobediente.

—Lo has encontrado.

Cerré la puerta.

—¿Qué tienes?

Abrió la carpeta sobre el escritorio.

Dentro había hojas impresas, fotografías y capturas de conversaciones. En la primera página aparecía una lista de nombres. Junto a cada uno había una edad, una fecha y un código formado por letras y números.

Conté veintisiete líneas.

—¿De dónde ha salido esto?

—De familiares, grupos de pacientes y una persona del programa de seguimiento.

—¿Quién?

—No quiere que diga su nombre.

—Entonces no puedo comprobar la fuente.

—Puedes comprobar a los muertos.

Pasé la primera hoja.

Una mujer de treinta y cuatro años sonreía junto a una bicicleta. **Lucía Torres Segura.** Debajo de la fotografía alguien había escrito: *Nunca tuvo problemas de coagulación antes del tratamiento.*

En la página siguiente aparecía un hombre mayor con dos nietas. Después una profesora, un músico y una mujer embarazada de seis meses. No eran expedientes clínicos. Eran fotografías elegidas por personas que todavía los querían.

—¿Todos recibieron Lázaro-7?

—Eso dicen las familias.

—Necesitamos los registros.

—Por eso Alma buscó el servidor.

Lo miré.

—¿Te dijo que vendría?

—No. Me escribió que no votáramos antes de revisar el lote siete. Le pregunté dónde estaban las pruebas. Contestó: "Donde Adrián guarda todo lo que no confía a los demás".

—Casa Cero.

—Eso pensé.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Hace tres días.

—Elena ha dicho que llevaba semanas desaparecida.

—Elena lleva semanas intentando encontrarla.

Guardé la fotografía de Lucía dentro de la carpeta.

—¿Por qué no me contaste esto antes de venir?

Nico se apoyó en el escritorio.

—Porque podías reenviárselo a mamá.

—No trabajo para la empresa.

—Eso no significa que hayas dejado de protegerla.

—Llevo cinco años fuera.

—Sí. Te fuiste justo después de ayudarles a destruir a Alma.

La precisión del golpe me hizo cerrar la carpeta.

—Creí lo que me dijeron.

—Te pagaban para creerlo bien.

—Tenía documentos.

—Tenías frases.

—No conoces lo que ocurrió.

—Tú tampoco. Esa es la diferencia.

Quise recordarle que yo lo había acompañado a hospitales, dormido en sillas junto a Elena y aprendido a desinfectarme las manos antes de tocarlo. Quise preguntarle quién había escrito la frase que convenció a inversores de financiar el tratamiento que le permitió llegar a los veinte años.

Todo habría sido cierto.

También habría sido una forma de cobrarle por seguir vivo.

—¿Por qué me llamaste? —pregunté.

Nico bajó la mirada hacia la carpeta.

—Porque tienes los votos.

—Elena también.

—Mamá nunca detendría Lázaro.

—Es comprensible.

—No he dicho que no lo sea.

Se sentó en la cama que había sido mía.

—Cuando era pequeño, pensaba que Lázaro era una persona. Todos decían que iba a salvarme y yo imaginaba a un tío enorme entrando en la habitación.

—Nunca me lo contaste.

—Tú hiciste la campaña antes de preguntarme qué imaginaba.

La luz violeta endurecía su rostro. Aun así, pude ver al niño de la fotografía durante un instante.

—No quiero que destruyan el tratamiento —continuó—. Quiero saber qué les hizo a esas personas.

—¿Y si lo que les hizo también está ocurriéndote a ti?

Se cubrió el hematoma.

—Entonces quiero saberlo más deprisa.

Llamaron a la puerta.

Nico escondió la carpeta bajo la almohada.

Elena entró sin esperar respuesta.

Nos miró a los dos.

—¿Qué hacéis aquí?

—Una reconciliación familiar —dijo Nico—. Estaba a punto de resultar conmovedora.

—Julián ha ordenado permanecer en el atrio.

—Tú tampoco estás allí.

—Estoy buscando a mi hijo.

—Todos me encuentran. Es una de las ventajas de ser la imagen de la empresa.

Elena se acercó.

—Enséñame el brazo.

—Inés ya lo ha visto.

—Quiero verlo.

—Sigue siendo el mismo.

—Nico.

Él extendió el brazo. Elena levantó la manga y observó el hematoma.

Su rostro no cambió, pero pasó el pulgar cerca de los puntos rojos sin tocarlos.

—¿Tienes algún otro síntoma?

—No.

—¿Seguro?

—Mamá.

—Solo quiero saberlo.

—Estoy bien.

Ella mantuvo la mano alrededor de su muñeca unos segundos más. Después se volvió hacia mí.

—¿Qué te ha enseñado?

—Nada.

Nico me miró.

Elena también.

No estaba acostumbrada a que yo mintiera mal. Durante años me había pagado precisamente por lo contrario.

—No puedes utilizarlo contra la familia —dijo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está asustado, ha recibido información incompleta y tú has llegado dispuesta a interpretar cualquier cosa como una prueba de que hiciste bien en marcharte.

—No necesito demostrarlo.

—Entonces deja de comportarte como si todos tuviéramos que pedir perdón porque tú no soportaste quedarte.

Nico retiró el brazo.

—No habléis de mí como si no estuviera aquí.

—Esto no es sobre ti —dijo Elena.

Él rio.

—Todo Lázaro es sobre mí cuando os conviene.

La casa emitió dos notas graves.

La voz del sistema llenó el dormitorio.

—**Señal respiratoria adicional detectada en el cuadrante oeste. Jardín Verde.**

Elena se volvió hacia la puerta.

Nico sacó la carpeta de debajo de la almohada y me la entregó.

—Guárdala.

—¿Dónde?

Señaló el antiguo armario de mi habitación.

—Mamá no sabe que hay un hueco detrás.

Elena ya había salido al corredor.

Abrí el armario. En la pared posterior seguía la tabla suelta que Tomás y yo utilizábamos para esconder dinero, cigarrillos y cartas. Tiré de ella y guardé la carpeta dentro.

El hueco era pequeño y olía a madera vieja.

Mi madre lo había dejado al reformar un conducto de agua. Nunca se lo contó a mi padre.

Cerré la tabla.

Desde algún punto detrás de la pared llegó una vibración.

Nico la escuchó.

Nos quedamos inmóviles.

Algo avanzaba por el anillo técnico.

No eran tuberías ni compuertas. El sonido poseía un ritmo desigual: roce, pausa, roce. Una persona intentando moverse sin hacer ruido.

Nico acercó el oído al armario.

—Está aquí.

Le hice una señal para que retrocediera.

El roce se detuvo.

Durante unos segundos, la pared separó dos respiraciones conscientes de estar demasiado cerca.

Después escuchamos tres golpes suaves.

Nico me miró.

Dos golpes rápidos.

Una pausa.

Otros dos.

Se llevó los dedos al pecho y repitió el gesto.

—Es ella —susurró.

Antes de que pudiera preguntar cómo estaba tan seguro, un grito atravesó el corredor.

La voz de Inés.

Salimos de la habitación.

Tomás había conseguido llegar hasta la puerta de su dormitorio. Se apoyaba en el marco con una mano. Con la otra se cubría la boca.

La sangre se filtraba entre sus dedos.

Intentó decir algo, pero al abrir los labios una línea roja descendió por su barbilla y cayó sobre el suelo violeta.

Capítulo 3

Inés llegó antes de que Tomás cayera.

Lo sujetó por el pecho y lo obligó a sentarse contra la pared. Él intentó apartar la mano de la boca, pero ella se la devolvió inmediatamente.

—Inclínate hacia delante. No tragues.

La sangre continuaba saliendo entre sus dedos. Había manchado el cuello de la camisa y formado tres gotas redondas sobre el suelo violeta.

Nico permanecía junto a mí, paralizado.

—Ve a buscar a Gabriel —le ordené.

No reaccionó.

—Nico.

Echó a correr hacia el atrio.

Me arrodillé al otro lado de Tomás. Tenía los ojos abiertos y respiraba deprisa por la nariz. Una línea roja descendía desde una fosa nasal.

—¿Puedes respirar? —preguntó Inés.

Él asintió.

—No hables. Abre la boca.

Tomás retiró la mano. La sangre cubría las encías y los dientes, pero no parecía salir de la garganta. Inés enfocó con la linterna del móvil médico que llevaba en el bolsillo.

—¿Te has mordido?

Negó con la cabeza.

—¿Te duele el pecho?

Otra negación.

—¿Mareo?

Asintió.

—Nora, trae una toalla. La primera puerta a la derecha.

Entré en el dormitorio y regresé con dos. Inés dobló una y se la entregó a Tomás para que presionara la nariz. Utilizó la otra para limpiar la sangre de su boca.

—Despacio —dijo—. No te tumbes.

Tomás señaló el suelo.

—Olvídate del suelo.

Julián apareció primero, con la pistola en la mano. Sofía venía detrás. Al ver la sangre, se detuvo fuera del corredor.

—Guarde eso —ordenó Inés.

—Hay una persona no identificada en esta zona.

—Y hay un paciente sangrando. No necesito que le dispares.

Julián guardó el arma, aunque mantuvo la mano cerca de la funda.

Gabriel, Elena y mi padre llegaron juntos. Nico regresó con ellos.

Elena vio a Tomás y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué ha pasado?

—Hemorragia oral y nasal espontánea —respondió Inés—. Necesito trasladarlo a la clínica.

Gabriel se agachó junto a ella.

—¿Ha tosido sangre?

—No. Parece gingival.

—¿Alguna lesión?

—Ninguna visible.

Mi padre se volvió hacia Sofía.

—Abre la Clínica Roja.

Ella no se movió.

—Tengo que cambiar la presión del sector. Tardará dos minutos.

—Hazlo.

Sofía activó el plano de la casa.

—Cuando abra la clínica, el sistema aislará su circulación de aire. Nadie entra después sin autorización médica.

—Inés y Gabriel entran con él —dijo Adrián.

—Yo decido quién entra —replicó Inés—. Gabriel puede ayudar, pero necesito espacio.

Tomás levantó una mano ensangrentada.

—Me emociona que discutáis por mí.

Su voz salió deformada por la toalla.

—He dicho que no hables —dijo Inés.

—Solo quería participar.

Ella le retiró la compresa de la nariz, examinó el flujo y colocó otra limpia.

—¿Cuándo empezaste a sangrar?

—Ahora.

—La camisa ya tenía sangre cuando saliste de la habitación.

—No la había visto.

—¿Cuándo empezaste?

Tomás cerró los ojos.

—Me lavé los dientes después de cenar.

—¿Sangraron las encías?

—Un poco.

—¿Y no me lo dijiste?

—Pensé que había apretado demasiado.

Inés respiró por la nariz. No perdió el control, pero vi cómo su mano se detenía un instante sobre el hombro de su marido.

—¿Algo más?

—Me picaban los brazos.

Le subió las mangas.

El hematoma del antebrazo se había extendido. Los pequeños puntos rojos que yo había visto en el dormitorio llegaban ahora hasta el codo. Había otros en el brazo derecho.

Gabriel acercó la linterna.

—Petequias.

—Ya lo sé —respondió Inés.

—Puede ser una reacción inmune.

—También lo sé.

Elena abrazó a Nico por los hombros. Él intentó apartarse, pero ella no lo soltó.

—Enséñame los brazos —le dijo.

—Ya los has visto.

—Los dos.

—Mamá.

—Ahora.

Nico extendió los brazos. En el izquierdo tenía el hematoma de la inyección; el derecho parecía limpio. Elena recorrió su piel buscando puntos semejantes a los de Tomás.

—No tiene petequias —dijo.

—Todavía no sabemos qué estamos buscando —advirtió Inés.

—¿Crees que es contagioso?

Inés miró a Gabriel antes de contestar.

—No creo nada hasta tener una analítica.

La casa habló:

—**Clínica Roja preparada. Presión negativa estable. Acceso médico autorizado.**

Sofía señaló el corredor que atravesaba el extremo sur del atrio.

—La ruta está abierta. Después tendré que aislar el Ala Violeta.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hay fluidos biológicos en el suelo y una persona no identificada se ha desplazado por el anillo contiguo. Si esto es una exposición, el protocolo exige contener el sector.

—No sabemos si ha habido una exposición —dije.

—El sistema no exige certezas.

—El sistema hace lo que le dices —respondió Nico.

Sofía lo miró.

—Y yo prefiero cerrar un pasillo antes que descubrir dentro de una hora que debí hacerlo.

Julián activó el comunicador de su pulsera.

—Sistema, localiza el patrón adicional.

—**Señal respiratoria no identificada fuera de alcance. Última detección: cuadrante oeste, entre el Jardín Verde y el Ala Violeta.**

Mi padre señaló las manchas de sangre.

—Ha estado aquí.

—No necesariamente —dijo Sofía.

—La casa la detectó detrás de esta pared.

—Y Tomás empezó a encontrarse mal durante la cena —intervine —. Antes del censo. Antes de que buscáramos a nadie.

Gabriel levantó la cabeza.

—¿Durante la cena?

—Sudaba. Casi se cayó al levantarse.

Inés miró a su marido.

—Dijiste que había sido un mareo.

Tomás apretó la toalla contra la nariz.

—Eso fue.

—¿Cuándo empezaste a sentirte mal exactamente?

Él pensó.

—Antes del incendio.

Elena aflojó los brazos alrededor de Nico.

La información no encajaba con el intruso, la nube exterior o el traje rojo. Tomás ya presentaba síntomas cuando la casa todavía estaba abierta y todos los invitados ocupaban sus lugares autorizados.

Mi padre no permitió que el silencio se prolongara.

—Puede haber estado expuesto en otro lugar.

—No ha ido al laboratorio esta semana —dijo Inés.

—Recibió Lázaro.

La frase de Gabriel apenas superó el sonido de la ventilación.

Todos lo escuchamos.

Inés se volvió hacia él.

—¿La dosis puede provocar esto?

—Las primeras versiones produjeron alteraciones transitorias de coagulación.

—¿Lázaro-7?

—No con esta intensidad.

—Eso no es un no.

—No tenemos datos suficientes.

Nico soltó una risa sin humor.

—Siempre tenemos pocos datos cuando empiezan a molestar.

Tomás intentó levantarse. Sus piernas cedieron antes de quedar completamente extendidas.

Gabriel y yo lo sujetamos. La toalla cayó al suelo.

La sangre de su boca había disminuido, pero sus labios comenzaban a perder color.

—Lo llevamos ahora —ordenó Inés.

Julián se colocó delante.

—Necesito comprobar la ruta.

—Si retrasas el traslado por buscar a alguien que no sabemos dónde está, te apartaré yo misma.

Julián la miró y comprendió que no exageraba.

—Sofía, ilumina el recorrido completo. Bloquea los accesos técnicos.

—Puedo iluminarlo. No puedo garantizar que todas las compuertas respondan mientras equilibramos la clínica.

—Haz lo posible.

Tomás pasó un brazo sobre mis hombros y otro sobre Gabriel. Pesaba más de lo que recordaba. Avanzamos lentamente hacia el atrio, dejando pequeñas manchas rojas en el suelo.

Al cruzar el jardín central, miró los árboles.

—Mamá se enfadaría —murmuró.

—Por la sangre o por la reforma —pregunté.

—Por el suelo.

—Te perdonaría el suelo.

—A ti te perdonaba todo.

—Guarda fuerzas.

—Eso es que ya no quieres escucharme.

No respondí.

Elena caminaba detrás con Nico. Mi padre iba delante, junto a Julián, como si su presencia pudiera despejar el corredor.

Atravesamos el acceso a la Clínica Roja.

La primera puerta se cerró a nuestra espalda antes de que se abriera la segunda. Un indicador mostró la diferencia de presión. Sentí un pequeño tirón en los oídos.

La clínica había sido construida después de la muerte de mi madre y no conservaba nada de ella.

Paredes claras, suelo continuo, armarios sellados y luces capaces de eliminar cualquier sombra. El rojo procedía de los paneles de

vidrio que separaban la zona médica del corredor exterior. Desde dentro, las personas al otro lado parecían observadores sumergidos en un líquido oscuro.

Inés señaló la camilla.

—Aquí.

Ayudamos a Tomás a tumbarse. Ella elevó el respaldo para mantenerlo incorporado y conectó los monitores.

El sonido de su corazón llenó la sala.

Ciento veintiséis pulsaciones.

—¿Es necesario que todos escuchemos eso? —preguntó Tomás.

—Sí.

—El mío suele tener mejor ritmo.

—Cállate.

Inés le colocó una vía mientras Gabriel preparaba los tubos para la extracción.

—Hemograma, coagulación completa, función hepática, marcadores inflamatorios —enumeró ella—. Y quiero una muestra separada para comparar con la analítica previa a Lázaro-7.

Gabriel sostuvo el tubo sin insertarlo en el soporte.

—La muestra previa está en San Gregorio.

—Entonces accede al registro.

—El servidor clínico exterior puede no estar disponible.

—Hay un backup en esta casa.

Gabriel miró hacia el cristal rojo. Mi padre estaba al otro lado.

—El Núcleo Negro está bloqueado.

—Desbloquéalo.

—Yo no puedo.

—Pues llama a alguien que pueda.

Tomás abrió los ojos.

—No dejes que papá entre allí.

Inés se inclinó sobre él.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Has dicho algo sobre Adrián.

—Estoy mareado.

—No tanto como para convertirte en poeta.

Gabriel colocó finalmente el tubo en el analizador.

—El hemograma básico tardará ocho minutos.

—¿Y la coagulación?

—Quince.

—Prepara las muestras de los otros receptores.

Elena estaba junto al cristal. No podía escuchar, pero reconoció su nombre en los labios de Inés y pulsó el comunicador.

—¿Qué necesitas?

Inés se acercó al panel.

—Analíticas de todos los que recibieron Lázaro-7.

—¿Por qué?

—Porque Tomás presenta una hemorragia espontánea siete días después de la administración.

—También hay una intrusión y un accidente químico.

—Por eso quiero datos.

Elena miró hacia Nico.

—Empieza por mí.

—Empezaré por todos.

Mi padre activó su canal.

—¿Es imprescindible?

—Sí.

—No tengo síntomas.

—La ausencia de síntomas es información médica, no una dispensa.

Adrián parecía dispuesto a discutir, pero Inés cortó la comunicación.

—Nora, necesito que prepares el módulo de extracción exterior.

—No sé hacerlo.

—La casa te guiará.

—Eso es lo menos tranquilizador que has dicho esta noche.

—Aprieta un botón y no contamines nada.

Salí a la antesala.

La segunda puerta permaneció cerrada detrás de mí. Elena ya esperaba junto a Nico. Mi padre estaba a unos pasos. Gabriel se había quedado dentro con Tomás.

Sofía se acercó desde el corredor.

—He iniciado el cierre del Ala Violeta. Tenemos cuatro minutos para retirar cualquier objeto imprescindible.

Recordé la carpeta escondida en mi dormitorio.

—Necesito entrar.

—¿Para qué?

—Documentos.

—¿Qué documentos?

—Personales.

Julián apareció al final del corredor.

—Nadie entra en el ala hasta que termine la inspección.

—Sofía acaba de decir que se cerrará en cuatro minutos.

—Precisamente.

—Hay información que necesito sacar.

—Puede esperar.

—No cuando cierres la puerta.

—La recuperará después de que sepamos qué está ocurriendo.

Nico se colocó a mi lado.

—Son míos.

Elena lo miró.

—¿Qué son?

—Papeles.

—¿Qué papeles?

—Los nombres.

No necesitó explicar más.

Mi hermana perdió el color que todavía conservaba.

—¿Los has traído aquí?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En la habitación de Nora.

Elena avanzó hacia el corredor.

Julián le bloqueó el paso.

—He dicho que nadie entra.

—Es documentación robada a la empresa.

—Son fotografías de personas muertas —dije.

—No sabes de dónde proceden.

—Por eso necesito conservarlas.

—Entrégamelas.

—No las tengo.

—¿Y esperas que permita que una persona escondida en la casa llegue antes que nosotros?

La posibilidad hizo que Nico mirara hacia el Ala Violeta.

Si Alma estaba detrás de los muros, quizá la carpeta no representaba nada para ella. Si la décima persona era alguien enviado por mi padre o Elena, dejar los documentos allí equivalía a entregarlos.

Sofía consultó el temporizador.

—Tres minutos.

—Yo entraré —dijo Julián—. Indíqueme dónde están.

Nico negó con la cabeza.

—Voy contigo.

—No.

—No sabes dónde buscar.

—Me lo dices.

—Quiero ver que no haces copias.

Julián lo observó.

—No voy a negociar contigo.

—Entonces no te digo dónde están.

—Nicolás —dijo Elena.

—Son míos.

—Los datos pertenecen a la empresa.

—Los muertos pertenecen a sus familias.

Mi padre se acercó.

—Julián, acompáñalos. Dos minutos. Nadie se separa.

—Señor Varela...

—Dos minutos.

Julián abrió el acceso al Ala Violeta con su pulsera.

—Delante de mí. Los dos.

Nico y yo entramos.

Las manchas de sangre de Tomás continuaban sobre el suelo. La iluminación violeta las oscurecía hasta volverlas casi negras.

La casa comenzó una cuenta atrás:

—**Cierre del sector en ciento veinte segundos.**

Llegamos a mi antiguo dormitorio. Abrí el armario y retiré la tabla posterior. La carpeta seguía allí.

Nico la tomó.

—¿Eso es todo? —preguntó Julián.

—Sí.

Un sonido llegó desde detrás de la pared.

El mismo roce irregular.

Julián levantó la pistola y nos indicó que retrocediéramos.

—Salga.

Nadie respondió.

—Sabemos que está ahí.

El roce se interrumpió.

La casa anunció:

—**Cierre del sector en noventa segundos.**

Julián abrió el armario y examinó el hueco del que habíamos sacado la carpeta.

—¿Adónde conduce?

—A un antiguo conducto de agua —respondí.

—¿Puede entrar una persona?

—No desde aquí.

Introdujo la linterna. La luz reveló tablas, piedra antigua y una superficie metálica al fondo.

—Esa placa no estaba cuando éramos niños —dijo Nico.

Julián acercó la mano.

Del otro lado sonaron dos golpes.

Una pausa.

Dos más.

Nico se tensó.

—Alma.

Julián lo miró.

—¿Qué has dicho?

—Es una señal que utilizaba conmigo.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Alma Rojas está detrás de esta pared?

Nico se acercó al armario.

—Alma, soy yo.

Ninguna respuesta.

—Sé que estás ahí.

La casa continuó:

—**Cierre del sector en sesenta segundos.**

Julián apartó a Nico y golpeó la placa con la empuñadura del arma.

—Alma Rojas, está dentro de una propiedad privada durante una emergencia. Diríjase al acceso más cercano y muestre las manos.

Silencio.

—Si la compuerta se cierra, esta sección puede perder ventilación.

Siguió sin haber respuesta.

Sofía habló por el comunicador:

—Julián, salid ahora. El cierre no puede retrasarse sin reiniciar toda la presurización.

—Tengo contacto probable con el intruso.

—No hay contacto si no responde. Fuera.

La cuenta llegó a cuarenta y cinco segundos.

Nico sujetó la carpeta contra el pecho.

—No se quedará ahí. Conoce la casa.

—Eso intentamos averiguar —dijo Julián.

Nos hizo salir del dormitorio.

Al cruzar el corredor, miré hacia atrás. La puerta del armario continuaba abierta. Detrás de la tabla retirada solo se veía oscuridad.

—**Treinta segundos.**

Atravesamos el límite del Ala Violeta.

Sofía esperaba junto al panel. En cuanto pasamos, cerró la compuerta. Una lámina gris descendió hasta tocar el suelo y ocultó el corredor, las habitaciones y la sangre de Tomás.

La línea superior cambió a rojo.

—**Ala Violeta aislada** —anunció la casa.

Julián se volvió hacia Sofía.

—Hay una placa de acceso detrás del armario de Nora.

—No figura en los planos técnicos.

—Existe.

—Entonces pertenece a la construcción original.

—Quiero que la abras desde el anillo.

—Cuando termine de estabilizar la clínica.

—Ahora.

—La clínica mantiene vivo a Tomás. El intruso lleva varias horas respirando sin nuestra ayuda.

Julián se acercó a ella.

—Nico ha identificado a Alma Rojas.

La expresión de Sofía no cambió.

—Nico ha escuchado unos golpes.

—Una señal que ella utilizaba con él.

—Eso reduce las posibilidades. No las elimina.

—¿La ayudaste?

—Ya he contestado.

—Contestaste que no la ayudaste a entrar.

Sofía guardó la tableta bajo el brazo.

—¿Y qué quieres preguntarme esta vez?

Julián no llegó a hacerlo.

Inés golpeó el cristal de la Clínica Roja.

El analizador había terminado.

Entramos en la antesala. Solo Inés salió de la zona presurizada. Se quitó los guantes y los depositó en el contenedor antes de abrir el comunicador.

—Las plaquetas de Tomás están en dieciocho mil.

Gabriel apareció detrás del cristal.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué significa?

—Lo normal está por encima de ciento cincuenta mil. Con dieciocho mil puede sangrar sin lesión y existe riesgo de hemorragia interna.

Nico apretó la carpeta.

—¿Por Lázaro?

—Aún no lo sé.

—¿Puede ser por la persona de la casa? —preguntó mi padre.

—Tomás comenzó a encontrarse mal antes de cualquier posible contacto.

—Eso no descarta una exposición anterior.

—No, pero tampoco la demuestra.

Elena señaló el módulo de extracción.

—Haznos las pruebas.

—Eso intento.

Tomó primero la muestra de Nico. Él se sentó y extendió el brazo sin protestar. Inés eligió una zona alejada del hematoma.

Después pasaron Elena, Adrián y Gabriel. El científico salió de la clínica únicamente para permitir la extracción y volvió con Tomás. Ninguno habló mientras la sangre llenaba los tubos.

Cuando Inés terminó, miró hacia mí.

—¿Tú recibiste Lázaro-7?

—No.

—¿Ninguna dosis?

—Nunca.

Elena se ajustó la manga.

—No quiso.

—No era necesario —dije.

—Tampoco era peligroso.

Miramos a Tomás detrás del cristal.

Mi hermana desvió los ojos.

Inés etiquetó los cuatro tubos.

—El analizador procesará primero a Nico. Después Elena, Adrián y Gabriel.

—¿Cuánto tardará? —preguntó mi padre.

—Unos cuarenta minutos en total.

—¿Qué hacemos mientras?

—Tomás necesita vigilancia. Los demás no se alejan y me informan de cualquier sangrado, mareo, dolor de cabeza o cambio en la visión.

—Tenemos una intrusión —recordó Julián.

—Y yo tengo cinco posibles pacientes.

—Cuatro —corrigió Elena—. Tomás ya está enfermo.

Inés la miró.

—Cinco.

Nico flexionó los dedos del brazo recién pinchado. Una gota de sangre apareció bajo el algodón.

Inés presionó con más fuerza.

—No lo sueltes durante diez minutos.

—Ha sido una aguja.

—Diez minutos.

Sofía regresó al plano de la casa. El punto blanco había reaparecido.

—Julián.

Todos nos acercamos.

La señal se desplazaba lentamente por el límite exterior del Jardín Verde.

—Ha salido de la sección violeta —dijo él.

—Antes de que la cerráramos —respondió Sofía—. Está en el corredor técnico junto al estudio de Ana.

—¿Hay salida hacia el jardín?

—Una compuerta de mantenimiento detrás del muro norte.

—Bloquéala.

Sofía pulsó el control.

La línea no cambió de color.

Lo intentó otra vez.

—No responde.

—¿Por qué?

—Está abierta.

Julián desenfundó la pistola.

En el panel principal apareció una imagen granulada procedente de una de las cámaras del jardín. Al principio solo distinguí las hojas de los limoneros y el reflejo de las luces sobre el cristal.

Después algo se movió entre los árboles.

Una persona cubierta por un traje rojo salió lentamente de detrás del antiguo estudio de mi madre.

Llevaba el visor negro bajado. Una mano permanecía apoyada contra el costado; la otra sujetaba un objeto rectangular contra el pecho.

No miraba hacia la cámara.

Miraba hacia la puerta cerrada del Núcleo Negro.

Capítulo 4

La figura roja permaneció inmóvil frente a la puerta del Núcleo Negro.

En la pantalla, los árboles del Jardín Verde se interponían entre ella y la cámara. Las hojas proyectaban sombras sobre el traje, pero el visor negro reflejaba la luz suficiente para ocultar cualquier rasgo.

El objeto rectangular seguía sujeto contra su pecho.

Julián amplió la imagen.

—¿Qué lleva?

Sofía examinó la pantalla.

—Podría ser una unidad de transferencia.

—¿Para copiar el servidor?

—Si consigue entrar.

Mi padre se acercó al panel.

—No puede.

—La autenticación del consejo montó una copia temporal —dije.

Adrián me miró.

Tomás había confirmado el mecanismo en su habitación, pero yo no pensaba entregarlo como fuente.

—¿Quién te ha contado eso?

—¿Importa?

—Sí.

—Entonces puedes preguntárselo cuando deje de sangrar.

Elena se interpuso entre nosotros.

—¿La copia sigue abierta?

Sofía consultó la tableta.

—La sesión de Aureon se interrumpió con el aislamiento, pero las credenciales continúan activas. El servidor tardará una hora en desmontar la copia si nadie cancela el proceso.

—Cancélalo —ordenó mi padre.

—No puedo hacerlo desde aquí.

—Tienes control de la casa.

—No del backup regulatorio.

—Desbloquea el núcleo.

—Eso le abriría la puerta.

La figura levantó el objeto y lo apoyó contra el panel exterior. Una luz recorrió el rectángulo. Después apareció una frase roja sobre la puerta:

ACCESO DENEGADO

La persona lo intentó otra vez.

AUTENTICACIÓN INCOMPLETA

—Le falta una credencial —dijo Sofía.

Mi padre se volvió hacia mí.

La pulsera temporal seguía ajustada a mi muñeca.

—La suya —añadió Julián.

—Mi participación no está autenticada —dije.

—Pero tu identidad sí —respondió Adrián—. El servidor esperaba nueve credenciales. Tiene ocho.

—¿Puede utilizar mi pulsera?

—No debería —dijo Sofía.

—¿Puede?

—Con acceso al anillo técnico y conocimientos suficientes, quizá.

Elena dio un paso hacia mí.

—Quítatela.

—No.

—Nora.

—Si la pulsera deja de emitir, la persona sabrá que hemos entendido lo que busca.

—Precisamente.

—Y cambiará de estrategia.

—No vamos a permitir que acceda a información protegida.

Nico miró la pantalla.

—Información sobre los muertos.

—No sabes qué contiene el servidor —replicó Elena.

—Por eso quiere entrar.

En la imagen, la figura retiró el dispositivo de la puerta. No parecía sorprendida por el fracaso. Giró la cabeza lentamente hacia la cámara.

Después levantó dos dedos y los apoyó sobre el pecho.

Dos golpes.

Una pausa.

Dos más.

Nico se acercó tanto a la pantalla que casi la tocó.

—Es Alma.

Elena lo agarró del brazo.

—No puedes saberlo.

—Me enseñó a respirar así.

—Cualquier persona puede hacer ese gesto.

—Cualquier persona no sabe que lo hacía conmigo.

La figura bajó la mano.

Julián activó su comunicador.

—Sistema, bloquea todas las salidas del Jardín Verde.

Sofía sujetó su muñeca antes de que confirmara.

—Espera.

Él miró su mano hasta que ella la retiró.

—La compuerta norte continúa abierta —explicó—. Si cierro el jardín ahora, puede retroceder al anillo y perderemos la señal.

—¿Qué propones?

—Abre el acceso desde el Atrio Azul. Entras por allí y la empujas hacia el estudio. Yo cierro detrás.

—¿Cuántas salidas tiene el estudio?

—Una al jardín y otra al antiguo depósito de agua.

—¿El depósito conecta con el anillo?

—Sí.

—Entonces no la empujo hacia el estudio.

Sofía amplió el plano.

—Puedo bloquear la salida del depósito cuando cruces el jardín.

—¿Puedes o crees que puedes?

—Puedo.

Julián la observó durante unos segundos.

—Si esa puerta se abre cuando estoy dentro, asumiré que la has ayudado.

—Si me amenazas durante una emergencia, asumiré que has perdido el tiempo.

Mi padre señaló la pantalla.

—Entra. Recupérala y recupera el dispositivo.

—¿Viva? —preguntó Nico.

Elena lo miró con horror.

—Por supuesto que viva.

La duda había durado menos de un segundo. Aun así, Nico la había escuchado.

Julián comprobó la pistola.

—Nadie más entra. Sofía controla las compuertas desde aquí.

—Necesitarás a alguien que conozca el estudio —dije.

—Ella me guiará.

—Los planos de mi madre no están digitalizados por completo.

—No necesito recorrer una ruina arqueológica.

—El estudio tiene un depósito bajo el suelo y dos accesos que no parecen puertas.

Sofía miró el plano, molesta.

—Los conozco.

—Encontraste uno porque te lo enseñé.

—Y desde entonces figura en el sistema.

—El otro no.

No estaba segura de que continuara existiendo. Mi madre había creado una abertura estrecha entre el estudio y el antiguo invernadero para transportar maquetas sin atravesar el jardín. Durante la reforma, mi padre ordenó cerrar el invernadero, pero nunca vi destruir el paso.

Julián negó con la cabeza.

—Se queda aquí.

La Clínica Roja emitió una señal.

Todos nos volvimos hacia el cristal.

Inés salió a la antesala con una tira de resultados en la mano. Su bata tenía una mancha de sangre cerca del bolsillo.

—La analítica de Nico está lista.

Elena soltó el brazo de su hijo y corrió hacia la clínica.

—¿Cómo está?

—Las plaquetas están en setenta y dos mil.

—¿Eso es peligroso?

—Es menos de la mitad del valor mínimo normal. No está en el nivel de Tomás, pero quiero repetir el análisis en una hora.

—¿Está sangrando?

—El punto de extracción ha tardado más de lo habitual en cerrar.

Elena se volvió hacia Nico.

—Entra en la clínica.

—No.

—No es negociable.

—Tomás necesita espacio.

—Hay dos módulos.

—No estoy enfermo.

—Tienes las plaquetas bajas.

—Y Alma está en la casa.

—Precisamente por eso vas a entrar.

Nico miró a Inés.

—¿Necesito tratamiento ahora?

Ella eligió las palabras con cuidado.

—Necesitas vigilancia, evitar golpes y avisarme si tienes dolor de cabeza, visión borrosa o cualquier sangrado.

—¿Puedo caminar?

—Sí.

—Entonces no voy a encerrarme.

Elena lo sujetó por los hombros.

—No sabes si esa persona te ha expuesto a algo.

—Empecé a perder plaquetas antes de verla.

—No sabemos cuándo entró.

—Yo recibí Lázaro-7 hace una semana. Ella no me ha inyectado nada esta noche.

—Nico —dijo Gabriel desde el interior de la clínica—, aún no podemos establecer una relación.

Él se acercó al comunicador.

—¿Cuánto tienes tú?

Gabriel no contestó.

—Te han sacado sangre. ¿Cuántas plaquetas tienes?

—El resultado todavía no está.

—¿Y mamá? ¿El abuelo?

—Están procesándose.

—Todos recibimos el mismo tratamiento —intervino Elena—. Eso no significa que todos vayamos a presentar la misma reacción.

—Tampoco significa que no.

La figura roja abandonó la puerta del Núcleo Negro.

En la pantalla la vimos retroceder hacia los limoneros.

—Se mueve —advirtió Sofía.

Julián abrió el acceso al Jardín Verde.

La compuerta se deslizó y dejó escapar una corriente de aire húmedo. Él cruzó con la pistola baja, pegado al muro.

La puerta comenzó a cerrarse.

Nico se soltó de su madre.

Elena intentó atraparlo, pero él ya corría hacia el jardín.

—¡Nico!

Llegó a la compuerta cuando solo quedaban unos centímetros. Metió el brazo entre las hojas metálicas.

Sofía interrumpió el cierre antes de que lo aplastaran.

—¡Atrás! —gritó Julián desde dentro.

Nico aprovechó la reapertura y cruzó.

Corrí detrás de él.

Elena agarró mi chaqueta, pero la tela resbaló entre sus dedos. Crucé mientras Sofía volvía a cerrar. Mi hermana quedó al otro lado, golpeando el panel.

—¡Sácalo de ahí!

Sofía miró su tableta.

—Tres personas autorizadas dentro. Una no identificada.

—Abre la puerta —ordenó Elena.

—Si la abro otra vez, pierdo el control del sector.

—Mi hijo tiene un trastorno de coagulación.

—Y está corriendo hacia un hombre armado. Te recomiendo que no le añadas una puerta descontrolada.

El cierre se completó a mi espalda.

Elena continuó hablando a través del comunicador, pero su voz quedó reducida por el cristal y el sonido del aire.

—Nico, vuelve inmediatamente.

Él no se detuvo.

Julián se giró hacia nosotros.

—¿Qué parte de "nadie entra" no han entendido?

—La parte en que vas a apuntar a una persona que conoce a mi sobrino —dije.

—Salgan.

—La puerta está cerrada.

—Sofía, abre.

—Negativo —respondió ella por el comunicador—. La figura está entre vosotros y el acceso. Si abro, puede alcanzar el atrio.

Julián miró hacia las cámaras.

—Tú has dejado entrar al chico.

—Evité que la compuerta le cortara el brazo.

—Ábrela cuando vuelva a solicitarlo.

—Cuando la ruta esté despejada.

Nico avanzó entre los árboles.

—¡Alma!

Su voz se extendió bajo la cubierta de vidrio.

No hubo respuesta.

El Jardín Verde había sido el mayor de los patios de mi madre. Ella lo concibió como una transición entre la casa y la sierra: árboles frutales, plantas medicinales y un estanque estrecho que recogía el agua de lluvia. Mi padre cubrió el espacio y sustituyó parte del suelo por conductos de climatización, pero conservó la vegetación.

Los árboles habían crecido sin viento. Sus ramas se inclinaban hacia la luz artificial y formaban corredores que no existían en los planos.

Julián avanzó por el lado izquierdo del estanque.

—Alma Rojas, no queremos hacerle daño. Coloque el dispositivo en el suelo y muestre las manos.

—Eso ha sonado muy sincero —murmuró Nico.

—No se aleje de su tía.

—Ella no sabe adónde vamos.

—Sé que vamos detrás de una persona vestida de rojo —dije—. Es suficiente por ahora.

El visor de Julián proyectaba la imagen térmica sobre una pequeña lente. Barrió el jardín.

—La tengo. Detrás del segundo limonero.

La figura salió antes de que él pudiera aproximarse.

Apareció a unos veinte metros, entre el estanque y el antiguo estudio. El traje rojo estaba rasgado a la altura del costado. Una mancha más oscura se extendía desde la abertura hasta la cadera.

Julián levantó la pistola.

—Quieta.

La figura se detuvo.

—Deje el dispositivo en el suelo.

Nico dio un paso.

—Alma.

El visor negro se orientó hacia él.

La mano izquierda volvió a subir hasta el pecho.

Dos golpes.

—Sé que eres tú —dijo Nico—. No voy a dejar que te hagan nada.

—Nicolás, retrocede —ordenó Julián.

—Ella puede saber qué nos está pasando.

—No sabemos quién es.

—Tú tampoco sabes a quién estás apuntando.

La figura movió la cabeza. Un gesto mínimo.

Después habló.

La voz salió distorsionada por el filtro del traje.

—No te acerques.

Era una voz de mujer.

Nico dejó escapar el aire.

—Alma.

—Vuelve a la clínica.

—¿Qué nos está pasando?

Ella miró hacia la cámara situada sobre el estudio.

—Aquí no.

—¿Es Lázaro?

Julián avanzó un paso.

—El dispositivo en el suelo.

La figura apretó el objeto contra el pecho.

—No.

—No voy a repetirlo.

—Entonces tendrás que pensar algo nuevo.

La distorsión no eliminaba completamente el timbre. Yo había escuchado aquella voz durante reuniones, videollamadas y una conversación final que duró nueve minutos.

Recordé a Alma sentada frente a mí en una sala de comunicación, exigiendo que retiráramos el anuncio de seguridad de Lázaro-7. Yo le pedí pruebas. Ella respondió que las pruebas estaban en los cuerpos y que nuestra obligación consistía en buscarlas.

Tres días después redacté el comunicado que cuestionaba su integridad científica.

—Alma —dije.

El visor se volvió hacia mí.

—Nora.

Mi nombre no sonó como un saludo.

Julián aprovechó la distracción y redujo la distancia.

Alma retrocedió.

—No des otro paso.

—Deje el dispositivo.

—Si Adrián llega al servidor, lo borrará.

—El Núcleo Negro está protegido contra eliminación.

—Pregúntale por las muestras que ardieron esta noche.

—Eso no tiene relación con su presencia ilegal.

—Tiene toda la relación.

Julián avanzó otra vez.

Alma corrió.

No se dirigió hacia los accesos habitables. Atravesó las plantas, saltó el canal estrecho del estanque y alcanzó el estudio de Ana.

Julián fue detrás.

—¡Quedaos aquí!

Nico ya había empezado a seguirlos.

Lo agarré por la camisa.

—Tienes las plaquetas bajas.

—Ella sabe por qué.

—Y no podrá contártelo si te golpeas la cabeza intentando perseguirla.

—Suéltame.

—No.

Se volvió hacia mí con los ojos llenos de una furia que no pertenecía únicamente a aquella noche.

—Llevas cinco años decidiendo cuándo puedes sujetarme.

Aflojé la mano.

Nico se apartó y corrió hacia el estudio.

Lo seguí.

Las puertas originales habían sido sustituidas por paneles transparentes, pero el mecanismo conservaba las manillas de bronce elegidas por mi madre. Una de las hojas estaba abierta.

Julián se encontraba en el interior, apuntando hacia una escalera que descendía bajo el suelo.

—Sofía, bloquea la salida del depósito.

—Estoy intentando localizarla —respondió por el comunicador.

—Ha bajado.

—El sensor no confirma movimiento en el nivel inferior.

—La he visto.

—Entonces el depósito puede interferir con la lectura.

El estudio olía a papel, madera y humedad.

Mi padre lo había mantenido casi vacío. Una mesa de dibujo ocupaba el centro y varias maquetas de la casa descansaban en estanterías protegidas por vidrio. Sobre una de ellas, mi madre había escrito con lápiz los nombres de los siete colores.

Azul para recibir.

Ámbar para compartir.

Verde para crecer.

Violeta para dormir.

Los otros tres nombres habían desaparecido bajo una pieza de metal instalada durante la reforma.

Julián encendió las luces de la escalera.

—Nico, si bajas, te sacaré por la fuerza.

—Ella me ha pedido que vuelva a la clínica. Si quisiera hacerme daño, habría dejado que me acercara.

—También puede necesitar que confiemos en ella.

—Eso es más de lo que habéis permitido hasta ahora.

—Quedaos detrás de mí —dije.

Julián me miró, incrédulo.

—Usted también se queda.

Se internó en la escalera.

Esperamos hasta que desapareció.

Nico contó tres segundos y comenzó a bajar.

—Te pareces demasiado a tu madre —murmuré.

—Ella nunca habría entrado.

—Por eso lo he dicho.

Descendí detrás.

La escalera terminaba en una galería estrecha de piedra. El aire era más frío y olía al agua almacenada bajo el jardín. Una fila de luces se encendió a medida que avanzábamos.

Julián estaba frente a una compuerta circular.

—Está cerrada.

Sofía respondió:

—No he dado la orden.

—¿Puede cerrarse manualmente desde el otro lado?

—Sí.

—Entonces está dentro.

Se acercó al mecanismo lateral y retiró la cubierta.

—Necesito el código.

—No lo fuerces —advirtió Sofía—. Es una compuerta de presión antigua. Si rompes el cierre, puede quedar bloqueada.

—Dame el código.

—Siete, tres, uno, nueve.

Julián introdujo los números.

La luz permaneció roja.

—Código inválido.

—Repítelo.

Lo hizo.

Nada.

—Lo ha cambiado —dijo.

Sofía guardó silencio.

—¿Quién? —preguntó Julián.

—No puedo modificar ese código desde el sistema principal.

—No he preguntado si puedes hacerlo desde el sistema.

—Alguien lo cambió físicamente.

—¿Cuándo fue la última inspección?

—Hace tres semanas.

—¿Quién la realizó?

La comunicación emitió una interferencia breve.

—Yo.

Julián golpeó la compuerta con la palma.

—Alma Rojas. Abra.

No hubo respuesta.

Nico se acercó.

—Déjame hablar.

—No.

—Sabes que es ella.

—Sé que una mujer con información interna ha entrado ilegalmente, ha manipulado la seguridad y se niega a entregar un dispositivo.

—Y yo sé que no me haría daño.

Julián giró hacia él.

—La gente puede quererte y seguir siendo peligrosa.

La frase llegó hasta Nico con una precisión que ninguno de nosotros esperaba.

La luz de la compuerta pasó de rojo a verde.

Julián levantó el arma.

La puerta circular se abrió lentamente.

Al otro lado no había nadie.

Solo una pasarela de metal sobre el antiguo depósito de agua. En el extremo opuesto, otra abertura conducía hacia la oscuridad.

—¿Adónde va? —preguntó Julián.

—Al anillo técnico —respondió Sofía—. Si alcanza la bifurcación, puede llegar al Núcleo Negro o al sector ámbar.

—Cierra ambas rutas.

—El cierre del núcleo ya está bloqueado.

—Entonces la otra.

Un golpe metálico sonó al fondo del depósito.

Julián cruzó la pasarela.

Nico lo siguió.

Cuando apoyó el pie sobre la primera placa, una alarma apareció en su pulsera.

—**Usuario Nicolás Varela: alteración cardíaca detectada. Reduzca la actividad física.**

—Estoy bien —dijo.

—Vuelve —ordené.

—No.

—Tu cuerpo acaba de enviarte una notificación.

—Mi cuerpo lleva veinte años enviando notificaciones.

Siguió adelante.

La pasarela vibraba bajo nuestros pasos. Debajo, el agua reflejaba las luces en líneas verdes. Las paredes de piedra pertenecían a la construcción original; los conductos metálicos, a las reformas de mi padre.

La casa de Ana y Casa Cero se tocaban allí sin llegar a mezclarse.

Al alcanzar la otra abertura, Julián se detuvo.

Dos corredores se separaban frente a nosotros.

La ruta de la derecha estaba iluminada y llevaba al anillo técnico. La izquierda permanecía oscura.

—Ese corredor no aparece en el plano —dijo Sofía.

Miré la pared.

—Es el antiguo paso del invernadero.

—Se cerró durante la segunda reforma.

—Se cerró la entrada del estudio. No esta.

—¿Adónde conduce?

—Al patio ámbar.

Julián enfocó el suelo.

Había gotas oscuras sobre la piedra.

Sangre.

—Ha ido por aquí.

Nico se agachó.

—Está herida.

—No toques nada —dije.

Julián habló por el comunicador:

—Sofía, bloquea el Comedor Ámbar y abre la entrada desde el atrio. Que nadie cruce.

—Elena no va a aceptar otro cierre con Nico dentro.

—No necesito que lo acepte.

La iluminación del corredor izquierdo se encendió. Bombillas pequeñas, ocultas cerca del suelo, revelaron un pasadizo de piedra con menos de un metro de ancho.

—Mi madre lo utilizaba para transportar maquetas —expliqué—. Sale detrás de la antigua despensa.

—Usted vuelve al estudio con Nico.

—Si Alma conoce el paso, también conoce la salida.

—No pienso discutirlo en un túnel.

—Entonces avanza.

Julián entró de lado.

Nico esperó a que se alejara y se introdujo detrás. No intenté detenerlo otra vez.

El pasadizo obligaba a caminar con un hombro rozando la pared. El aire estaba más caliente y la señal del comunicador se debilitó.

—Julián —llamó Sofía—, estoy perdiendo tu ubicación.

—Seguimos hacia el sector ámbar.

—No figura una ruta continua.

—Nora dice que sí.

—Nora tenía doce años la última vez que entró.

—Trece —corregí.

Mi voz produjo un eco extraño.

Adelante, algo golpeó la pared.

Julián aceleró.

El pasadizo terminaba en un espacio triangular ocupado por tuberías antiguas. Una escalera de hierro ascendía hasta una

trampilla. Julián probó el cierre.

—Está bloqueada desde arriba.

—La despensa —dije—. Probablemente pusieron un armario encima.

—¿Otra salida?

Señalé una abertura baja.

—Conduce al conducto de calefacción del comedor.

—¿Cabe una persona?

—Cuando era niña, sí.

—Alma no es una niña.

—Tampoco yo.

El conducto había sido ampliado durante la reforma. Una tapa metálica estaba apoyada contra la pared.

Alma había pasado por allí.

Julián se agachó y alumbró el interior.

—La veo.

Se introdujo.

Nico se arrodilló para seguirlo.

—Tú no —dije.

—No voy a dejarla sola con él.

—Julián no quiere matarla.

—Quiere el dispositivo.

—También nosotros.

—No para lo mismo.

Desde el otro lado escuchamos la voz de Julián.

—Deténgase.

Un ruido seco.

Después, el sonido de una carrera.

Nico entró en el conducto.

Maldije y fui detrás.

Avanzamos unos cinco metros hasta una rejilla abierta. Salimos detrás de una pared de almacenamiento del Comedor Ámbar.

La mesa seguía puesta. Los platos de la cena permanecían en los compartimentos automáticos y las copas brillaban bajo la luz amarilla.

Alma estaba junto al acceso principal.

La compuerta había descendido antes de que pudiera cruzarla.

Julián se aproximaba desde la despensa.

Ella giró, buscó otra salida y descubrió que la puerta hacia la cocina también estaba cerrada.

—Se acabó —dijo él.

Alma sostenía la unidad de transferencia con la mano derecha. Con la izquierda presionaba el rasgón del traje. La mancha se había extendido hasta la pierna.

—Abre la puerta —ordenó a Sofía.

La respuesta llegó por los altavoces.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No sin abrirle el sector a Adrián.

—Necesito llegar al servidor.

—Ya no.

Alma levantó la cabeza hacia una cámara.

—Sofía.

La manera de pronunciar su nombre confirmó todo lo que ella había negado.

Julián avanzó.

—Coloque el dispositivo sobre la mesa.

—Si te lo doy, Adrián destruirá los registros.

—No voy a entregárselo.

—Trabajas para él.

—Esta noche trabajo para todos los que están dentro de la casa.

—Entonces empieza por Tomás.

Nico salió detrás de la pared.

—¿Sabes cómo ayudarlo?

Alma dio un paso en su dirección.

Julián levantó el arma.

—Quieta.

Ella se detuvo.

—Nico, vuelve con Inés.

—Dime si es Lázaro.

El visor negro ocultaba su expresión.

—Sí.

La palabra quedó suspendida sobre la mesa que todavía conservaba nuestras copas.

—¿Qué hace? —preguntó Nico.

—No aquí.

—¿Por qué estoy perdiendo plaquetas?

—Necesito los datos del servidor para saber si la reacción es reversible.

Elena comenzó a golpear la compuerta desde el otro lado.

—¡Nico!

Alma miró hacia ella.

—Tu madre sabe que hubo otros casos.

—No hables de ella —dijo Nico.

—Elena retrasó el informe.

—He dicho que no hables de ella.

—Si quieres vivir, tendrás que escuchar cosas peores.

Julián aprovechó el momento y se acercó lo suficiente para sujetarla.

Alma giró el cuerpo y golpeó su brazo con la unidad de transferencia. La pistola cayó sobre la mesa, chocó contra una copa y la lanzó al suelo.

Nico retrocedió.

Julián atrapó la muñeca de Alma. Ella intentó soltarse, pero la pierna herida cedió. Ambos chocaron contra el borde de la mesa.

La unidad cayó.

Corrí y la recogí antes de que mi padre pudiera ordenar a alguien que la destruyera.

—Dámela —dijo Julián.

—Primero suéltala.

—Está armada.

—Te ha golpeado con un disco duro.

Alma intentó incorporarse. Julián le inmovilizó los brazos detrás de la espalda.

—Quieta.

—No puedo respirar.

—El traje está funcionando.

—El filtro se dañó en el túnel.

Nico se acercó.

—Déjala levantarse.

—Atrás.

—Se está ahogando.

El visor comenzaba a cubrirse de condensación. Alma intentó girar la cabeza, pero Julián mantenía su cuerpo contra el suelo.

Me arrodillé.

—Voy a abrir el visor.

—No —ordenó Julián.

—Si realmente existe una exposición, el traje ya está roto y llevamos diez minutos respirando el mismo aire.

—No sabemos qué transporta.

—Sabemos que Tomás empezó a sangrar antes de tocarla.

Alma golpeó una vez el suelo con los dedos.

Su respiración llegaba entrecortada a través del filtro.

Julián aflojó la presión lo suficiente para que pudiera incorporarse.

—No haga movimientos bruscos.

Busqué el cierre lateral del visor. Uno de los enganches estaba deformado. Tiré con fuerza.

La pieza no cedió.

—A la izquierda —consiguió decir Alma.

Encontré una pestaña bajo el cuello y la presioné. El visor se abrió con un chasquido.

Una bocanada de aire húmedo salió del traje.

Alma Rojas levantó la cara.

Tenía sangre seca en la sien, el cabello pegado a la frente y la misma expresión con la que cinco años antes había exigido que dejáramos de mentir.

La mujer a la que yo había borrado en tres párrafos respiraba delante de mí.

Capítulo 5

El reconocimiento facial tardó menos de un segundo.

Una luz recorrió la cara de Alma desde la frente hasta la barbilla. La casa comparó sus rasgos con el archivo de Varela Biotech y mostró el resultado sobre la pared del comedor.

ALMA ROJAS
ACCESO REVOCADO

Durante cinco años, la empresa había intentado convertirla en una persona poco fiable. Casa Cero todavía recordaba su rostro.

Julián mantuvo las manos de Alma inmovilizadas detrás de la espalda. Ella respiraba con dificultad, pero el aire comenzaba a circular mejor después de que abrimos el visor.

—Suéltala —dijo Nico.

—Ha entrado ilegalmente, manipulado el sistema de seguridad y me ha atacado.

—La estabas apuntando.

—Retroceda.

Nico no se movió.

Me levanté con la unidad de transferencia en las manos. Era más pesada de lo que parecía y no tenía ninguna marca exterior, salvo una pequeña luz verde que parpadeaba en uno de los extremos.

Julián la señaló.

—Déjela sobre la mesa.

—¿Para que se la entregues a mi padre?

—Para que nadie vuelva a utilizarla como arma.

—Tú tienes una pistola.

—Y está en la funda.

La había recuperado del suelo durante el forcejeo. No vi cuándo.

—Nora —dijo Alma.

Su voz ya no atravesaba el filtro, pero sonaba áspera. Tenía los labios secos y la piel alrededor de los ojos enrojecida.

—No se la des.

Julián presionó sus muñecas.

—No decide nada.

—Si la unidad se separa de mí durante más de cinco minutos, se bloquea.

—La desbloqueará.

—No.

—Entonces dejará de ser útil.

—También para Adrián.

La puerta principal del comedor recibió un golpe desde fuera.

Elena apareció detrás del cristal ámbar, acompañada por mi padre y Sofía. Mi hermana seguía llamando a Nico, aunque el aislamiento reducía su voz a un murmullo.

Él se acercó al panel de comunicación.

—Estoy bien.

—Apártate de ella.

—No es contagioso.

—No sabes qué lleva en el traje.

—Tomás empezó a sangrar antes de verla.

Elena golpeó el botón.

—Sofía, abre la puerta.

—El sector está en contención —respondió ella—. Necesito realizar un ciclo de aire antes.

—Mi hijo está dentro.

—También Nora y Julián.

—Nico tiene las plaquetas bajas.

—Lo sé.

—Entonces abre.

—Si existe contaminación en el traje, llevarías el problema al resto de la casa.

Elena se volvió hacia mi padre.

—Ordénaselo.

Adrián apoyó la mano en el panel.

—Sofía.

Ella no lo miró.

—Puedo establecer un corredor hacia la Clínica Roja. Inés examina a Alma, retiramos el traje y descontaminamos el sector. Después abro.

—No sabemos si necesita atención médica —dijo mi padre.

Alma soltó una risa que terminó en una mueca de dolor.

—Tampoco sabíais si la necesitaban los veintisiete.

Adrián la observó detrás del cristal.

—¿Provocaste el incendio?

—¿Eso te han dicho?

—Entraste en mi casa la misma noche en que ardió el laboratorio.

—Tu laboratorio ardió porque ordenaste destruir un lote inestable dentro de un edificio con un sistema de refrigeración defectuoso.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo redacté el informe sobre el sistema de refrigeración.

Gabriel apareció junto a la puerta de la Clínica Roja. No entró en el comedor, pero podía ver a Alma desde el corredor.

Ella lo encontró inmediatamente.

—Y él lo archivó.

Gabriel bajó la mirada.

Mi padre no se volvió hacia él.

—¿Tenías acceso a la orden de destrucción?

—Tenía acceso a todo antes de que Elena cambiara las credenciales.

—Robaste información confidencial.

—Conservé información que pretendíais borrar.

—Eso es una confesión.

—Lo tuyo también debería serlo.

Julián levantó a Alma con cuidado.

Ella apoyó el peso sobre la pierna derecha. El traje rasgado dejaba ver una tela negra debajo, pegada al cuerpo por la sangre.

—Necesita atención —dije.

—Primero la registro.

—Está herida.

—Puede llevar un arma.

—Si quisiera matarnos, habría tenido varias horas.

—También puede haber esperado acceder al servidor.

Alma miró hacia la unidad que yo sostenía.

—No he venido a matar a nadie.

—No necesito creerla para registrarla.

Julián le ordenó que separara los pies. Le soltó una mano para colocarle una abrazadera de seguridad en la muñeca y fijarla a la otra. Después comprobó los bolsillos exteriores del traje.

Encontró una herramienta plegable, dos tarjetas electrónicas, un pequeño botiquín y una máscara de repuesto. Ningún arma.

—El dispositivo —repitió.

Lo coloqué sobre la mesa, pero mantuve una mano encima.

—Aquí.

—Apártese.

—Aquí está bien.

—Nora —dijo mi padre a través del comunicador—, entrégaselo.

—Julián lo tiene a la vista.

—Pertenece a la empresa.

Alma volvió a reír.

—Ni siquiera sabes qué es.

—Sé para qué intentabas utilizarlo.

—Eso no significa que te pertenezca.

Adrián acercó el rostro al cristal.

—Todo lo desarrollado con recursos de Varela Biotech pertenece a Varela Biotech.

Nico abrió la comunicación.

—¿También la sangre?

Elena cerró los ojos.

Mi padre permaneció inmóvil.

—Nicolás, ve a la clínica —dijo.

—Contesta.

—No es el momento.

—Siempre dices eso justo antes de que alguien deje de poder preguntar.

Inés apareció detrás de Gabriel con una caja médica.

—Abriré el corredor sanitario —anunció Sofía—. Julián, lleva a Alma hasta la antesala. Nora y Nico permanecen en el comedor hasta que termine el ciclo.

—Yo voy con ella —dijo Nico.

—Tú vienes conmigo —ordenó Inés—. Necesito repetir tu exploración.

—Puedo caminar.

—Nadie ha puesto en duda ese talento.

Las luces del comedor pasaron de ámbar a blanco.

—**Preparando transferencia médica** —anunció la casa—. **Mantengan libre el acceso norte.**

Una puerta lateral se abrió hacia un pasillo estrecho que comunicaba directamente con la Clínica Roja. El aire fue absorbido en aquella dirección.

Inés entró usando guantes, mascarilla y una bata protectora.

Alma la reconoció.

—Inés.

—No hables todavía.

Se arrodilló junto a la rasgadura del traje.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Una chapa del túnel.

—¿Cuándo?

—Antes del cierre.

—¿Has perdido el conocimiento?

—No.

—¿Dificultad para respirar antes de que se dañara el filtro?

—No.

—¿Has estado expuesta al humo exterior?

—El túnel aspiró aire durante unos segundos cuando empezó el incendio.

—¿Tos, irritación ocular, náuseas?

—Dolor al respirar, pero creo que es por la caída.

Inés palpó con cuidado alrededor de la herida.

—Necesito quitarte el traje.

—Aquí no.

—Aquí sí.

Alma miró las cámaras.

—Adrián está grabando.

—La casa registra todo durante una emergencia.

—Entonces apaga la cámara.

Sofía respondió desde fuera:

—Puedo suspender la imagen durante la exploración médica.

Mi padre se volvió hacia ella.

—No.

—La privacidad clínica continúa vigente durante el aislamiento.

—Es una intrusa.

—Y una paciente.

Sofía tocó la tableta. La imagen de la cámara situada sobre el comedor desapareció de los paneles exteriores.

Julián comprobó su comunicador.

—Mantendré vigilancia presencial.

—De espaldas —dijo Inés.

—Doctora...

—Si encuentras un arma debajo de su camiseta, te aviso.

Julián se apartó dos pasos y giró hacia la puerta.

Inés abrió el traje desde el cuello. Nico continuaba allí.

—Fuera —le dijo.

—Quiero saber si está bien.

—Y ella tiene derecho a que no la desnudes con la mirada.

Nico fue hacia el extremo opuesto del comedor. Yo lo acompañé, aunque podía observar el reflejo de los movimientos sobre el vidrio ámbar.

Inés retiró la parte superior del traje y la dejó caer hasta la cintura de Alma. Debajo llevaba una camiseta negra y una faja improvisada alrededor del abdomen. La tela estaba empapada.

Al cortar el vendaje apareció una herida larga en el costado. No parecía profunda, pero los bordes se habían abierto con la carrera.

—Necesita puntos —dijo Inés.

—Después.

—Ahora.

—Tomás está peor.

—Tomás está monitorizado y Gabriel sigue con él.

—Gabriel no debería estar a solas con ningún resultado.

Inés detuvo la limpieza.

—¿Qué significa eso?

—Pregúntale qué retiró del informe de seguridad.

—Todo el mundo sigue diciendo que pregunte a otra persona. Estoy empezando a sospechar que ninguno quiere responder.

—La señal apareció en el análisis conjunto.

—¿Qué señal?

Alma observó a Nico a través del comedor.

—Destrucción plaquetaria. Primero descendían las plaquetas, después aparecían daños en los vasos pequeños. Los casos estaban repartidos entre centros y protocolos distintos. Si los analizabas por separado, parecían accidentes. Cuando los reunías por lote, formaban un patrón.

—¿Lázaro-7?

—La versión escalable.

—¿Qué significa escalable?

—Que Adrián quiso fabricar en meses lo que antes producía en lotes pequeños. Cambiaron el sistema de transporte celular para abaratarlo y administrarlo a personas que no padecían la enfermedad original.

Nico volvió a acercarse.

—Yo sí la padezco.

Alma lo miró.

—Tú recibiste la versión terapéutica durante años. La última dosis era distinta.

—¿Lo sabías cuando intentaste hablar conmigo?

—Sabía que iban a incluirte en la demostración interna.

—Podrías haberme dicho que no me la pusiera.

—Te escribí.

—Escribiste que no votáramos.

—Tu madre bloqueó el resto de mis mensajes.

Elena, al otro lado del cristal, leyó su nombre en los labios de Alma y activó el comunicador.

—Eso es mentira.

Alma giró hacia ella.

—Tengo los registros.

—Enviaste amenazas.

—Te informé de que Nico corría riesgo.

—Me dijiste que Lázaro podía matarlo.

—Eso es un riesgo.

—Lo escribiste la noche antes de su dosis. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Que la detuvieras.

—Los análisis del lote eran normales.

—Los análisis que Gabriel autorizó después de retirar seis eventos graves.

Gabriel apareció detrás de Inés.

Había escuchado.

—No retiré casos —dijo—. Se reclasificaron porque no cumplían los criterios de causalidad.

Alma sostuvo su mirada.

—Una mujer murió de una hemorragia cerebral nueve días después de recibir Lázaro-7.

—Tenía antecedentes de hipertensión.

—Controlada.

—Y una malformación vascular no diagnosticada.

—Que sangró cuando sus plaquetas cayeron a doce mil.

—No puedes atribuir cada complicación posterior al tratamiento.

—Por eso reuní los casos.

—Reuniste pacientes con edades, patologías y dosis diferentes.

—Todos recibieron el mismo vector.

Gabriel apretó los labios.

—No tenemos confirmación de que el vector sea responsable.

—Tomás tiene dieciocho mil plaquetas.

—También puede haber estado expuesto a una sustancia liberada en el incendio.

—Estaba aquí antes de que empezara.

—Puede existir contaminación en la casa.

—Entonces explica por qué Nora, Inés, Sofía y Julián no sangran.

Julián se volvió.

—Yo no he sido analizado.

—¿Recibiste Lázaro-7?

—No.

—Entonces probablemente no necesitas que te pinchen.

Inés desinfectó la herida.

—Voy a extraerte sangre.

—No es necesario.

—Precisamente porque aseguras que no es contagioso.

Alma extendió el brazo.

—Hazlo.

La aguja entró en la vena. La sangre llenó el tubo con un color más oscuro que la extendida sobre el traje.

Inés presionó el punto de extracción.

—Si tus plaquetas son normales, tendremos un argumento. No una prueba definitiva.

—Será más de lo que ellos utilizaron para venderlo.

—No necesito que conviertas cada procedimiento en una acusación.

—Yo tampoco necesitaba que convirtieran cada muerto en una variable.

Inés mantuvo la presión unos segundos y entregó la muestra a Gabriel.

—Procesa esta después de las otras.

Alma sujetó su muñeca antes de que se apartara.

—No dejes que modifique el resultado.

Gabriel palideció.

Inés liberó suavemente el brazo.

—El analizador registra cada operación.

—También lo hacía el servidor de San Gregorio.

—Alma —dijo Gabriel.

—¿Qué?

Él miró a Tomás a través del cristal de la clínica.

—No sabes todo lo que ocurrió.

—Sé lo que firmaste.

—Intenté detener la administración.

—Recomendaste esperar cuarenta y ocho horas. Elena esperó cuarenta y ocho horas y continuó.

Elena pulsó el comunicador.

—Porque los análisis adicionales fueron normales.

—Porque repetisteis únicamente los análisis que sabíais que iban a salir normales.

—No tienes derecho a hablarme de Nico.

Alma se levantó con ayuda de Inés. La herida limpia dejaba una línea roja sobre el costado.

—Lo cuidé durante seis años.

—Y lo abandonaste.

—Me expulsaste del proyecto.

—Le dijiste a un niño que su tratamiento podía dejar de funcionar.

—Tenía diecinueve años.

—Seguía siendo mi hijo.

—También era el paciente.

Nico se colocó entre ambas, aunque continuaban separadas por el cristal.

—Dejad de discutir sobre quién me quería más.

La voz no fue especialmente alta. Bastó para que las dos callaran.

—Me pusieron Lázaro-7 el miércoles —continuó—. Mamá dijo que era la misma terapia con una actualización de estabilidad. Gabriel dijo que los eventos no tenían relación. Tomás firmó. El abuelo decidió. Todos sabíais una parte y cada uno utilizó la parte de los demás para no preguntar.

Miró a Alma.

—Tú sabías que existía una señal.

—Sí.

—Y decidiste entrar escondida en lugar de ir a la policía.

—Entregué documentación a la agencia reguladora.

—¿Y?

—Solicitaron una respuesta formal a Varela Biotech. Elena respondió que yo había sustraído datos y que estaba actuando por resentimiento profesional.

—Porque robaste datos —dijo Elena.

—Después de que ignoraras el primer informe.

—No podíamos entregar historiales sin anonimizar.

—Pediros permiso era la forma más rápida de asegurar que desaparecieran.

Mi padre activó el comunicador.

—Has terminado.

Alma lo miró.

—Todavía no he empezado.

—Entraste en mi casa, comprometiste un sistema de seguridad durante una emergencia y pusiste a mi familia en riesgo.

—Tu familia recibió el lote que ordenaste destruir.

—No era el mismo lote de administración.

—Era la misma plataforma.

—No tienes los datos de fabricación.

Alma señaló la unidad sobre la mesa.

—Por eso estoy aquí.

—No accederás al Núcleo Negro.

—Entonces Tomás morirá sin que sepamos qué variante recibió.

Inés dejó de preparar la sutura.

Mi padre no respondió.

—¿Existe alguna diferencia entre los lotes? —preguntó ella.

—Puede existir —dijo Alma—. La versión administrada a los Varela se fabricó aparte del ensayo general. Necesito la secuencia, los controles de pureza y las incidencias de producción.

—¿Para encontrar un tratamiento?

—Para saber qué está destruyendo las plaquetas. No puedo prometer más.

—¿Hay alguna forma de revertirlo?

—En dos casos, la supresión de la respuesta inmune detuvo el descenso. En otros no funcionó.

—¿Por qué?

—No tenían el mismo perfil.

—¿Los datos están en el servidor?

—Los originales. También las comunicaciones internas y la trazabilidad del lote.

Adrián apartó la mano del comunicador.

Elena lo miró.

—Papá.

Él no contestó.

Yo observé la unidad sobre la mesa.

—¿Qué contiene esto?

Alma siguió mi mirada.

—Una copia parcial de los informes que sacaron de San Gregorio antes de despedirme y el programa que necesito para montar el backup sin que el sistema lo borre.

—¿Puedes acceder con mi pulsera?

—Tu pulsera completa la autenticación del consejo.

—¿Y después?

—Necesito llegar físicamente al núcleo.

—Está bloqueado.

—Sofía puede abrir la puerta de mantenimiento.

Julián se volvió hacia ella.

Sofía continuaba fuera del comedor, junto al panel principal. Su rostro apareció ampliado cuando Julián activó la comunicación directa.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿La ayudaste a entrar por el túnel?

La pregunta ya no permitía una respuesta cuidadosamente limitada.

Sofía miró primero a Alma y después a mi padre.

—Sí.

Elena dio un paso hacia ella.

—¿Desde cuándo trabajas con esta mujer?

—No trabajo con Alma.

—La introdujiste en nuestra casa.

—Porque era el único lugar donde Adrián conservaba una copia que no podía alterar desde la empresa.

—Podía haberla matado el incendio.

—El incendio empezó después.

—Desactivaste las cámaras.

—Dos cámaras. El sistema ambiental permaneció activo.

—Mentiste cuando te preguntamos.

—Si hubiera contestado delante de Julián, Alma no habría llegado al servidor.

Julián tocó las abrazaderas que mantenían unidas las muñecas de Alma.

—No ha llegado.

Sofía lo miró a través del cristal.

—Porque el incendio adelantó el aislamiento. El plan era que copiara el archivo durante la votación y saliera antes de que terminara la cena.

—¿Y pensabas que nadie descubriría el acceso?

—Pensaba que para entonces los datos estarían en manos de la agencia reguladora y de varios periódicos.

Mi padre se acercó al panel.

—Estás despedida.

Sofía soltó una respiración breve.

—La casa está aislada, el anillo técnico tiene dos compuertas fuera de sincronización y tu hijo sangra en la clínica. Puedes despedirme cuando no necesites que mantenga el oxígeno.

—Julián, retira sus accesos.

—No puedo hacerlo sin comprometer los protocolos activos —dijo él.

—Hazlo cuando termine el aislamiento.

—Cuando termine el aislamiento, podrás enviarme una carta —respondió Sofía.

Mi padre cerró el canal.

Alma se sentó en una silla mientras Inés comenzaba a suturar la herida. Julián permanecía detrás, atento a cualquier movimiento.

Nico apoyó las dos manos sobre la mesa.

—¿Por qué no confiaste en Nora?

Alma me miró.

—¿Debería?

—Tiene los votos.

—También tenía mi informe.

No encontré una respuesta que no fuera una excusa.

Alma continuó:

—Le entregué un documento de cuarenta y seis páginas con seis casos graves, alteraciones de coagulación y una recomendación para detener el ensayo. Tres días después, Nora publicó que yo presentaba un patrón de conducta incompatible con la integridad científica.

—Me dijeron que habías modificado los datos.

—¿Quién?

—Gabriel y Elena.

—¿Y les creíste?

—Sí.

—No. Elegiste creerles. Es distinto.

Julián observaba la conversación. Inés no levantó la cabeza de la herida, pero sus movimientos se volvieron más lentos.

—Lo elegí —admití.

Alma parpadeó.

Probablemente esperaba que intentara protegerme con el cargo, la información incompleta o la lealtad familiar. Yo había utilizado esas defensas durante cinco años. Ya no quedaba ninguna que no sonara ensayada.

—Elegí creerlos porque la alternativa significaba admitir que había convertido a Nico en publicidad de algo que podía matar gente. Escribí el comunicado. Sabía lo que iba a hacerte.

—No sabías todo.

—Sabía lo suficiente para preguntar. No pregunté.

Alma apartó la vista.

La condena habría resultado más sencilla que aquel silencio.

Inés terminó el último punto.

—La herida no parece grave. Necesitas mantenerla limpia y evitar esfuerzos.

—Necesito llegar al núcleo.

—Ahora necesitas una analítica.

—Tomás necesita el archivo.

—Y yo necesito que no te abras otra vez por la mitad.

Inés cubrió la sutura y ayudó a Alma a ponerse en pie. El traje rojo permanecía acumulado alrededor de su cintura.

—Vamos a retirarlo por completo y meterlo en una bolsa de aislamiento.

Julián señaló las abrazaderas.

—Continúan puestas.

—No puedo quitarle el traje con las manos detrás.

—Las paso delante.

—Quítalas.

—No.

—Tiene una herida suturada y ninguna arma.

—Manipuló la seguridad.

—Y seguirá pudiendo hacerlo con una infección en la herida si no me dejas trabajar.

Julián abrió una abrazadera y volvió a cerrarla con las manos de Alma delante del cuerpo.

Inés retiró el resto del traje y lo introdujo en un contenedor sellado. Debajo, Alma llevaba pantalones negros y botas de trabajo. Una de ellas estaba cubierta de polvo gris.

Elena seguía observando a Nico desde fuera.

—Sácalo del comedor —pidió.

Sofía respondió:

—El ciclo termina en dos minutos.

—Ha estado junto a ella sin protección.

—Alma no presenta síntomas respiratorios y el traje permanecerá aislado.

—No lo sabes.

—El sistema no ha detectado contaminantes biológicos en el aire.

—El sistema tampoco detectó que la ayudabas.

Sofía dejó de responder.

Inés regresó a la clínica para colocar la muestra de Alma en el analizador. Nico se sentó frente a ella a través del cristal.

Tomás continuaba consciente. Tenía una vía en cada brazo y una mascarilla de oxígeno bajo la nariz. Cuando vio a Alma, intentó incorporarse.

Ella se acercó todo lo que permitía la puerta.

—Tomás.

Él pulsó el comunicador.

—Has elegido una entrada espectacular.
—No era el plan.
—Nada de esto lo era.
—¿Qué lote recibiste?
Tomás miró a Gabriel.
—L7-4B.
Alma cerró los ojos.
—¿Los cinco?
—Sí.
—¿Cuándo?
—El miércoles. Entre las nueve y las once.
—¿La misma vía de administración?
—Sí.
—¿Quién autorizó el lote?
Tomás respiró con dificultad.
—Yo.
Inés se acercó para obligarlo a recostarse.
—Basta.
—Necesita saberlo —dijo él.
—Puede saberlo cuando tu presión deje de caer.
Alma apoyó una mano contra el cristal.
—¿Conservaste una muestra?
Tomás miró hacia mi padre.
—En San Gregorio.
El laboratorio donde se guardaba había ardido.
—¿Y aquí? —preguntó Alma.
—No.
Gabriel se acercó al comunicador.
—La trazabilidad completa está en el backup.
—Por fin una respuesta útil —dijo ella.
—No significa que vaya a permitirte entrar.
—Tú ya elegiste tu posición.
—Mi posición es evitar conclusiones antes de tener pruebas.
Alma señaló a Tomás.
—Tu prueba está tumbada delante de ti.
—Un caso no establece causalidad.

—Cinco receptores del mismo lote pueden hacerlo.

—Solo uno presenta una hemorragia grave.

La casa emitió un tono desde el analizador.

Inés se volvió.

En la pantalla aparecieron cuatro resultados.

Los leyó una vez.

Después volvió a leerlos.

Elena pulsó el comunicador.

—¿Qué ocurre?

Inés tomó la tableta y salió de la zona presurizada. Se detuvo en la antesala, lo bastante cerca del cristal para que todos pudiéramos verla.

—Las plaquetas de Nico están en setenta y dos mil —dijo—. Ya lo sabíamos.

Deslizó el dedo.

—Elena, noventa y cuatro mil.

Mi hermana dejó de respirar durante un instante.

—Adrián, ochenta y nueve mil.

Mi padre no reaccionó.

Inés miró a Gabriel.

—Cincuenta y seis mil.

El científico se apoyó contra la pared.

—Eso puede deberse a una interferencia del analizador.

—Cuatro interferencias en cuatro receptores.

—Necesitamos repetir.

—Repetiremos.

Otra señal apareció.

La muestra de Alma.

Inés leyó el resultado:

—Doscientas cuarenta y ocho mil.

Dentro del rango normal.

Alma se acercó al cristal, con las muñecas todavía unidas por la abrazadera.

—Ya podéis dejar de preguntaros qué he traído a la casa.

Miró a Adrián, Elena y Gabriel.

—Lo llevabais dentro antes de que yo llegara.

CAPÍTULO 6

Los nombres de los muertos

La casa necesitó ocho segundos para decidir que Alma decía la verdad.

Durante ese tiempo, el sistema hizo circular el aire del Comedor Ámbar por los filtros de emergencia, analizó las partículas adheridas al traje rojo y comparó su sangre con los resultados de los demás. Lo anunció con la misma voz que utilizaba para avisar de una puerta abierta.

—Contaminación atmosférica no detectada. Patrón hematológico no compatible con exposición común.

Alma seguía sentada al extremo de la mesa, con las muñecas sujetas por una brida de Julián. Había dejado el casco en el suelo. El pelo, oscuro y endurecido por el sudor, se le pegaba a las sienes. Bajo la luz ámbar, la herida del costado parecía más profunda de lo que Inés había calculado desde el otro lado del cristal.

Mi padre miró la pantalla donde aparecían los seis resultados.

Cinco cifras anormales y una normal.

Ni siquiera entonces abandonó su silla.

—Podría haber manipulado su muestra.

Inés levantó la cabeza.

—La extraje yo.

—Puede haber tomado algo antes de entrar.

—¿Algo para fabricar doscientas cuarenta y ocho mil plaquetas?

—No sabemos qué ha hecho.

—Sabemos lo que no ha hecho —dijo Inés—. No ha traído esto.

Elena se había sentado junto a Nico, aunque él había colocado la silla lo bastante lejos para que no pudiese tocarlo sin inclinarse. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en su resultado: noventa y cuatro mil. Aún no sangraba. Al lado de su nombre, la casa había añadido una recomendación discreta: repetir análisis en sesenta minutos.

Gabriel se limpiaba la nariz con una servilleta. La retiraba cada pocos segundos para comprobar si había aparecido sangre. En el centro de la tela ya se extendía una mancha del tamaño de una moneda.

Julián no había soltado a Alma.

—Quitadle esto —dijo Inés, señalando la brida—. Necesito tratar la herida.

—Puede tratarla con las manos inmovilizadas.

—Puedo coserla así, sí. También puedo cosértela a ti mientras haces el pino. No significa que sea una buena idea.

Julián buscó a mi padre con la mirada.

Adrián no le dio ninguna orden.

El sistema acababa de sustituir la luz ámbar de la puerta por una franja blanca.

—Ciclo de contención finalizado —anunció—. Circulación interior autorizada por ruta azul.

La casa nos devolvía una parte de sí misma. El Jardín Verde y el Ala Violeta continuaban aislados; la cocina había quedado incorporada al perímetro ámbar y el pasillo del sur permanecía bloqueado por la posible contaminación del traje. Para llegar a la Clínica Roja debíamos cruzar el Atrio Azul.

Antes de levantarse, mi padre extendió una mano hacia mí.

—Dame la unidad de transferencia.

El dispositivo descansaba sobre la mesa, junto a mi plato intacto. Era un rectángulo negro, algo más grueso que un teléfono, con los bordes dañados por el golpe que había recibido durante el forcejeo en el jardín. En uno de los laterales parpadeaba una luz verde.

Apoyé la palma encima.

—No.

—Contiene información sustraída a la empresa.

—Contiene información sobre personas que la empresa decidió no contar.

—No sabes lo que contiene.

—Por eso queremos abrirlo.

—Por eso debe quedar bajo custodia.

Alma habló sin mirar a ninguno de los dos.

—Si se lo das, no habrá nada que custodiar dentro de diez minutos.

Mi padre sonrió apenas. No había humor en el gesto.

—Sigues atribuyéndome capacidades extraordinarias.

—No. Te atribuyo permisos de administrador.

Julián se acercó a la mesa.

—Puedo guardarla hasta que determinemos qué hacer.

—¿En nombre de quién? —pregunté.

—En nombre de la seguridad de todos los que estamos dentro.

—La seguridad de cinco de ellos depende de lo que haya ahí.

Señalé el dispositivo, pero Julián observó mi pulsera. Comprendía que la unidad no servía sin mi autenticación. También comprendía que quitármela no resolvería nada: el cierre estaba calibrado a mi temperatura, a mi pulso y a una lectura subcutánea que la casa había tomado al entrar.

—Déjala —dijo Inés—. Primero voy a ocuparme de que nadie se desangre mientras discutís la propiedad intelectual.

Cortó la brida de Alma con las tijeras de emergencia.

Alma se frotó las muñecas. No me dio las gracias. Yo guardé la unidad en el bolsillo interior de la chaqueta y acompañé a los demás hacia el Atrio Azul.

La ruta que la casa nos permitía atravesar no coincidía con ninguno de los recorridos que yo recordaba. Las puertas del corredor principal estaban cerradas, de modo que el suelo iluminó un desvío por la antigua galería de servicio, detrás de los paneles acústicos del comedor. Caminamos en fila entre paredes estrechas, tuberías de ventilación y armarios técnicos.

Mi madre había diseñado la casa sin pasillos ciegos. Decía que un hogar no debía obligar a nadie a retroceder para encontrar una salida. Cuando su enfermedad empezó a endurecerle las piernas, convirtió esa idea en una regla: ningún desnivel sin rampa, ninguna habitación con un único acceso, ninguna puerta que no pudiera abrirse a mano.

Adrián conservó las rampas.

Eliminó las salidas.

En el cruce con el corredor norte vimos a Sofía detrás de una mampara. La casa no le permitía incorporarse a nuestra ruta. Permanecía dentro de la franja técnica, con una tableta contra el pecho y el rostro iluminado por las lecturas del sistema.

—La atmósfera del traje está limpia —dijo a través del intercomunicador—. Había residuos de fertilizante, hongos, óxido, combustible y agua estancada. Todo coincide con el túnel de la cisterna.

—No te he pedido un informe —contestó mi padre.

—La casa sí. Si no valido los datos, no abre la clínica.

Marcó algo en la tableta. La puerta roja, al final del corredor, se desbloqueó.

Mi padre se detuvo ante la mampara.

—Cuando salgamos de esto, no volverás a trabajar para mí.

—Si salimos, puedes mandarme una carta.

—Podrías haberlos matado a todos.

Sofía miró a Alma. Después miró a Nico.

—Pensé que ya lo estabais intentando vosotros.

Elena dio un paso hacia el cristal, pero Nico le cerró el camino con el cuerpo.

—Sigue andando, mamá.

No alzó la voz. Elena obedeció.

La Clínica Roja ocupaba lo que había sido el patio de música. Mi madre lo había concebido como un hueco abierto, con un piano protegido por un alero y bancos de piedra que conservaban el calor al anochecer. Durante los veranos, Tomás tocaba mal las mismas cuatro canciones y yo fingía no escuchar desde la planta superior.

Ahora un techo electrocrómico cubría el patio. El piano había sido sustituido por dos cubículos de aislamiento, una sala de procedimientos y un puesto central de monitorización. El antiguo suelo de arcilla seguía allí, visible sólo en una estrecha franja junto a la pared. Todo lo demás era resina roja, acero y vidrio.

Tomás estaba en el primer cubículo.

Inés había elevado el respaldo de la cama para reducir la presión en su cabeza. Tenía una vía en cada brazo y una bolsa de plaquetas conectada a una de ellas. La sangre seca le oscurecía las encías. Al vernos, levantó dos dedos a modo de saludo.

—Habéis tardado —dijo.

Su voz llegaba por un altavoz situado sobre el cristal.

—Estábamos decidiendo a quién pertenecen tus plaquetas —contesté.

—Aparentemente, a nadie.

Inés hizo entrar a Alma en la sala de procedimientos. Cerró la puerta y activó la presión negativa antes de cortar el traje a la altura del costado. Debajo, Alma llevaba ropa térmica empapada, pegada a una herida de unos seis centímetros. No parecía causada por un arma. El borde irregular y las partículas oscuras incrustadas en la piel confirmaban su relato sobre el túnel.

Nico se acercó al cristal.

Alma lo vio y, durante un instante, dejó de ser la mujer que había irrumpido en la casa para robar un servidor. Su boca se abrió en una sonrisa cansada.

—Has crecido.

—Eso suele pasar en nueve años.

—Contigo nunca fue seguro.

Elena se volvió hacia su hijo. Nico mantuvo los ojos en Alma.

—¿Fuiste tú quien me enseñó la señal?

Alma asintió mientras Inés irrigaba la herida.

—Te daban ataques de pánico antes de las punciones. No querías que tu madre lo supiera porque ella se ponía peor que tú.

—Dos golpes. Una pausa. Dos golpes.

—Inspirar, sostener, soltar.

—Creí que lo había inventado Tomás.

Desde el cubículo, mi hermano levantó una mano.

—Me apropié del método. Era joven y no respetaba la propiedad intelectual.

Alma se rio. El gesto le abrió la herida y tuvo que apretar los dientes.

Elena permaneció inmóvil entre ambos cristales.

Había algo obsceno en la facilidad con que los tres recuperaban una intimidad de la que ella había sido excluida. No porque no hubiese estado presente en aquellos años, sino porque los había vigilado con tanta atención que nadie se atrevía a mostrarle miedo.

Inés inyectó anestesia alrededor de la herida.

—Necesito espacio —dijo—. Nora, llévate a todos al atrio. Julián puede quedarse en la puerta. Quiero a los cuatro que recibieron Lázaro sentados, sin moverse y sin hacer nada heroico. Sobre todo tú, Gabriel.

—No estaba planeando nada heroico.

—Tampoco lo accidental.

Mi padre se negó a salir.

—Quiero oír lo que diga.

—La sala tiene audio.

—Quiero verla.

—Yo quiero un hospital, un hematólogo, seis unidades más de plaquetas y una ambulancia al otro lado de esa puerta. Como ninguno de los dos va a obtener lo que quiere, sal.

Adrián miró a Tomás. Mi hermano tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Una nueva línea de sangre descendía desde su fosa nasal hasta el labio.

Mi padre salió.

El Atrio Azul se encontraba a pocos metros de la clínica, aunque la ruta autorizada nos obligó a rodear el antiguo estudio de mi madre. Entramos por el lado oeste, frente a la gran puerta del airlock.

El atrio había dado nombre al primer proyecto de Ana. No por el color de las paredes, que habían sido blancas, sino por el agua. Una lámina de pocos centímetros cubría el suelo y corría sobre piedra gris hasta un canal central. Las personas entraban en la casa por

pasarelas separadas, de modo que tenían que elegir cómo aproximarse unas a otras.

Cuando mi madre dejó de poder confiar en sus pies, vació el estanque. Dijo que estaba cansada de ver a la gente mirar al suelo.

Después de su muerte, mi padre levantó las piedras y llenó la cavidad con fibras ópticas, sensores de presión y conductos de seguridad. La luz azul que ahora ascendía desde las juntas no se reflejaba en agua alguna. El canal central seguía abierto, seco, reducido a una cicatriz de piedra que dividía el atrio.

Nico dejó caer la carpeta dentro.

Las hojas se extendieron por el fondo del canal. Algunas tenían fotografías; otras, capturas de historiales clínicos, mensajes impresos o páginas de redes sociales. Nico se arrodilló y empezó a ordenarlas.

—¿Qué haces? —preguntó Elena.

—Poniéndolos donde se vean.

—Ahora necesitas descansar.

—Tengo veinte años, no cinco.

—Tienes setenta y dos mil plaquetas.

—Y tú noventa y cuatro. Si vamos a comportarnos según la cifra, tampoco puedes dar órdenes.

Elena buscó ayuda en Tomás, aunque Tomás no estaba allí para dársela.

Me agaché junto a Nico. En la primera hoja había una mujer de pelo corto sentada sobre el manillar de una bicicleta. No miraba a la cámara. Se reía de algo que sucedía fuera de la imagen.

Nombre: Lucía Torres Segura.

Cuarenta y un años.

Debajo de la fotografía, alguien había impreso un resumen médico. Hemorragia intracraneal. Trombocitopenia aguda. Fallecimiento nueve días después de la administración.

En la esquina superior aparecía un sello gris:

CAUSALIDAD NO DETERMINADA.

La segunda hoja pertenecía a Damián Requena. Veintisiete años. Compartía la mutación de Nico y había entrado en el programa de acceso ampliado después de que su enfermedad dejara de

responder al tratamiento convencional. En su fotografía llevaba una camisa demasiado grande y sostenía un pez con ambas manos.

Murió en Valencia.

La tercera era Pilar Sanz Calvo, cincuenta y seis, profesora de historia. Su ficha no indicaba que estuviese muerta. Registraba una estancia de dieciocho días en cuidados intensivos, dos cirugías y una pérdida parcial de visión.

—No son veintisiete muertos —dije.

—Todavía no —respondió Alma por los altavoces de la clínica.

La costura amplificó el ruido de su respiración. Inés le pidió que no hablara.

Alma ignoró la orden.

—Son veintisiete casos con el mismo patrón. Once fallecieron. Cuatro siguen hospitalizados, o lo estaban cuando pude acceder a sus datos. Ocho recibieron el alta con secuelas. De los otros cuatro, la empresa interrumpió el seguimiento o cambió el identificador.

Gabriel dejó de presionarse la servilleta contra la nariz.

—Eso no es exacto.

Nico levantó la cara.

—¿Qué parte?

—No pertenecían al mismo protocolo. Ni recibieron la misma formulación.

—Todos recibieron Lázaro-7.

—Lázaro-7 no es una única formulación. Hubo tres vectores, dos vías de administración y varias modificaciones en la secuencia reguladora. Algunos pacientes tenían patologías que podían provocar alteraciones hematológicas por sí mismas.

Alma soltó un sonido que podía haber sido una risa si no le hubiese dolido.

—Ahí está.

—¿Qué?

—La presentación que hiciste para el comité.

Gabriel arrugó la servilleta.

—Hice una revisión de causalidad.

—Dividiste veintisiete casos en siete grupos.

—Porque eran clínicamente distintos.

—Los dividiste hasta que ningún grupo fue lo bastante grande para producir una señal estadística.

—No puedes sumar poblaciones distintas para conseguir el resultado que deseas.

—Y tú no puedes separarlas hasta conseguir el resultado que deseas.

—No fue lo que hice.

Alma giró la cabeza para verlo a través de las dos paredes de cristal.

—Cambiaste el criterio de trombocitopenia grave de cincuenta mil a veinte mil después del tercer caso. Excluiste las hemorragias ocurridas pasadas setenta y dos horas porque el protocolo original sólo contemplaba reacciones agudas. Clasificaste dos muertes como progresión de la enfermedad de base aunque las autopsias describían daño vascular generalizado.

Gabriel abrió la boca.

—Las autopsias no eran concluyentes.

—Nunca lo son cuando el patrocinador decide qué pregunta debe responder el patólogo.

Mi padre se interpuso entre él y el canal.

—Basta de esta representación.

Nico sostuvo la hoja de Lucía Torres.

—Di su nombre.

—¿Qué?

—Si crees que fue su enfermedad, di su nombre y explícalo.

—No voy a participar en esto.

—Lucía Torres Segura.

La casa recogió la voz de Nico y la devolvió desde varios altavoces. El nombre llegó desde el corredor, desde la clínica y desde el techo del atrio. Durante un instante pareció que otra persona lo había pronunciado detrás de nosotros.

Adrián bajó la vista hacia la fotografía.

—No la conocí.

—Eso no impidió que cobraras por su tratamiento.

—La empresa no cobra a los participantes de un ensayo.

—A ella no. Al fondo que compró el acceso.

Elena se acercó.

—Nico, necesitas sentarte.

—Damián Requena —continuó él—. Pilar Sanz Calvo. Saúl Ibáñez. Miriam Otero. Hye-jin Park.

—Nico.

—¿Cuántos tengo que leer hasta que uno te suene?

Elena lo agarró por el antebrazo.

Él se apartó con tanta brusquedad que golpeó el borde del canal. La piel se abrió a la altura del codo. Fue un corte pequeño, apenas una línea, pero la sangre brotó de inmediato y descendió hasta su muñeca.

Elena palideció.

—No te muevas.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo presionó sobre la herida. Nico intentó retirarse de nuevo, pero ella no lo soltó.

—Puedes odiarme dentro de cinco minutos —dijo—. Ahora deja el brazo quieto.

Nico apretó la mandíbula. No volvió a apartarse.

El pañuelo blanco se volvió rojo entre los dedos de Elena.

Gabriel, a pocos pasos, continuaba sangrando por la nariz.

Mi padre observaba las hojas esparcidas en el canal. Algunas habían quedado boca abajo. Las fotografías visibles formaban una fila irregular a sus pies.

—Todo tratamiento de este tipo produce acontecimientos adversos —dijo—. No hay medicina avanzada sin riesgo. Ni hay innovación posible si se juzga cada resultado desde el beneficio de saber cómo terminó.

—Hablas como el informe anual —dije.

—Hablo como alguien que ha llevado un tratamiento desde una hipótesis hasta salvar una vida.

Miró a Nico.

Elena siguió comprimiéndole el corte.

—La primera versión le salvó la vida —dijo Alma—. Nadie está negando eso.

—Todo lo que vino después existe gracias a esa primera versión.

—No. Todo lo que vino después existe porque decidiste que salvar a un niño no era suficiente.

La frase llegó por los altavoces limpia y serena.

Mi padre cruzó el canal sin pisar las hojas.

—Ana murió porque llegamos tarde. Tres años tarde, quizá dos. Cuando funcionó con Nico, entendí lo que habíamos tenido delante. No iba a guardar aquello para una sola familia.

—Lo convertiste en otra cosa.

—Lo convertimos en un tratamiento que podía fabricarse.

—Lo convertisteis en un producto que tenía que cumplir una fecha.

Gabriel se sentó en el banco más cercano. La servilleta ya no bastaba; Julián le entregó una compresa del botiquín del atrio.

—El escalado era necesario —dijo Gabriel—. El vector original requería semanas de producción para un solo paciente. Costaba más de dos millones por dosis y no podía replicarse de forma estable.

—Por eso cambiasteis la cápside —dijo Alma.

—Entre otras cosas.

—Y aparecieron las hemorragias.

—Aparecieron en una población con enfermedades complejas.

—También han aparecido en vosotros cinco.

Gabriel miró a mi padre, después a Elena. En ninguno encontró la respuesta que necesitaba.

—El lote interno fue administrado en condiciones distintas.

—Sí —dijo Alma—. Sin patologías de base que os permitan culpar a los muertos.

Desde la clínica llegó una alarma breve.

Inés apareció al otro lado del cristal, comprobó la bolsa conectada a Tomás y silenció el aviso. La transfusión había terminado.

—¿Cuánto ha subido? —pregunté.

—Todavía no lo sé.

—¿Cuándo lo sabrás?

—En quince minutos.

—¿Y si no sube?

Inés no contestó enseguida.

—Entonces significa que las está destruyendo más deprisa de lo que podemos reponerlas.

Mi padre se volvió hacia Alma.

—Has tenido tus datos. ¿Qué propones?

—Acceder al respaldo original.

—¿Y después?

—Comprobar la composición exacta del L7-4B, compararla con las secuencias de los lotes anteriores y recuperar los estudios que Gabriel no incluyó en el informe.

—No había estudios concluyentes.

—Había un modelo animal con la misma destrucción plaquetaria.

Gabriel dejó caer la compresa.

Nadie habló.

Alma se incorporó en la camilla. Inés puso una mano sobre su hombro para impedirlo.

—Los macacos del grupo C —continuó Alma—. Cuatro de seis desarrollaron trombocitopenia. Uno murió por una hemorragia pulmonar.

—Fue una contaminación bacteriana —dijo Gabriel.

—Eso escribiste.

—Eso mostró el cultivo.

—Un cultivo realizado después de cuarenta y ocho horas con la muestra mal conservada.

—No tenías autoridad para revisar ese estudio.

—Yo era la directora clínica.

—No eras responsable de preclínica.

—Ésa fue la ventaja de repartir los datos. Cada persona sabía lo suficiente para no poder decir que no sabía nada y demasiado poco para detenerlo por sí sola.

Tomás abrió los ojos en el cubículo.

—Yo vi el estudio.

Su voz llegó debilitada por el altavoz.

Inés se volvió hacia él.

—No hables.

—Si espero a que me des permiso, puede que ya no tenga presión sanguínea.

Mi hermano intentó sonreír. Sólo un lado de la boca obedeció.

Me acerqué al cristal.

—¿Cuándo lo viste?

—La noche antes de firmar el informe de seguridad.

Elena cerró los ojos.

—Tomás —dijo.

—No, Elena.

—Estabas de acuerdo con la evaluación.

—Estuve de acuerdo en que no era concluyente. No es lo mismo.

—Firmaste.

—Sí.

Lo dijo sin protegerse.

Inés regresó a la pantalla junto a su cama. Las lecturas de presión continuaban dentro de un margen aceptable, pero ella revisó sus pupilas con una linterna.

—¿Por qué? —pregunté.

Tomás observó el techo del cubículo. Quizá buscaba una formulación médica, una distancia desde la que poder hablar de sí mismo como si fuese un paciente.

—Porque el primer cultivo fue positivo. Porque había seis animales. Porque Gabriel dijo que la caída de plaquetas podía deberse a la infección. Porque el comité regulatorio ya tenía tres retrasos y, si suspendíamos otra vez el protocolo, Aureon se retiraba.

—Eso explica el informe. No la firma.

—La firma fue porque Nico estaba empeorando.

Nico bajó la mirada hacia el pañuelo que su madre presionaba contra su codo.

Tomás prosiguió:

—Sus marcadores habían vuelto a subir. No podíamos producir otra dosis de la formulación original. Quedaba una ventana de semanas, tal vez menos. Elena dijo que si deteníamos Lázaro-7, no habría un protocolo bajo el que tratarlo.

—¿Y tú qué dijiste? —preguntó Nico.

—Que necesitábamos más pruebas.

—¿Y después?

—Firmé.

La palabra quedó suspendida entre nosotros y el cristal.

Mi hermano no lloraba. Tomás nunca había necesitado las lágrimas para parecer arrepentido. Le bastaba esa manera suya de no desviar los ojos cuando ya no podía arreglar algo.

Nico retiró el brazo de las manos de Elena. La herida seguía sangrando, aunque más despacio.

—Me usasteis para aprobarlo.

—Intentábamos salvarte —dijo Elena.

—Ya me habíais salvado.

—Estabas recayendo.

—Entonces podríais habérmelo dicho.

—Eras menor.

—Tenía diecisiete años.

—Eras mi hijo.

—Eso no es una explicación médica médica.

Elena arrugó el pañuelo ensangrentado.

—No. Es la explicación que tengo.

Nico se puso de pie. Se mareó antes de completar el movimiento y tuvo que apoyarse en el hombro de Julián. Elena avanzó, pero él levantó una mano.

—No.

Julián lo condujo hasta el banco. Nico se dejó caer y apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Cuándo te llegaron los avisos de Alma? —preguntó.

Elena no respondió.

—Mamá.

—No eran avisos. Eran mensajes enviados desde una cuenta que ya no tenía acceso autorizado.

—¿Cuándo?

—Antes de tu dosis.

El atrio pareció ensancharse alrededor de ella.

—¿Cuánto antes?

—Dos días.

—Cuarenta y seis horas —corrigió Alma desde la clínica.

Elena giró la cabeza.

—Me amenazaste.

—Te envié cinco historiales.

—Dijiste que si tratábamos a Nico, acudirías a la prensa.

—Dije que si administrabais el lote sin revisar esos casos, lo haría público.

—No sabía si los documentos eran auténticos. Habías extraído información de sistemas restringidos. Habías intentado contactar con pacientes directamente.

—Porque bloqueaste el comité.

—Porque estabas desestabilizada.

Alma se quedó quieta.

La expresión de Elena cambió apenas. Había utilizado una palabra estudiada, una de ésas que permiten convertir una acusación en un síntoma. Yo reconocí la técnica porque la había perfeccionado para ella.

—Eso lo escribí yo —dije.

Elena me miró.

—¿Qué?

—Desestabilizada. Fue la palabra que usamos en la primera reunión de crisis. Gabriel dijo obsesionada. El departamento jurídico propuso hostil. Yo dije que cualquiera de las dos podía parecer una represalia, así que elegimos desestabilizada.

Alma me observaba desde la camilla.

Yo conocía su informe. Cuarenta y seis páginas, doce anexos y una tabla que en aquel momento consideré demasiado confusa para un documento que pretendía detener una operación de miles de millones. Leí las conclusiones, hablé con Elena y recibí un resumen de Gabriel. No entrevisté a ninguno de los médicos cuyos nombres aparecían en las notas. No llamé a Alma.

Después redacté tres párrafos.

Recordaba el texto entero porque había sido eficaz.

—«Las conclusiones difundidas por la doctora Rojas carecen de base clínica consolidada y responden a una lectura interesada de datos fragmentarios obtenidos fuera de los cauces autorizados» —recité—. «Varela Biotec mantiene su compromiso con la transparencia, el rigor científico y la seguridad de los pacientes».

Gabriel bajó la cabeza.

Mi padre me miró como si no entendiese por qué estaba colaborando con el enemigo.

—Ese comunicado se publicó después de que Alma vulnerase su acuerdo de confidencialidad.

—Lo sé. Yo añadí esa parte.

Me agaché y recogí otra hoja.

Miriam Otero Funes. Cuarenta y ocho años. La fotografía mostraba a una mujer junto a una tarta, con dos velas en forma de cuatro y ocho. El resumen decía que había muerto de una hemorragia digestiva seis días después de recibir el tratamiento.

En el reverso había una captura de un correo dirigido a la empresa. Lo había enviado su marido.

Solicitaba hablar con alguien que pudiera explicarle qué había ocurrido.

Recordé aquel mensaje.

No el nombre, ni la fotografía. Recordaba el asunto: SOLICITUD URGENTE. El equipo de atención al paciente lo había reenviado a comunicación porque el hombre amenazaba con publicar el historial de su esposa. Yo ordené que respondieran mediante el departamento jurídico para evitar que una conversación informal pudiera considerarse reconocimiento de causalidad.

—A éste lo vi —dije.

Alma esperó.

—No el historial. El correo del marido.

—Se llama Andrés.

Asentí.

—Le enviamos una carta.

—Le enviasteis una advertencia.

—Sí.

No había una formulación que pudiese suavizarlo. Había pasado años encontrándolas y, cuando por fin habría agradecido una, ninguna me servía.

—Yo no sabía que había más casos —dije.

—Sabías que podía haberlos —respondió Alma.

—Sí.

—Eso basta.

—Lo sé.

Mi padre dio un golpe con la palma sobre el borde del canal.

—No. No basta. Ninguno de vosotros va a convertir una serie de decisiones tomadas con información incompleta en una confesión colectiva para satisfacerla.

—No necesito que me satisfagan —dijo Alma—. Necesito el servidor.

—Lo que necesitas es una explicación que te absuelva de haber robado datos, manipulado a una empleada y entrado en una propiedad durante una emergencia química.

—No manipulé a Sofía.

Desde el corredor técnico, la voz de Sofía apareció en el sistema.

—Un poco sí.

Todos buscamos la cámara situada en la esquina del atrio.

Sofía continuó:

—Me enseñó los casos que podía enseñarme y dejó que yo imaginara el resto. No me dijo que el túnel estaba parcialmente inundado. Tampoco que el respaldo podía contener material clínico no anonimizado.

—Te dije que era peligroso —respondió Alma.

—Dijiste que estaba despejado hasta la cisterna.

—Lo estaba la última vez que vi los planos.

—Los planos tenían cuatro años.

—¿Podéis discutir esto después? —preguntó Inés.

Había salido de la sala de procedimientos. Se quitó los guantes mientras cruzaba hacia el cubículo de Tomás.

—La herida está cerrada. Alma necesita antibiótico, pero no corre peligro inmediato. Tomás sí.

En la pantalla central apareció el nuevo recuento.

OCHO MIL PLAQUETAS/µL.

Nadie necesitó que Inés explicara la cifra.

—La transfusión no ha funcionado —dijo Elena.

—Funcionó durante unos minutos. Su organismo las ha consumido o destruido.

—Ponle otra.

—Me quedan dos unidades. Si se las doy sin detener el proceso, ganaremos media hora y nos quedaremos sin nada para vosotros.

—Dáselas —ordenó mi padre.

Inés lo miró.

—Tomás es mi marido.

—Entonces no entiendo por qué estamos hablando.

—Porque también soy la médica de esta casa y no voy a actuar como si él fuese el único paciente.

Tomás golpeó el cristal con dos nudillos.

—Hazle caso.

—Cállate —dijo Inés.

—No desperdicies otra bolsa.

—He dicho que te calles.

La voz de Inés se quebró en la última palabra. Apoyó ambas manos sobre la encimera, esperó un segundo y volvió a incorporarse.

—Le he administrado corticoides y antifibrinolítico. Puedo iniciar inmunoglobulina, pero no sé si estamos ante un ataque inmunitario, una alteración de la médula, un consumo vascular o las tres cosas. Necesito saber qué había exactamente en ese lote.

—El servidor no va a darte una respuesta clínica inmediata —dijo Gabriel.

—¿Hay estudios que no están en el informe?

Gabriel tardó demasiado.

—Hay datos preclínicos.

—¿Existe un protocolo de rescate?

—Se ensayaron varias opciones.

—¿Dónde están?

—En el archivo de desarrollo.

—¿Dentro del Núcleo Negro?

Gabriel asintió.

Inés miró a mi padre.

—Abre la puerta.

—No voy a conectar un dispositivo externo a nuestro servidor durante una crisis.

—Entonces copia tú los datos.

—No sé qué está intentando extraer.

—Yo sí —dijo Alma—. Trazabilidad del lote, secuencia final, informes preclínicos y correspondencia regulatoria.

—Y cualquier otra cosa a la que puedas acceder.

—Puedes mirar la pantalla.

—No.

La respuesta fue inmediata. Demasiado inmediata para pertenecer a alguien que todavía evaluaba el riesgo.

Inés se acercó hasta quedar frente a él.

—Tu hijo tiene ocho mil plaquetas.

—Precisamente por eso no voy a permitir que ella improvise un tratamiento a partir de información robada.

—Tu hijo no necesita que le protejas la reputación.

Mi padre bajó la voz.

—No sabes lo que está en juego.

—Sé exactamente lo que está en juego. Está detrás de ese cristal, sangrando por la nariz.

—Si los archivos salen de esta casa sin contexto, Lázaro se termina.

—Si no salen, puede que Tomás también.

Mi padre desvió la mirada hacia el cubículo.

Mi hermano se había quedado dormido o había perdido la conciencia. Inés corrió hacia la puerta y entró. Lo llamó por su nombre, le apretó los hombros, volvió a examinar sus pupilas.

Tomás despertó molesto.

—No grites.

—Te has desmayado.

—Estaba descansando.

—¿Sabes dónde estás?

—En el mausoleo que papá construyó sobre el patio de mamá.

Inés soltó el aire.

—¿Qué hora es?

Tomás buscó la pantalla.

—La una y doce.

—¿Quién es ella?

Señaló hacia mí.

—La peor conductora de Madrid.

—Bien.

—Mejoré.

—Chocaste el coche de tu madre contra un árbol inmóvil —dijo Elena.

—El árbol no estaba señalizado.

Tomás sonrió. La sangre volvió a aparecer entre sus dientes.

Nico se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Quiero entrar al servidor.

—No —dijeron Elena y mi padre al mismo tiempo.

—Los datos son sobre mí.

—También incluyen información de otros pacientes —respondió Elena.

—Pues dame la mía.

—No funciona así.

—Nunca funciona así cuando pregunto por mi cuerpo.

Alma cerró los ojos. Inés había dejado la puerta de la sala de procedimientos abierta y su voz llegaba ahora directamente.

—Nico, si entras en el Núcleo, no toques la unidad y no te acerques a los sistemas de refrigeración.

—¿Por qué?

—Porque tus plaquetas están bajando y todo lo que hay ahí tiene bordes metálicos.

Elena miró a Alma con una furia que ya no podía separar del miedo.

—No le des instrucciones.

—Alguien debería empezar.

Mi padre se volvió hacia Julián.

—Retira la unidad de Nora.

Julián permaneció junto al banco de Nico.

—¿Con qué autoridad?

La pregunta sorprendió a todos, incluido Adrián.

—La mía.

—Es una disputa sobre información, no una amenaza física.

—Esa mujer irrumpió en la casa y robó propiedad confidencial.

—Alma Rojas irrumpió. Nora llegó invitada y recibió una credencial de accionista.

—Está colaborando con ella.

—Eso tampoco es una amenaza física.

Mi padre se acercó a Julián.

—Te pago para proteger esta casa.

—Me paga para proteger a las personas dentro de la casa.

—Cumple tu trabajo.

—Eso estoy intentando.

No hubo desafío en el tono de Julián. Sólo una precisión profesional que hacía más difícil castigarlo. Mi padre podía despedir a Sofía porque su trabajo consistía en obedecer al propietario. Julián había definido el suyo de otra manera.

—Si intentan acceder al Núcleo sin mi autorización —dijo Adrián —, las detienes.

—Si la casa identifica una intrusión, aplicaré el protocolo.

—Yo te estoy dando la orden.

—Y yo le estoy diciendo cuál es el protocolo.

Mi padre levantó la mano.

No llegó a tocarlo. La dejó suspendida unos segundos y terminó ajustándose el puño de la camisa.

Nico observó el movimiento. Elena también.

—Enséñame la propuesta de la junta —dije.

Mi padre se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—La que queríais que votara esta noche.

—No tiene relación con esto.

—Mi autenticación monta el respaldo porque la operación requiere abrir el archivo de propiedad intelectual. Alma planeaba entrar mientras votábamos. Quiero saber qué iba a autorizar.

—Ya recibiste la documentación.

—Recibí un resumen de treinta y dos páginas.

—Tuviste diez días para solicitar los anexos.

—Los solicité. Elena dijo que contenían material sujeto a confidencialidad reforzada y que podría consultarlos aquí.

Elena no lo negó.

Me acerqué a una de las consolas empotradas en la pared azul.

—Casa, mostrar orden del día de la sesión del consejo.

La pantalla se encendió.

—Se requiere autorización del administrador.

—Sofía —dije.

—No tiene autorización para intervenir —replicó mi padre.

La voz de Sofía llegó desde el techo.

—Técnicamente, sigo teniéndola. Para revocar mis credenciales hay que entrar en el Núcleo Negro.

La pantalla cambió.

Apareció el orden del día que nos habían presentado antes de la cena. Cuatro puntos. El último contenía la operación con Aureon.

—Abrir anexos del punto cuatro —pedí.

—Nora —dijo Elena—, no es el momento.

—Tomás tiene ocho mil plaquetas. Me parece un momento excelente para leer la letra pequeña.

La casa solicitó mi pulsera. Apoyé la muñeca contra el lector.

El primer anexo regulaba la cesión de las patentes. El segundo fijaba la composición del nuevo consejo. El tercero establecía el calendario de producción. Pasé por ellos hasta encontrar un documento que no aparecía citado en el resumen.

ANEXO 4.7
RATIFICACIÓN DE ACTUACIONES PREVIAS Y CONTINGENCIAS DE DESARROLLO.

Abrí el archivo.

El lenguaje era denso, deliberadamente circular. Lo leí de pie, avanzando con el dedo por los párrafos. Había escrito suficientes documentos de ese tipo para saber dónde buscar lo que no querían que viese.

Lo encontré en la página diecinueve.

—«Los accionistas reconocen como adecuadamente comunicados todos los acontecimientos adversos materiales conocidos a la fecha de cierre» —leí—. «Y ratifican las medidas de contención, reclasificación, destrucción o preservación adoptadas por la dirección en relación con los lotes de validación».

Elena se acercó a la pantalla.

—Es una cláusula estándar de indemnidad.

—No. Una cláusula estándar no incluye la palabra reclasificación.

—Los abogados de Aureon exigieron protección frente a decisiones previas.

—¿Decisiones como dividir veintisiete casos en siete grupos?

Gabriel cerró los ojos.

Seguí leyendo.

—También ratifica la destrucción de material biológico antes del cierre. El lote que arde en San Gregorio está aquí.

—El lote se destruyó por inestabilidad —dijo mi padre—. No podía conservarse.

—¿Antes o después de que Aureon solicitara una inspección?

Nadie contestó.

Busqué la fecha del documento.

Había sido modificado aquella misma tarde.

La última versión llevaba la firma digital de Elena.

—Queríais mi voto para convertir todo lo ocurrido en una actuación ratificada por el consejo.

—Queríamos cerrar una operación que garantiza la continuidad de Lázaro —dijo ella.

—Sin mi firma, Aureon hereda el tratamiento y también las demandas. Con mi firma, puede alegar que todos los accionistas conocíamos los riesgos.

—No altera la responsabilidad clínica.

—Altera quién puede decir que fue engañado.

Mi padre apagó la pantalla desde su pulsera.

El azul del atrio volvió a ocupar el cristal.

—La operación mantiene viva la empresa —dijo—. Diecisiete años de investigación. Ochocientos empleos. Tratamientos que no existen en ningún otro lugar. Si Aureon se retira, los bancos ejecutan la deuda antes de final de mes.

—Entonces ésa era la elección —dije—. No salvar a Nico o detener el tratamiento. Era salvar la empresa o decir la verdad.

—Sin la empresa, no hay tratamiento para Nico.

—Siempre consigues ponerlo dentro de la frase.

Adrián miró a su nieto.

—Porque sigue vivo gracias a lo que construimos.

Nico levantó la hoja de Damián Requena.

—Él tenía lo mismo que yo.

Mi padre no respondió.

—¿Por qué yo sigo vivo y él no?

—Recibiste otra formulación.

—Entonces sabíais que eran distintas.

—Sabíamos que el escalado introducía variables.

—¿Damián lo sabía?

Mi padre apretó los labios.

Nico dejó la hoja en el banco.

—No quiero volver a oír que hicisteis esto por mí.

Elena se sentó a su lado.

Esta vez no intentó tocarlo.

—Yo sí —dijo—. Yo lo hice por ti.

Nico volvió la cara.

—Eso no lo mejora.

—No. Pero es verdad.

—¿Sabías que podían morir?

Elena mantuvo las manos sobre las rodillas. El pañuelo ensangrentado sobresalía entre sus dedos.

—Sabía que había casos que no entendíamos. Sabía que si deteníamos el protocolo, no recibirías la dosis. Sabía cómo estabas antes del primer tratamiento. Cómo dejaste de reconocerme. Cómo te caías al intentar llegar al baño. Sabía que me pediste que no te dejara convertirte en la abuela.

—Tenía doce años cuando dije eso.

—Yo no he conseguido dejar de oírlo.

Nico tragó saliva. Una gota roja apareció en la línea de su encía.

Elena la vio.

No lo tocó.

—Si tuviera que elegir otra vez —continuó—, te elegiría a ti.

Alma apartó la vista.

Tomás cerró los ojos dentro del cubículo.

Quizá aquélla era la peor parte de Elena: no mentía. Podíamos arrancarle los comunicados, los comités, las cláusulas y cada una de

las palabras que había utilizado para cubrir sus decisiones. Debajo no encontraríamos indiferencia. Encontraríamos un amor tan concentrado que había perdido la capacidad de reconocer la existencia de los demás.

Nico se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Yo no te pedí que los eligieras a ellos en mi lugar.

—No.

—Ni que trataras mi vida como una deuda que todos tenían que pagar.

Elena dobló el pañuelo con cuidado, ocultando la sangre en su interior.

—No —repitió.

Mi padre volvió a extender la mano hacia mí.

—Dame la unidad.

—Vamos a abrir el respaldo.

—No.

—Inés necesita los estudios.

—Gabriel puede darle la información relevante.

Inés apareció a la puerta de la clínica.

—Gabriel acaba de ocultarme que había un protocolo de rescate.

—No lo oculté —dijo él—. No preguntaste.

Inés lo miró con una calma que hizo retroceder a Julián.

—No vuelvas a decirme eso.

Gabriel bajó la compresa. Tenía sangre en la barbilla.

—El protocolo no funcionó de manera consistente.

—Déjame decidir si es relevante.

—Necesito ver qué lote recibimos.

—Por eso vamos a entrar.

Mi padre se colocó entre la ruta azul y la puerta del Núcleo.

La entrada principal al servidor se encontraba al otro lado del atrio. Ana había construido allí la biblioteca, en el centro geométrico de la casa. Cuando Adrián la transformó, tapiaron las ventanas interiores, reforzaron las paredes y cubrieron la madera con paneles negros. Sólo quedó la puerta, un rectángulo sin tirador rodeado por sensores.

—No abrirás esa sala —dijo.

—No puedes impedir que mi credencial monte el archivo.

—Puedo impedir que llegues al lector.

Julián se movió hacia nosotros, aunque no supe a cuál de los dos pretendía detener.

La casa intervino.

—Advertencia. Elevación de frecuencia cardiaca en seis ocupantes. Se recomienda reducir estímulos y mantener posiciones de reposo.

Nico soltó una risa.

—La casa cree que estamos discutiendo demasiado fuerte.

—La casa cree que vais a desmayaros —dijo Sofía—. Y, por una vez, no se equivoca.

Las luces azules parpadearon. Una sección del suelo se apagó durante medio segundo.

Sofía maldijo por el intercomunicador.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julián.

—Los filtros del sector sur están consumiendo más potencia de la prevista. La toma exterior sigue contaminada. Casa Cero ha pasado al segundo banco de baterías.

—¿Cuánto tenemos?

—Si sólo mantenemos aire, doce horas. Con la clínica y todos los sectores sellados, algo menos de ocho.

—¿Y el servidor?

—Tiene alimentación independiente.

Mi padre levantó la vista hacia la cámara.

—Corta el acceso al Núcleo.

—No puedo cortar un acceso que ya está cerrado.

—Desactiva la autenticación de Nora.

—Tampoco puedo.

—Eres la responsable del sistema.

—Ana Varela diseñó el fideicomiso. La autenticación de sus herederos no depende del administrador de la casa.

Mi padre pareció recibir un golpe que sólo él había visto venir.

Durante años había convertido cada elemento de aquella vivienda en una extensión de su voluntad. Sin embargo, en el centro seguía

existiendo una decisión de mi madre que no había conseguido sustituir.

Me dirigí a la puerta.

Adrián no se apartó.

De cerca, parecía más viejo que en el comedor. La luz azul profundizaba los pliegues bajo sus ojos. Una mancha violeta comenzaba a formarse en el cuello, justo donde el borde de la camisa le rozaba la piel.

—Si abres ese archivo —dijo—, Alma se llevará información de pacientes, secretos de fabricación, años de trabajo. No podrás controlar lo que haga con ellos.

—Nunca los controlamos.

—Tú sabes lo que ocurre cuando una historia sale sin contexto.

—Sí. Yo solía fabricar el contexto.

—Puedes arreglar esto.

Por un momento creí que hablaba de Tomás.

—Vota la operación —continuó—. Aureon tiene hospitales, especialistas, acceso a tratamientos que aquí no tenemos. Si cerramos el acuerdo, puedo exigir evacuación médica.

—La casa no tiene comunicación exterior.

—El canal del Núcleo sí.

Alma se incorporó desde la sala de procedimientos.

—¿Tienes un canal operativo?

Mi padre no respondió.

Sofía lo hizo.

—El servidor mantiene un enlace satelital cifrado para continuidad de negocio.

Inés salió al atrio.

—¿Podías pedir ayuda?

—El protocolo exterior prohíbe abrir comunicaciones no esenciales durante el aislamiento.

—Cinco personas con una coagulopatía son esenciales.

—El canal conecta con el centro de respaldo de la empresa. No con emergencias.

—Desde el centro de respaldo pueden llamar a emergencias.

—También pueden interceptar la conexión —dijo Julián—. Si el incidente de San Gregorio es investigado, las autoridades estarán monitorizando los enlaces corporativos.

—Bien —respondí—. Que lo intercepten.

Mi padre me miró.

—No entiendes las consecuencias.

—Empiezo a entenderlas.

—Si las autoridades acceden al servidor antes de que sepamos qué ocurrió, confiscarán todo. No habrá tratamiento, acuerdo ni empresa.

—Habrá pruebas.

—Habrá titulares.

La palabra quedó entre nosotros como algo sucio.

Durante años, ésa había sido mi función: impedir que los muertos se convirtieran en titulares. Reducirlos a acontecimientos adversos, reclamaciones, desviaciones del protocolo. Elegir verbos que no admitiesen sujeto. Se había producido una complicación. Se había registrado un desenlace. No habíamos hecho nada; las cosas habían ocurrido por sí solas.

Saqué la unidad del bolsillo.

La luz verde seguía parpadeando.

—Nora —dijo mi padre.

—Aparta.

—No.

—Entonces dime qué hay dentro que te da más miedo que Tomás.

Su rostro cambió.

No mucho. Lo suficiente.

Alma también lo vio.

—Los registros de fabricación —dijo—. No es sólo el informe de Gabriel.

Gabriel dejó caer la compresa sobre el suelo.

—Adrián.

—Cállate.

—¿Qué hiciste con el lote? —preguntó Alma.

—Nada.

—San Gregorio notificó una desviación de temperatura tres días antes de la administración.

Elena miró a mi padre.

—Me dijiste que se había corregido.

—Se corrigió.

—¿Qué desviación? —preguntó Inés.

—No lo sé sin el respaldo —contestó Alma—. Los registros que recibí terminaban antes del control de liberación. Pero el identificador del lote aparece en una orden de reacondicionamiento.

Gabriel se levantó demasiado deprisa. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en el banco.

—No puedes reacondicionar un vector después del control de estabilidad.

—No se reacondicionó —dijo mi padre.

—Entonces abre el archivo.

—No.

La negativa ya no protegía un principio. Protegía un dato.

Elena se puso de pie. Tenía una pequeña mancha de sangre en el blanco del ojo izquierdo.

—Papá —dijo—. ¿Qué hicieron en San Gregorio?

—Lo que debían hacer.

—¿Administramos un lote que había fallado el control?

—No.

—Mírame.

Adrián mantuvo la vista en mí.

—El lote fue liberado.

—¿Por Gabriel?

—Por control de calidad.

Gabriel negó con la cabeza.

—Yo no firmé la liberación de L7-4B.

La casa registró otra alarma en la clínica.

Esta vez Inés corrió antes de que apareciese ningún mensaje.

Tomás se había incorporado y vomitaba sangre en una bandeja. No era mucha, pero había coágulos oscuros entre el líquido. Inés lo sostuvo por los hombros hasta que pudo respirar.

Nico se levantó del banco.

—Tío.

Elena lo sujetó por la cintura cuando volvió a marearse. Él no la apartó.

Inés pulsó el intercomunicador con el antebrazo.

—Voy a iniciar la segunda unidad.

Tomás intentó protestar.

—No te he pedido opinión —dijo ella.

Miró hacia el atrio. Sus ojos encontraron los de mi padre a través del cristal.

—Si impides que abran esa puerta, documentaré que rechazaste acceso a información clínica durante una emergencia vital.

—Inés.

—No soy empleada tuya. No pertenezco a tu consejo. Y no voy a ayudarte a convertir esto en otra frase sin sujeto.

Colgó la bolsa de plaquetas.

Julián se apartó de la ruta.

Mi padre lo vio.

—Te he dado una orden.

—Y la médica acaba de dar otra.

—Ella no dirige la seguridad.

—No. Ella sabe quién se está muriendo.

Adrián seguía bloqueando la entrada. No necesitaba a Julián para hacerlo. El espacio ante la puerta era estrecho; para alcanzar el lector tenía que empujarlo o convencerlo.

Nico se soltó de Elena.

Caminó hacia nosotros despacio, con una mano apoyada en la pared. Se detuvo junto a mi padre.

—Abuelo.

Adrián lo miró.

—Apártate.

—No sabes lo que va a hacer esa mujer con tus datos.

—Tú tampoco.

—Sé lo que esta empresa significa para ti.

—Ése es el problema.

—Significa que estás vivo.

Nico respiró por la boca. Había sangre en sus dientes.

—Hoy no estoy seguro.

Mi padre levantó una mano hacia su rostro. Nico no retrocedió, pero tampoco permitió que lo tocara. Adrián dejó caer el brazo.

Después miró a Elena.

Ella seguía junto al canal seco, rodeada de fotografías. Tenía el ojo manchado y el pañuelo de su hijo entre las manos.

—Elena —dijo.

Esperó que ella le devolviese el orden de las cosas.

Elena no lo hizo.

—Quiero saber qué recibió —respondió.

Adrián se quedó solo frente a la puerta.

No se apartó voluntariamente. Dio un paso hacia Tomás cuando la alarma de la clínica volvió a sonar. Fue un movimiento mínimo, quizá inconsciente, pero dejó libre una parte del lector.

Me deslicé entre él y la pared.

Apoyé la muñeca.

La casa reconoció mi pulsera.

—Nora Varela —dijo—. Heredera con derecho de bloqueo. Se requiere confirmación de propósito.

En la pantalla aparecieron tres opciones:

VOTACIÓN DE CESIÓN.
AUDITORÍA REGULATORIA.
ACCESO DE EMERGENCIA.

Elegí la tercera.

—El acceso de emergencia quedará registrado y no puede revocarse —advirtió la casa—. La apertura montará el archivo original y habilitará el canal seguro. Confirme.

Mi padre me agarró la muñeca.

No apretó. Sus dedos estaban fríos. Bajo la piel del dorso de su mano aparecían puntos rojos semejantes a los de Tomás.

—Si haces esto —dijo—, no habrá forma de volver atrás.

Pensé en Lucía Torres riéndose fuera de la fotografía. En el correo de Andrés Otero. En Tomás firmando un informe para que Nico recibiera una dosis. En Elena eligiendo a su hijo y obligando a otros a pagar el precio. En Alma atravesando un túnel inundado porque ya nadie estaba dispuesto a recibir sus mensajes.

También pensé en mí, frente a una pantalla, sustituyendo la palabra hostil por desestabilizada y sintiéndome inteligente.

Retiré la muñeca de la mano de mi padre.

—Eso es lo único que me interesa.

Pulsé CONFIRMAR.

Las luces del atrio se apagaron.

Durante tres segundos, Casa Cero quedó reducida al resplandor rojo de la clínica y a las líneas de emergencia sobre el suelo. Oí el mecanismo de la puerta trabajar dentro de la pared: cerrojos retirándose, conductos de presión igualándose, unidades que no se habían movido en años comprobando unas a otras.

Después, la franja negra se separó del muro.

Un aire seco y frío salió del Núcleo.

La luz interior reveló hileras de servidores, cables sujetos al techo y la antigua mesa de roble de mi madre encajada entre dos armarios técnicos. Sobre ella permanecía la maqueta original de la casa: siete patios abiertos, ninguna puerta sellada.

La unidad de transferencia vibró en mi mano.

—Archivo original montado —anunció el sistema—. Canal seguro disponible. Acceso registrado a nombre de Nora Varela.

Detrás de la puerta, los ventiladores trabajaban con la regularidad de otro pulmón.

Ése sí llevaba años respirando dentro de la casa.

Y todos habíamos decidido no contarlo.

CAPÍTULO 7

El corazón negro

El aire del Núcleo olía a metal frío y papel viejo.

La biblioteca de mi madre no había desaparecido por completo. Seguía allí, comprimida entre los servidores. La mesa de roble ocupaba el centro de la sala; la habían recortado por uno de los lados para dejar pasar una línea de refrigeración. En la pared norte permanecían tres estantes con libros de arquitectura, protegidos tras un cristal. Todo lo demás había sido cubierto por paneles negros, bandejas de cables y armarios técnicos.

Ana había proyectado la biblioteca como el lugar donde debían cruzarse todos los caminos de la casa. Se podía entrar desde el Atrio Azul, el estudio, el comedor y el corredor de los dormitorios.

Adrián conservó una sola puerta.

La sala se extendía en dos niveles. Los servidores ocupaban una pasarela elevada alrededor de la antigua mesa. Debajo había una cavidad técnica donde el suelo original había sido retirado para instalar las baterías, el sistema de refrigeración y el archivo desconectado de la red. La luz descendía desde el techo en franjas blancas que no alcanzaban las esquinas.

La maqueta de Casa de los Siete Patios continuaba sobre la mesa. Mi madre había colocado figuras diminutas en los espacios: una mujer leyendo en el patio azul, dos niños junto al estanque verde, alguien acostado bajo la pérgola violeta.

En la versión de cartón no existía el Núcleo Negro.

Alma entró detrás de mí. Llevaba una bata de la clínica abierta sobre la ropa térmica y caminaba inclinada para no tensar los puntos del costado. Julián intentó detenerla.

—Todavía está bajo custodia.

—Necesita conectar el dispositivo —dije.

—Puede entregártelo.

—No sabe lo que tiene que buscar.

—Yo sí —dijo Gabriel desde el atrio.

Se había quitado la compresa de la nariz. La hemorragia parecía haberse detenido, aunque tenía los labios manchados. Avanzó hacia nosotros.

Alma apoyó una mano en el marco.

—Tú sabes dónde lo escondiste.

—Sé cómo está organizado el archivo.

—No es lo mismo.

Gabriel aceptó el golpe con una inclinación de cabeza.

Elena quiso acompañarnos. La casa se lo impidió.

—Ocupación máxima recomendada: cuatro personas —anunció—. Riesgo térmico para sistemas críticos.

—Somos cinco —dijo mi padre.

Había entrado sin que nadie lo autorizara.

—Cuatro personas adicionales al ocupante administrador —aclaró la casa.

—Por supuesto —murmuró Nico—. Hasta las matemáticas tienen dueño.

Permanecía en el Atrio Azul, sostenido por Elena. Inés no le había permitido acercarse al frío del servidor. Desde allí podía vernos a través de la puerta abierta. Detrás de él, las fotografías continuaban extendidas en el canal seco.

La voz de Tomás llegaba desde la clínica.

—Dejad entrar a Gabriel.

Inés protestó.

—Conserva el aire.

—Necesitamos a alguien que entienda los archivos.

—Alma los entiende.

—Alma entiende la parte clínica. Gabriel conoce la fabricación.

Gabriel me miró. No pidió permiso. Esperó que yo eligiera.

Dentro del Núcleo ya estábamos Alma, Adrián, Julián y yo. Mi padre contaba como administrador, pero el sistema no había olvidado a Julián.

—Quédate en la puerta —le dije.

—No.

—Puedes vernos desde ahí.

—También puedo tardar demasiado en llegar.

—¿A quién quieres proteger?

Julián observó a Alma, después a mi padre.

—Todavía no lo sé.

Alma avanzó hasta la mesa.

—Si alguien intenta borrar algo, estarás demasiado lejos desde cualquier punto de esta sala.

Julián se apartó. Gabriel ocupó su lugar.

La puerta permaneció abierta.

A la derecha de la maqueta había un módulo de conexión protegido por una tapa transparente. El lector identificó la unidad de Alma antes de que ella la acercara.

—Dispositivo externo no certificado —dijo la casa—. Riesgo de integridad.

—Modo de sólo lectura —ordenó Sofía a través del intercomunicador.

—Credenciales insuficientes.

—Nora —dijo Alma.

Apoyé la pulsera en el lector.

La tapa se abrió.

Dentro había tres puertos distintos. Alma eligió uno ancho, rodeado por un marco amarillo, y extrajo un cable del lateral de la unidad.

—¿Qué contiene? —preguntó Gabriel.

—Veintisiete expedientes, copias de correos, fragmentos del registro de producción y un índice de archivos que obtuve antes de que revocaran mi acceso.

—Te llevaste información clínica identificable.

—Me llevé los nombres porque los códigos se cambiaban cada vez que alguien preguntaba por ellos.

—Podrías haber anonimizado los datos.

—Podríais no haber matado pacientes.

Gabriel la miró.

—No sabes si Lázaro los mató.

—Tú tampoco. Ése es el motivo por el que estamos aquí.

Conectó la unidad.

La pantalla principal del Núcleo se encendió sobre los estantes de mi madre. Al principio sólo mostró una línea blanca. Después apareció el árbol del archivo.

LÁZARO
DESARROLLO
CLÍNICA
FABRICACIÓN
REGULATORIO
CONSEJO
CONTINGENCIAS

Debajo había cientos de carpetas identificadas por fechas, protocolos y lotes. Varias estaban marcadas con un candado. Otras aparecían atenuadas, como si hubiesen sido borradas sin desaparecer del todo.

—Buscar L7-4B —dijo Alma.

La casa no respondió.

—Las órdenes de voz están restringidas —explicó Gabriel—. El archivo desconectado sólo acepta consultas manuales.

—Para evitar que alguien deje registro de lo que busca —dijo Alma.

—Para evitar inyecciones de comandos.

Se colocó ante el teclado.

Alma no se lo permitió.

—Dime dónde.

—Fabricación. Vectores recombinantes. Escalado. Serie L7. Validación cuatro.

Alma siguió la ruta.

Dentro de la carpeta del lote había tres archivos visibles.

CERTIFICADO DE LIBERACIÓN.
DISTRIBUCIÓN INTERNA.
DESTRUCCIÓN PROGRAMADA.

Ninguno incluía los datos primarios.

—Falta control de calidad —dijo.

—Debería estar en una subcarpeta.

—No está.

Gabriel se inclinó hacia la pantalla.

—Abre el certificado.

Alma lo hizo.

El documento mostraba las especificaciones finales de L7-4B: concentración, esterilidad, potencia, pureza y nivel de partículas. Todas aparecían dentro del intervalo autorizado. Al final figuraba una firma digital del departamento de calidad.

Gabriel recorrió las cifras con el dedo.

—Esto es lo que recibí antes de la administración.

—¿Y lo creíste? —preguntó Alma.

—No tenía motivo para no hacerlo.

—Había veintisiete.

—De formulaciones anteriores y protocolos distintos.

Alma se volvió hacia él.

—Sigues haciendo grupos.

Gabriel bajó la mano.

Desde la clínica llegó la voz de Inés.

—Necesito el estudio animal. Podéis discutir la caída de la civilización después.

Alma regresó al árbol principal.

—Gabriel.

—Desarrollo. Preclínica. Seguridad de escalado.

Abrió la carpeta.

Contenía estudios de toxicidad, biodistribución, inmunogenicidad y respuesta inflamatoria. Los títulos estaban ordenados por fecha. Alma descendió hasta encontrar un protocolo identificado como C-17.

El archivo aparecía tachado.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Excluido del expediente regulatorio —contestó Gabriel.

—¿Borrado?

—No. Apartado de la presentación.

—¿Por qué?

—Por contaminación.

Alma abrió el protocolo.

Seis animales. Misma cápside que Lázaro-7, misma concentración prevista para el escalado humano. El informe describía fiebre, anemia, descenso brusco de plaquetas, alteraciones renales y daño endotelial.

Uno de los animales había muerto.

En la siguiente página aparecía el resultado del cultivo positivo que Gabriel había citado en el atrio. Sin embargo, el informe continuaba durante otras treinta páginas. Había análisis de complemento, coagulación y tejidos. Las conclusiones preliminares no atribuían los hallazgos a una infección.

—Baja hasta los anexos —dijo Alma.

Gabriel no se movió.

—Gabriel.

—Anexo seis.

Lo abrimos.

Las gráficas mostraban un aumento violento de la activación de complemento y una caída paralela de las plaquetas. Bajo la imagen había una nota de la investigadora principal:

PATRÓN COMPATIBLE CON MICROANGIOPATÍA TROMBÓTICA ASOCIADA A AGREGADOS DE CÁPSIDE. SE RECOMIENDA SUSPENDER EL ESCALADO HASTA DETERMINAR ORIGEN.

Inés leyó en silencio desde la clínica.

—Eso explica los riñones de Tomás —dijo al fin.

—¿Qué ocurre con sus riñones? —pregunté.

—La última muestra tiene hemólisis y creatinina elevada. Pensé que podía ser por deshidratación. No lo es.

—¿Puedes tratarlo?

—Busca el protocolo de rescate.

Gabriel señaló otra carpeta.

Había tres versiones.

La primera utilizaba corticoides y transfusión de plaquetas. Los animales no habían mejorado. La segunda añadía recambio plasmático. La tercera incluía un inhibidor del complemento.

Cuatro animales tratados. Tres recuperaron las plaquetas. El cuarto recibió el fármaco demasiado tarde.

El informe no utilizaba aquella expresión. Decía tratamiento iniciado después del umbral de reversibilidad observado.

Era una manera más larga de escribir demasiado tarde.

—¿Qué inhibidor? —preguntó Inés.

Gabriel leyó la ficha.

—Bloqueo de C5. Eculizumab en el modelo final.

—¿Tenemos?

Tomás respondió antes que nadie.

—Sí.

Inés se volvió hacia él dentro del cubículo.

—¿Dónde?

—Armario refrigerado tres. Bandeja inferior.

—He revisado el inventario.

—Está registrado como protocolo renal.

—¿Por qué?

—Porque papá no quería incluirlo en la lista de contingencias de Lázaro.

Mi padre permanecía detrás de nosotros, junto a la puerta. No podía ver su expresión, pero lo oí respirar.

Inés abrió el armario. La cámara de la clínica nos mostró las bandejas mientras ella apartaba cajas y bolsas de suero.

Encontró nueve viales.

—Hay para tres dosis completas —dijo.

Cinco nombres aparecían en la pantalla médica del atrio.

Tomás. Nico. Gabriel. Adrián. Elena.

—Empieza con Tomás —ordenó mi padre.

—Eso ya lo sé.

—Después Nico.

Elena miró hacia el Núcleo.

—Tomás tiene ocho mil. Gabriel cincuenta y seis. Nico estaba en setenta y dos.

—Hace más de una hora —dijo Alma—. Repetid el análisis antes de decidir el orden.

—No necesito que decidas tú —respondió Elena.

—No estoy decidiendo. Estoy intentando que no utilices el parentesco como criterio clínico.

—Es fácil decirlo cuando ninguno es tu hijo.

Alma se llevó una mano al costado.

—He tenido pacientes, Elena.

—No es lo mismo.

—No. A ellos tenía la obligación de preguntarles qué querían.

Nico se separó de su madre y entró en el campo visible de la puerta.

—La segunda dosis es para Gabriel.

Elena lo miró.

—No digas tonterías.

—Tiene menos plaquetas.

—No sabemos cuánto tienes ahora.

—Entonces que me saquen sangre.

—Nico.

—No vuelvas a elegirme sin preguntarme.

Inés apareció en el corredor con una jeringa.

—Voy a repetir los análisis de todos. Hasta tenerlos, no hay segunda dosis.

Entró en el cubículo de Tomás con tres viales y un antibiótico. Mi hermano miró las cajas, después a Gabriel.

—¿Cuándo descartasteis este protocolo?

Gabriel seguía frente a la pantalla del Núcleo.

—Después del cultivo positivo.

—La activación de complemento estaba en el anexo.

—El informe final atribuyó el cuadro a la infección.

—¿Quién redactó el informe final?

Gabriel no respondió.

Alma abrió las propiedades del archivo.

Autor: GABRIEL LEAL.
Revisión: TOMÁS VARELA.
Aprobación ejecutiva: ELENA VARELA.

Los tres nombres ocuparon la pantalla.

Tomás los leyó.

—No vi este anexo.

—Estaba en el paquete —dijo Gabriel.

—Me enviaste un resumen de doce páginas.

—El paquete completo estaba vinculado.

—El enlace pedía credenciales de preclínica. No tenía acceso.

—Podías haberlo solicitado.

Tomás lo miró desde la clínica.

—¿Cuántas veces vamos a usar esa frase esta noche?

Gabriel se llevó una mano a la boca. Cuando la retiró, había sangre nueva en sus dedos.

—Creí que era contaminación —dijo.

—Querías creerlo —respondió Alma.

—Sí.

Fue la primera vez que no intentó defender la diferencia.

Inés conectó el tratamiento de Tomás. El líquido transparente descendió por la vía con una lentitud desesperante.

—Esto no va a corregirlo en cinco minutos —advirtió—. Si funciona, puede detener el consumo. Necesitamos trasladarlo a un hospital.

—Voy a abrir el canal —dije.

Mi padre avanzó.

—Primero recuperamos la información médica.

—Podemos hacer ambas cosas.

—No sabemos quién monitoriza el enlace.

—Emergencias, con suerte.

—La policía, la agencia reguladora, cualquiera que esté investigando San Gregorio.

—Me estás dando motivos para usarlo.

Sofía apareció al fondo del Núcleo.

Había accedido desde una puerta estrecha situada detrás de los servidores, comunicada con el anillo técnico. Llevaba una linterna sujeta al hombro y una llave manual colgada del cinturón.

—El enlace no es una línea telefónica —dijo—. Es un túnel cifrado hacia el centro de continuidad de Varela Biotec. Desde allí puedo

solicitar una pasarela externa.

Mi padre se volvió.

—Te he prohibido entrar.

—Y yo he descubierto que el banco secundario de refrigeración tiene una fuga.

Se arrodilló junto a una rejilla. Una película de condensación se extendía por el suelo.

—La casa lleva años respirando aire limpio para gente que nunca está aquí. Nadie pensó que tendría que mantener cinco sectores aislados, una clínica a pleno rendimiento y un servidor durante una emergencia real.

—¿Puedes abrir la pasarela? —pregunté.

—Sí. Quedará registro en el centro de continuidad.

—Ábrela.

—Nora —dijo mi padre.

Sofía miró mi pulsera.

—Tú tienes acceso fiduciario. Adrián tiene acceso corporativo. Para una llamada médica, basta cualquiera de los dos.

—Entonces hazla.

Sofía se dirigió a una consola lateral.

Mi padre se interpuso.

—Hay material clínico sin anonimizar en este servidor.

—No voy a enviarlo —dije—. Sólo la alerta.

—La existencia de una alerta vinculará los síntomas con Lázaro.

Inés apareció en el altavoz.

—Los síntomas están vinculados con Lázaro.

—Todavía no lo sabemos.

Gabriel señaló el protocolo abierto.

—Sí lo sabemos.

Mi padre lo miró.

Gabriel se limpió la sangre del labio.

—No sabemos todo lo que ha ocurrido —continuó—. Pero sabemos eso.

La frase pareció costarle más que la hemorragia.

Adrián se apartó de la consola.

Sofía abrió el canal.

Un indicador comenzó a girar en la esquina de la pantalla. La casa solicitó destino. Elegimos coordinación regional de emergencias sanitarias. Inés dictó el mensaje desde la clínica: cinco pacientes con trombocitopenia aguda después de exposición a un vector viral, uno en estado crítico, probable microangiopatía trombótica, necesidad de traslado urgente y soporte hematológico.

—No digas exposición —intervino Elena—. Parece contagioso.

—Administración —corrigió Inés—. Después de la administración de una terapia génica.

Sofía envió el mensaje.

La respuesta automática tardó diecisiete segundos.

INCIDENTE RECIBIDO.
UBICACIÓN DENTRO DEL PERÍMETRO DE EXCLUSIÓN DE SAN GREGORIO.
ACCESO TERRESTRE NO AUTORIZADO.
PENDIENTE DE EVALUACIÓN AEROMÉDICA.

—¿Cuánto? —preguntó Nico.

—No lo dice —contestó Sofía.

Consultó el estado exterior. Un mapa apareció sobre la pantalla: la zona industrial, la columna de humo desplazándose hacia el este y el perímetro de seguridad alrededor de San Gregorio. Casa Cero quedaba en el límite sur de la exclusión.

—La concentración exterior está bajando —dijo Sofía—. Si el viento se mantiene, la toma de aire podría ser segura dentro de una hora y media.

—¿Y abrir la casa?

—No antes.

—Tenemos reservas —dijo mi padre.

—Tenemos tres dosis —respondió Nico.

Nadie corrigió la equivalencia.

Alma volvió al archivo.

—Necesito los datos de fabricación.

—Ya tienes el certificado —dijo mi padre.

—Tengo el documento que queríais que viera Aureon.

Abrió la unidad de transferencia y ejecutó una comparación con su índice. Varias rutas aparecieron en rojo. Eran archivos que habían

existido cuando ella conservaba acceso, pero que ya no figuraban en el árbol visible.

—El registro primario está oculto —dijo.

—O archivado con otro identificador —propuso Gabriel.

—¿Quién puede ocultar una carpeta?

—Control de calidad, dirección de fabricación o el administrador.

Miramos a Adrián.

—No gestiono carpetas —dijo.

—Pero puedes ordenar que alguien lo haga —contesté.

Sofía examinó los metadatos del certificado.

—El archivo visible no es el original.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gabriel.

—Fue creado hace cuatro días. El lote se liberó hace ocho.

—Puede ser una exportación.

—Conserva la misma firma digital, pero no el historial de versiones.

Alma conectó el índice de su dispositivo al archivo. La pantalla mostró una ruta antigua:

/L7/VALIDACIÓN_4/4B/EXCEPCIÓN_TÉRMICA/

—Eso no estaba en el paquete de liberación —dijo Gabriel.

—Estaba en el servidor cuando me echaron —respondió Alma—. Aún no existía el lote, pero ya habían creado la carpeta para las desviaciones de escalado.

Sofía intentó abrir la ruta de forma directa.

El sistema solicitó una clave de recuperación.

—Nora —dijo.

Apoyé la pulsera.

Acceso denegado.

—Se requiere autorización administrativa.

Mi padre permaneció quieto.

—Adrián —dijo Gabriel.

—No conozco esa carpeta.

—Entonces no tienes motivo para impedir que la abramos.

—La recuperación de archivos ocultos puede comprometer la integridad del respaldo.

Alma se apoyó en la mesa.

—Tienes la misma respuesta para todo. El dato existe, pero mirarlo es peligroso. El paciente existe, pero incluirlo contamina la muestra. La muerte existe, pero decir su nombre amenaza el tratamiento.

—No necesito lecciones de alguien que ha entrado aquí mintiendo.

—No. Necesitas tiempo. Llevas toda la noche comprándolo.

Mi padre se volvió hacia la puerta.

—He terminado.

Sofía levantó la llave manual.

—Yo no.

La introdujo en una ranura bajo la consola. No era una llave de acceso a los archivos, sino un mecanismo de mantenimiento que obligaba al sistema a mostrar todas las unidades montadas. El árbol de carpetas desapareció. En su lugar surgió un mapa físico de los discos.

Uno de los bloques estaba etiquetado como espacio no asignado.

—Ahí —dijo Alma.

—Eso puede ser un volumen eliminado.

—Los volúmenes eliminados no reciben alimentación.

Sofía aisló el bloque y solicitó recuperación forense.

La casa volvió a pedir autorización administrativa.

—Utiliza la mía —dije.

—No basta.

—Acceso de emergencia.

—Eso nos permitió montar el archivo. La estructura interna mantiene permisos propios.

Nico apareció al otro lado de la puerta.

—Usad la de mi abuelo.

Mi padre se volvió hacia él.

—No.

—¿Por qué?

—Porque he dicho que no.

—Llevas toda la noche pidiendo que confiemos en ti. Abre la carpeta.

—Vuelve a la clínica.

—Enséñame qué me inyectaste.

Elena llegó detrás de Nico.

—Papá.

Adrián la miró. Ella extendió la mano.

—Dame tu pulsera.

—No seas absurda.

—Si no hay nada, terminamos con esto.

—No voy a entregar el control de la empresa a una intrusa.

—La empresa puede esperar.

—Hace una hora estabas dispuesta a cerrar el acuerdo.

—Hace una hora Tomás podía mantenerse en pie.

Mi padre miró hacia la clínica. La segunda bolsa de plaquetas descendía junto a la dosis del inhibidor. Inés sostenía la mano de Tomás mientras revisaba el monitor.

—Lo hice por vosotros —dijo Adrián.

Nico soltó el marco de la puerta.

—Entonces deja que lo veamos.

Durante unos segundos sólo se oyó la refrigeración del Núcleo.

Adrián se quitó la pulsera.

No se la dio a Elena. Se acercó a la consola y apoyó él mismo la muñeca.

El volumen se montó.

EXCEPCIÓN_TÉRMICA.

Dentro había once documentos, un registro de mensajes y dos vídeos del laboratorio de San Gregorio.

Gabriel abrió la desviación de fabricación.

La primera página mostraba un gráfico de temperatura. El lote había permanecido fuera del intervalo validado durante veintitrés minutos. La excursión no había sido extrema, pero ocurrió después del primer ciclo de descongelación. El control posterior detectó un nivel de agregados cuatro veces superior al máximo admitido.

RECOMENDACIÓN: DESECHAR LOTE COMPLETO.

El documento estaba firmado por Clara Vento, responsable de calidad en San Gregorio.

Debajo aparecía una orden posterior.

REPROCESAR MEDIANTE FILTRACIÓN TANGENCIAL. REPETIR CONTROL DE POTENCIA. MANTENER CALENDARIO DE ADMINISTRACIÓN.

AUTORIZACIÓN EXCEPCIONAL: ADRIÁN VARELA.

Gabriel se sentó en la silla de mi madre.

—Filtración tangencial después de descongelar —dijo—. No puedes hacer eso.

—Se podía recuperar —respondió mi padre.

—Pierdes estabilidad de cápside. Generas más agregados de los que retiras.

—San Gregorio informó que la pureza final estaba dentro de rango.

—Porque midieron proteína libre, no partículas subvisibles.

Gabriel abrió otro archivo. El análisis de partículas había sido realizado, pero figuraba como NO VÁLIDO POR ERROR DE MUESTREO.

—¿Quién lo anuló? —preguntó Alma.

La firma pertenecía al director de San Gregorio.

Junto a ella había un mensaje de mi padre:

EL VALOR NO ES COHERENTE CON EL CONTROL DE POTENCIA. REPETIR SIN RETRASAR LA LIBERACIÓN.

—El valor era coherente —dijo Gabriel—. Era exactamente lo que cabía esperar después del reprocesado.

Mi padre no se defendió.

—¿Sabías lo del estudio C-17? —preguntó Gabriel.

—Sabía que había sido excluido por contaminación.

—¿Y aun así autorizaste un lote con agregados?

—Autoricé repetir las pruebas.

—Administrasteis antes de recibir la repetición.

El registro de distribución mostraba las horas.

El lote se había dividido en cinco dosis a las seis de la mañana. Las muestras de repetición llegaron al laboratorio externo a las ocho y cuarto. A las nueve, las cinco dosis salieron de San Gregorio.

Los resultados definitivos no llegaron hasta la tarde.

Para entonces, todos habían recibido Lázaro-7.

—¿Quién decidió administrar? —preguntó Elena.

Mi padre la miró.

—Lo decidimos juntos.

—Me dijiste que la desviación había sido corregida.

—Se había reprocesado.

—Me enseñaste el certificado limpio.

—Porque el control de potencia era correcto.

Gabriel golpeó la mesa.

La maqueta de la casa tembló. Una de las figuras diminutas cayó dentro del patio rojo.

—¡La potencia no mide agregados!

El grito rebotó entre los servidores. Gabriel tuvo que sentarse de nuevo. La sangre volvió a manarle de la nariz.

Alma recogió la figura caída. Era un hombre minúsculo pintado de blanco. Lo dejó de pie junto a la maqueta.

—¿Por qué los cinco? —pregunté.

Mi padre apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Aureon quería pruebas de confianza interna antes del cierre. No era un requisito formal, pero su consejo había expresado reservas por los retrasos.

—¿Os inyectasteis para convencer a los inversores?

—Nico necesitaba la dosis. Los demás decidimos participar en la cohorte puente.

—¿Nico conocía la desviación?

—Nadie consideró que fuera material.

—Clara Vento recomendó desechar el lote.

—Clara Vento no tenía la visión completa.

—Tenía la medición.

Mi padre apretó los dedos contra la madera.

—Yo también recibí la dosis. No le di a Nico nada que no estuviera dispuesto a inyectarme.

Alma lo miró.

—Tu disposición a morir no te daba permiso para llevarte a los demás.

—Todos eran adultos.

Nico habló desde la puerta.

—En mi consentimiento decía «lote conforme».

Adrián cerró la boca.

Elena se apoyó en el marco.

—¿Por eso ordenaste destruir las muestras?

—Las muestras eran inestables.

—¿Después de que Clara solicitara una revisión independiente?

—La revisión habría tardado semanas.

—¿Por eso las quemaste?

—Ordené la destrucción térmica conforme al protocolo.

—Desactivando la refrigeración del almacén —dijo Sofía—. La casa recibió el informe del incendio. El sistema de enfriamiento de San Gregorio se desconectó para alimentar los hornos de destrucción. Había disolventes en el mismo circuito de extracción.

—Eso fue una negligencia de la planta.

—Que estaba cumpliendo tu orden antes de una inspección.

Mi padre apartó las manos de la mesa.

—Creí que el lote era seguro.

—No —dijo Gabriel—. Creíste que podías permitirte que lo fuera.

Elena salió del marco de la puerta.

No entró en el Núcleo. Caminó de regreso a la clínica sin mirar a nadie.

Nico permaneció allí.

—¿Qué va a pasar? —preguntó.

Nadie respondió.

—Alma.

Ella se volvió.

—¿Qué va a pasarme?

Alma apoyó una mano sobre el borde de la mesa.

—No lo sé.

—Has visto los estudios.

—He visto cuatro animales y un protocolo incompleto. Los recuentos de los cinco no están cayendo a la misma velocidad. Puede depender de la dosis efectiva, del nivel de anticuerpos que ya tuvierais o de cómo respondió cada organismo.

—¿Voy a morir?

Elena se detuvo en el corredor.

Alma no suavizó la respuesta.

—Podrías.

Nico asintió despacio.

—Gracias.

Su madre regresó hacia él.

—No le des las gracias por eso.

—Es la primera respuesta completa que recibo.

Inés nos llamó desde la clínica.

El nuevo recuento había llegado.

Tomás: nueve mil.

Gabriel: treinta y nueve mil.

Nico: cuarenta y ocho mil.

Adrián: sesenta y tres mil.

Elena: sesenta y siete mil.

La dosis de plaquetas había elevado a Tomás sólo mil unidades.

Inés apareció en la pantalla del Núcleo.

—La segunda dosis del inhibidor es para Gabriel.

—Dásela a Nico —ordenó Elena.

—Gabriel tiene treinta y nueve mil y sangrado activo.

—Nico ha caído veinticuatro mil en una hora.

—Y todavía está por encima de Gabriel.

—Es más joven.

—Eso juega a su favor, no en su contra.

—No sabemos si tolerará otra caída.

—Tampoco sabemos si Gabriel la tolerará.

Gabriel levantó la cabeza.

—Dásela a Nico.

Inés frunció el ceño.

—No te he preguntado.

—El estudio C-17 fue responsabilidad mía.

—Esto no es una penitencia.

—Tampoco es una decisión puramente matemática.

—En mi clínica, mientras yo responda por vosotros, lo será todo lo que pueda.

—Inés —dijo Nico—. Dásela a Gabriel.

Elena agarró el marco de la puerta.

—Nico, no.

—Me preguntasteis qué quería.

—No en esto.

—Precisamente en esto.

—No entiendes el riesgo.

Nico sonrió. Tenía sangre entre los dientes.

—Empiezo a detectar un patrón.

Inés sostuvo la mirada de Elena.

—Gabriel recibe la segunda dosis. La tercera queda reservada hasta el próximo análisis.

Elena entró en la clínica.

La puerta se cerró detrás de ella.

Tomás llamó a Nico desde el cubículo.

—Ven aquí.

—Inés ha dicho que no me mueva.

—Entonces hazle caso. Es una experiencia nueva para la familia.

Nico se sentó en el suelo junto a la puerta del Núcleo. Apoyó la espalda contra el panel negro y cerró los ojos.

Alma volvió a la unidad.

—Necesito copiarlo todo.

—Ya has encontrado la causa —dijo mi padre.

—Hemos encontrado una desviación y un mecanismo compatible. Necesito la cadena completa, los archivos originales y las firmas.

—Tienes el documento.

—Tengo una pantalla. Mañana dirás que la unidad fue manipulada. Gabriel dirá que la conclusión no era definitiva. Elena dirá que recibió información incompleta. Nora explicará que escribió lo que los científicos le dieron. Cada uno volverá a ocupar su grupo pequeño.

—Yo no voy a volver a decir eso —dijo Gabriel.

Alma lo observó.

—Entonces ayúdame a preservarlo.

Gabriel acercó el teclado.

—El archivo original utiliza firmas encadenadas. Si copias carpetas sueltas, las firmas se rompen. Necesitas una imagen completa del volumen.

—¿Cuánto ocupa?

Sofía consultó la información.

—Tres coma ocho terabytes.

—Mi unidad admite cinco.

—La velocidad del puerto está limitada.

—¿Cuánto?

Sofía inició la transferencia.

La barra apareció en la pantalla.

TIEMPO ESTIMADO: 00:42:18.

—Cuarenta y dos minutos —dijo Nico sin abrir los ojos.

—Podemos priorizar carpetas —propuse.

—Perderíamos la cadena —respondió Alma—. Necesito demostrar que los archivos proceden del respaldo original.

—Copia primero los estudios médicos —dijo Inés.

—Ya los tenemos visibles.

—Visibles no sirve si el servidor falla.

Gabriel seleccionó el protocolo C-17, el registro del lote y el protocolo de rescate.

—Podemos crear un paquete urgente separado sin detener la imagen completa.

—Hazlo —dijo Alma.

El sistema comenzó dos procesos. El paquete médico tardaría cuatro minutos. La imagen forense continuaba por debajo.

Sofía se agachó junto a la línea de refrigeración. La condensación había formado un hilo de agua que descendía hacia el nivel inferior.

—Tengo que cerrar el circuito secundario.

—¿Qué ocurrirá? —pregunté.

—Subirá la temperatura del Núcleo. La casa compensará con el principal, pero consumirá más batería.

—¿Cuánto más?

—No lo sé hasta que lo haga.

—Hazlo.

Mi padre habló desde la otra punta de la mesa.

—Espera.

Sofía no lo miró.

—Si el refrigerante llega a las baterías, puede provocar un cortocircuito.

—Puedes reparar la fuga.

—Necesito entrar en el nivel inferior.

—Entonces entra.

—El nivel inferior se selló cuando Nora montó el archivo. La casa lo considera parte de la bóveda.

—Ábrelo.

—Requiere detener la transferencia.

Alma se irguió.

—No.

—Si no cierro el circuito, podemos perder el servidor entero.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Sofía examinó la película de agua, la temperatura de las tuberías y la presión.

—Veinte minutos antes de que alcance el primer sensor de batería. Quizá treinta.

La transferencia indicaba treinta y ocho minutos.

—Siempre falta un poco —dijo Nico—. Oxígeno, tiempo, medicación.

—La casa fue diseñada para resistir —respondió mi padre.

Nico abrió los ojos.

—¿A qué?

Adrián no contestó.

Sofía introdujo unos paños absorbentes alrededor de la fuga y colocó una bandeja bajo la válvula.

—Esto comprará diez minutos. Después necesitaré abrir abajo.

Alma observó la barra de progreso.

Dos por ciento.

—Podemos aumentar la velocidad —dijo Gabriel.

—¿Cómo?

—Desactivando la verificación simultánea. Copiamos primero y comprobamos las firmas al final.

—Si se interrumpe, no sabremos qué se ha corrompido.

—Si mantenemos esta velocidad, no llegaremos.

Alma calculó el riesgo.

—Desactívala.

Gabriel cambió la configuración.

TIEMPO ESTIMADO: 00:23:51.

La unidad vibró sobre la mesa.

Mi padre se acercó a la maqueta. Levantó la figura que Alma había colocado junto al patio rojo y la devolvió a su posición original.

—Tu madre odiaba esta habitación en invierno —dijo.

No supe si me hablaba a mí o a la casa.

—Se le enfriaban las manos. Quería instalar calefacción bajo la mesa, pero decía que los libros se secarían.

—Los sacaste.

—Están conservados.

Señaló los tres estantes tras el cristal.

—Ésos eran los que no tenían dedicatorias —dije.

Mi padre miró la madera cortada para dejar pasar el tubo.

—Necesitábamos un espacio estable.

—Necesitabas que todo pasara por una puerta que pudieras cerrar.

—Construí lo que era necesario.

—Ana construyó una casa.

—Ana murió.

La frase no fue pronunciada con rabia. Sonó gastada por los años.

—La vi perder cada cosa que había diseñado para sí misma —continuó—. Primero dejó de subir las escaleras. Después no pudo cruzar el atrio sin ayuda. Al final no podía sostener un lápiz. Cuando Nico empezó a presentar los mismos síntomas, yo sabía lo que venía.

—Todos lo sabíamos.

—No como yo.

—Siempre dices eso.

—Porque es verdad. Tú te marchaste.

No pude negarlo.

Mi padre apoyó un dedo sobre el pequeño techo del Ala Violeta.

—Tomás se escondía en la clínica. Elena contaba las horas entre síntomas. Tú dejaste de venir. Yo me quedé con ella.

—Y después convertiste quedarte en una absolución.

—Convertí su enfermedad en algo que podía evitarse.

—No la suya.

—No llegamos a tiempo.

Al otro lado del cristal, Inés ajustó la perfusión de Tomás. Elena permanecía junto a Nico, aunque él seguía sentado fuera de la clínica.

Mi padre miró a su familia.

—Lázaro funciona.

—La primera versión funcionó.

—Podemos corregir la séptima.

—Lucía Torres no puede esperar a la octava.

Su rostro se endureció al oír el nombre.

—No sirve de nada recitarlos.

—Sirve para que la frase tenga sujeto.

El paquete médico terminó de copiarse.

Alma lo abrió desde la unidad para comprobar que los archivos podían leerse. El protocolo C-17, los registros de L7-4B y las pautas de rescate estaban allí.

—Envíalo al hospital receptor —dijo Inés—. Si autorizan evacuación, quiero que sepan qué van a recibir.

Sofía adjuntó el paquete a la alerta médica.

—Contiene información confidencial —advirtió la casa.

—Autorizo la divulgación de emergencia —dije.

—Se requiere confirmación de un responsable clínico.

—Yo la autorizo —dijo Inés.

—Confirmación registrada.

El envío salió.

Mi padre no intentó detenerlo.

Cinco segundos después recibimos una respuesta de coordinación regional:

UNIDAD AEROMÉDICA ACTIVADA.
TIEMPO ESTIMADO SUJETO A CONDICIONES DEL PERÍMETRO.
PREPARAR ZONA DE EXTRACCIÓN Y PRIORIZACIÓN DE PACIENTES.

—¿Zona de extracción? —pregunté.

Sofía amplió los planos.

—La cubierta sobre el Jardín Verde puede abrirse para evacuación vertical.

—El jardín está sellado.

—Tendré que purgar el sector, comprobar la atmósfera y retraer el techo.

—¿Cuánto?

—Cuarenta minutos si el sistema coopera.

—¿Y si no?

—Ana diseñó una apertura manual.

Mi padre soltó una risa breve.

—Tu madre no diseñó un helipuerto.

—Diseñó un jardín con techo móvil para regular la luz. Tú lo reforzaste para que soportara un aterrizaje.

—Nunca se certificó.

—Entonces esperemos que el piloto no pregunte.

La casa emitió un tono grave.

No procedía de la clínica.

Las luces del Núcleo pasaron de blanco a naranja.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gabriel.

Sofía consultó la consola de mantenimiento.

—Una rutina del archivo.

—¿Cuál?

Ella no respondió.

Se movió entre varias pantallas, abrió registros y comprobó la hora.

—Sofía.

—Hay una tarea de saneamiento programada.

Alma se acercó.

—¿Saneamiento de qué?

—Del volumen que estamos copiando.

En la pantalla apareció una ventana.

DEPURACIÓN CRIPTOGRÁFICA
EJECUCIÓN PROGRAMADA: 02:00
MOTIVO: COMPROMISO DE SEGURIDAD / ACCESO NO AUTORIZADO
ALCANCE: ARCHIVO ORIGINAL Y CLAVES DE RECUPERACIÓN

Miré la hora.

01:47.

—Cancélala —dije.

Sofía pulsó la opción.

AUTORIZACIÓN INSUFICIENTE.

—Usa mi pulsera.

—La rutina fue iniciada por el administrador principal. Sólo él puede cancelarla o transferir el permiso.

Todos miramos a mi padre.

—¿Cuándo la programaste? —pregunté.

—Después de detectar al intruso.

—Todavía estábamos buscando a Alma.

—No sabía qué había conectado ni cuánto había extraído.

—No había conectado nada.

—Eso lo sabemos ahora.

La barra de la transferencia marcaba veintisiete por ciento.

TIEMPO ESTIMADO: 00:17:46.

Faltaban menos de trece minutos para las dos.

—Cancélala —dijo Gabriel.

—Ya tenemos los archivos médicos.

—No tenemos la imagen completa.

—Tampoco sabemos qué más introdujo Alma en su dispositivo.

—Está en modo de sólo lectura —dijo Sofía.

—Configurado por ti.

—Y registrado por la casa.

—La misma casa que no detectó su entrada.

—La detectó. Nosotros decidimos que la décima respiración era un error.

Alma se apoyó en la mesa. El dolor del costado había vuelto; una sombra roja comenzaba a extenderse bajo la bata, cerca de los puntos.

—Adrián, si se destruyen las claves, no quedará forma de demostrar que el certificado fue sustituido.

—Los documentos relevantes ya se han copiado.

—Los que tú decidas llamar relevantes.

—Los que pueden salvar a los pacientes.

—Y mañana, ¿qué salvará a los muertos?

Mi padre no contestó.

Sofía intentó acceder a la rutina desde el panel físico.

—Puedo cortar la alimentación del módulo de borrado.

—Hazlo —dije.

—Comparte controlador con el puerto de transferencia. Interrumpiría la copia. Cuando vuelva a encenderse, la rutina se ejecutará antes de que podamos montar otra vez el volumen.

—¿Puedes aislar el controlador?

—Desde el nivel inferior.

—Ábrelo.

—La bóveda no permite acceso mientras el archivo está montado.

—¿No existe una anulación manual?

Sofía miró hacia la maqueta.

—Existe.

Mi padre comprendió antes que yo.

—No.

Sofía rodeó la mesa y se arrodilló junto al zócalo. Pasó los dedos bajo el tablero de roble hasta encontrar una pieza de metal.

—Cuando instalaron el Núcleo, Ana exigió que cualquier espacio cerrado pudiera abrirse sin electricidad.

—Ana ya había muerto cuando instalamos el servidor —dije.

—La exigencia estaba en los planos originales. Los inspectores obligaron a conservarla.

Presionó el metal.

Una sección del suelo se elevó unos milímetros junto a la maqueta.

Debajo había una compuerta estrecha.

—Conduce al nivel de baterías —dijo—. Puedo bajar, aislar el controlador de saneamiento y mantener activo el puerto.

—¿Cuánto tardarás?

—Con luz y sin errores, ocho minutos.

—Tienes doce.

Sofía levantó la tapa.

Una escalera vertical descendía hacia la oscuridad. Desde abajo subía el zumbido de los transformadores y un aire más frío que el de la sala.

Julián entró en el Núcleo.

—No bajas sola.

—El espacio es demasiado estrecho.

—Entonces bajo yo.

—No sabes qué cable cortar.

—Me lo dices.

Sofía señaló la bandeja de herramientas de su cinturón.

—Hay tensión suficiente para detenerte el corazón. No es una metáfora.

—Me han dado instrucciones peores.

La casa volvió a emitir el tono.

01:49.

La transferencia alcanzó treinta y uno por ciento.

Mi padre cerró la compuerta antes de que Sofía pudiera bajar.

—Nadie va a entrar ahí.

—Quítate —dijo ella.

—Tenemos los datos clínicos y una evacuación en camino. Se acabó.

—No se ha acabado —respondí.

—No arriesgarás otra vida para copiar archivos.

—Ya arriesgaste cinco para no perder una fecha.

—Precisamente por eso.

—No uses lo que hiciste como autoridad para decidir lo que hacemos ahora.

Mi padre apoyó el pie sobre la compuerta.

Julián avanzó.

Adrián lo miró.

—¿Vas a apartarme por la fuerza?

Julián no respondió.

Desde la clínica llegó una alarma aguda.

El monitor de Tomás mostraba una caída de presión. Inés entró en el cubículo, detuvo una de las perfusiones y comprobó la vía. Elena sujetó la bolsa mientras ella revisaba a mi hermano.

Tomás seguía consciente.

—Estoy bien —dijo.

—No estás bien —respondió Inés.

—Ha sido la medicación.

—O una hemorragia.

—Inés.

—No hables.

Tomás giró la cabeza hacia el cristal. Podía ver a mi padre dentro del Núcleo, con el pie sobre la compuerta.

—Papá.

Adrián no se movió.

—Cancela el borrado —dijo Tomás.

—Tú concéntrate en respirar.

—Llevo toda la noche haciendo eso.

—La información médica está a salvo. Van a venir a buscaros.

—No se trata sólo de nosotros.

Mi padre miró a su hijo.

Tomás levantó la mano conectada a la vía y la apoyó contra el cristal.

—Si borras los archivos, vuelves a hacerlo.

—¿Qué?

—Elegir quién cuenta.

El reloj del Núcleo cambió.

01:50.

La transferencia alcanzó treinta y cuatro por ciento.

Alma mantenía una mano sobre la unidad. Gabriel estaba sentado a la mesa de Ana, sangrando otra vez. Nico permanecía en el suelo, junto a una madre que ya no podía prometerle nada. Sofía esperaba delante de la compuerta. Julián había colocado los pies como si se preparara para sujetar a alguien.

La casa solicitó una decisión.

—Depuración criptográfica en diez minutos —anunció—. Administrador principal: confirme ejecución o cancelación.

Mi padre contempló a Tomás a través del cristal.

El primer segundo desapareció antes de que hablara.

Después, otro.

CAPÍTULO 8

Bajo la casa

—Confirmo la ejecución —dijo mi padre.

La casa no preguntó si estaba seguro.

—Depuración criptográfica confirmada. Tiempo restante: nueve minutos, cuarenta y ocho segundos.

Tomás golpeó el cristal de la clínica.

—Papá.

Adrián mantuvo el pie sobre la compuerta.

—La información médica está a salvo.

—No es suficiente.

—Para ti sí.

—No decidas eso otra vez.

Tomás intentó incorporarse. Inés apoyó una mano en su pecho y lo obligó a permanecer contra la almohada. La bolsa de plaquetas estaba casi vacía. Junto a ella, el inhibidor del complemento descendía con una lentitud regular.

Sofía se agachó frente a mi padre.

—Si no me deja bajar, el archivo desaparecerá.

—Ésa es la intención.

—También perderemos las claves que permiten comprobar los documentos que ya hemos copiado.

—Tenemos el protocolo médico.

—Tenemos archivos sin cadena de custodia.

—No voy a arriesgar tu vida por una cadena de custodia.

Sofía levantó la vista.

—Mi vida no le preocupa.

—Ahora mismo me preocupa cualquiera que siga respirando dentro de esta casa.

—Entonces retire el borrado.

Adrián no se movió.

Julián entró en el Núcleo. No desenfundó el arma ni adoptó ninguna postura amenazante. Se limitó a colocarse junto a mi padre.

—Voy a apartarle de la compuerta —dijo.

—No tienes autoridad.

—Hay una intervención técnica necesaria para preservar un sistema crítico.

—El sistema no está en peligro.

—Las baterías sí.

—Sofía está exagerando para facilitar el robo.

Julián miró el agua acumulada junto a la rejilla de refrigeración.

—No parece una exageración.

—No sabes lo que estás viendo.

—Por eso voy a dejar trabajar a quien sí lo sabe.

Adrián no retiró el pie.

Julián le sujetó el brazo por encima del codo.

—No se resista. Tiene sesenta y tres mil plaquetas y no quiero lesionarle.

Mi padre intentó soltarse. Fue un movimiento breve y orgulloso, más cercano al rechazo que a la lucha. Julián cambió la presión de los dedos y lo desplazó un paso.

En la piel de Adrián aparecieron cuatro marcas violáceas.

Elena salió de la clínica al verlas.

—Suéltalo.

—Estoy evitando que se haga daño.

—Le estás haciendo daño.

—Entonces dígale que deje de resistirse.

Adrián observó las manchas que los dedos de Julián habían dejado en su brazo. Pareció sorprenderle que su cuerpo ya no obedeciera las reglas que él imponía a los demás.

Retrocedió.

Sofía levantó la compuerta.

La abertura era demasiado estrecha para bajar con rapidez. Una escalera metálica descendía entre dos paredes de piedra hasta un nivel apenas iluminado. El ruido de los servidores se hacía más profundo allí abajo, separado en vibraciones distintas: ventiladores, bombas de refrigeración, transformadores.

—Voy contigo —dije.

Sofía miró mi ropa.

—Necesitas calzado aislante.

—Entonces dámelo.

—Nora —dijo Alma—, yo puedo—

—Tienes seis puntos en el costado.

—Y tú no sabes nada de sistemas.

—Sé obedecer instrucciones.

Mi padre soltó una risa amarga.

—Siempre que no procedan de tu familia.

No le respondí.

Sofía sacó dos cubiertas de goma de un compartimento bajo el suelo. Me las puse sobre los zapatos. Después me entregó unos guantes aislantes y una linterna.

Julián se colocó frente a Adrián.

—Yo vigilo la entrada.

—¿Vigilas que ella destruya el servidor?

—Vigilo que nadie la detenga.

La barra de transferencia alcanzó el treinta y seis por ciento.

01:51.

Bajé detrás de Sofía.

La escalera terminaba cuatro metros bajo la biblioteca. El nivel inferior no había sido construido como una sala. Era el espacio que quedaba entre los cimientos antiguos y la plataforma sobre la que mi padre había levantado el Núcleo.

Ana había colocado allí el sistema de drenaje de los patios.

Siete canales de piedra descendían desde distintos puntos de la casa y se reunían bajo la biblioteca antes de continuar hacia la cisterna. Mi padre los había cubierto con rejillas y utilizado como

rutas para cables, fibra óptica y tuberías de refrigeración. Los muros de ladrillo original quedaban aprisionados entre armarios de baterías. En algunos puntos todavía se conservaban las marcas de pintura que identificaban cada canal: azul, ámbar, verde, violeta, rojo, negro y blanco.

La casa nueva había crecido dentro de la antigua sin conseguir devorarla del todo.

Sofía encendió las luces de servicio.

Varias no respondieron.

—Pisa sólo sobre las rejillas grises —dijo—. Las negras pueden estar húmedas.

El refrigerante goteaba desde una unión sobre el primer bloque de baterías. No era agua, aunque tenía su transparencia. Se extendía por una bandeja metálica y caía al suelo en intervalos cada vez más cortos.

—¿Es tóxico?

—Menos que el humo exterior. Más que el agua.

—Una respuesta tranquilizadora.

—No la bebas.

Avanzó agachada entre dos baterías. Yo la seguí, procurando no rozar los cables que colgaban a la altura de mis hombros.

La voz de la casa llegaba debilitada desde un altavoz situado sobre la escalera.

—Depuración criptográfica en ocho minutos.

—¿Dónde está el controlador? —pregunté.

—Al otro lado del colector central.

—¿Qué es el colector?

Sofía iluminó una estructura de piedra que cruzaba el nivel inferior. Tenía la anchura de una bañera y estaba cubierta por losas.

—Ahí se reunía el agua de los siete patios. Adrián instaló encima el módulo de claves.

—¿Por qué?

—Porque era el punto más protegido de la casa.

—También es el punto al que llega cualquier fuga.

—Eso intenté explicar durante la reforma.

Saltó sobre una sección estrecha de la rejilla.

—La respuesta fue que la cisterna llevaba años seca.

El agua de refrigeración continuaba avanzando.

Alma habló desde arriba.

—Transferencia al cuarenta por ciento. Dieciséis minutos estimados.

—No llegará —dije.

—Llegará si aislamos el módulo —respondió Sofía.

—¿Cómo?

—El borrado no destruye físicamente los discos. Ordena al módulo de claves que invalide la cadena de cifrado. Sin las claves, el archivo seguirá allí, pero será indistinguible del ruido.

—Entonces desconectamos el módulo.

—Tiene dos enlaces redundantes. Uno con el servidor y otro con el controlador de seguridad. Necesitamos cortar el segundo sin interrumpir el primero.

—¿Y cómo se distinguen?

—En los planos, por el color.

Iluminó una maraña de cables idénticos.

—En la obra decidieron que todo quedaba más elegante en negro.

Seguimos avanzando.

El colector central nos obligó a doblarnos. La altura entre la piedra y las bandejas de cable no llegaba a un metro y medio. Sofía se arrodilló frente a un panel empotrado en la pared.

La cerradura estaba cubierta de condensación.

—No lo toques —dijo.

Secó el panel con un paño, comprobó la tensión con una herramienta y retiró la primera tapa. Debajo había otra.

—¿Cuántas pusisteis?

—Tres.

—¿Por qué?

—Porque el Núcleo tenía que sobrevivir a un incendio, una inundación y una intrusión armada.

—¿Y a su propietario?

—Eso no figuraba entre los riesgos.

La casa anunció siete minutos.

Desde la clínica, Inés llamó a Tomás por su nombre.

—Mírame.
—Te estoy mirando.
—Sin cerrar los ojos.
—Estoy cansado.
—¿Te duele la cabeza?
Hubo una pausa.
—Sí.
Inés cambió de tono.
—¿Desde cuándo?
—Un rato.
—¿Cuánto es un rato?
—No lo sé.
—De cero a diez.
—Seis.
—Tomás.
—Ocho.
Oí el movimiento de la cama y el sonido del monitor al cambiar de ritmo.
—¿Dónde te duele?
—Detrás del ojo izquierdo.
—Apriétame las manos.
No escuché la respuesta de mi hermano.
Me volví hacia la escalera.
Sofía siguió trabajando.
—Inés está con él.
—Podría ser una hemorragia.
—Sí.
—Tengo que subir.
—Si subes ahora, no cambiarás lo que está ocurriendo en la clínica. Aquí puedes impedir que borren el motivo.
—No sabemos si el archivo servirá para algo.
—Tampoco sabemos si el medicamento servirá.
Quitó la segunda tapa.
—Llevamos toda la noche actuando sin garantías.
Volví a sostener la linterna.
La frase no me tranquilizó. Sólo me quitó la excusa.

Dentro del panel había dos módulos grises y una fila de conexiones ópticas. Ninguna estaba identificada. Sofía conectó su tableta y examinó el tráfico.

—Necesito que Alma inicie una consulta —dijo.

—¿Qué consulta?

—Cualquiera que obligue al servidor a pedir una clave antigua.

Transmití la petición.

Alma abrió uno de los expedientes clínicos. Una luz diminuta parpadeó en la parte izquierda del panel.

—Ésa es la conexión del archivo —dijo Sofía—. La otra debería ser seguridad.

Marcó el cable con cinta blanca.

—¿Debería?

—Hay dos posibilidades.

—No parece un porcentaje suficiente.

—Es mejor que elegir por intuición.

Desde arriba, Gabriel intervino.

—Pide una clave de acceso al volumen de contingencias. Seguridad tendrá que validarla.

Alma abrió la carpeta.

Una segunda luz parpadeó.

Sofía señaló el cable correspondiente.

—Ése.

Sacó una herramienta de corte, pero no la utilizó.

—¿Qué esperas?

—La conexión es redundante. Si la retiro, el sistema buscará otra ruta.

—¿Dónde?

—En el panel del lado opuesto.

—Entonces cortamos las dos.

—La segunda está detrás de las baterías.

Iluminó el corredor por el que habíamos llegado.

El refrigerante había cruzado una de las rejillas grises.

—Tendremos que drenar esto primero.

—¿Cómo?

Sofía dirigió la luz hacia el canal azul. Terminaba en una compuerta de bronce incrustada en la piedra. Una rueda del mismo material había sido inmovilizada con una abrazadera y dos tornillos modernos.

Reconocí la forma.

—Mi madre las abría cuando llovía.

—Antes de que Adrián sellara los patios.

—Había una en cada canal. Si el nivel subía, se abrían hacia la cisterna.

—La cisterna está parcialmente inundada.

—Tiene capacidad para esto.

—También tiene el túnel por el que entró Alma.

—El túnel asciende. El agua no volverá hasta aquí.

Sofía me miró.

—¿Estás segura?

—No.

—Bien. Seguimos con el método de la noche.

Me entregó una llave. Retiré los dos tornillos de la abrazadera y traté de girar la rueda.

No se movió.

Apoyé ambos pies en la piedra y tiré con el peso del cuerpo. El metal cedió unos milímetros, soltando óxido sobre mis guantes.

—Depuración criptográfica en cinco minutos.

Volví a tirar.

La rueda giró.

Bajo las rejillas se oyó el desplazamiento del mecanismo. La compuerta de bronce se levantó con un gemido. El refrigerante acumulado formó una corriente fina hacia el canal azul y desapareció en dirección a la cisterna.

Sofía observó el nivel.

—Eso debería mantener seco el paso.

—Ana uno, Casa Cero cero.

—No cantes victoria. La casa lleva la cuenta mejor que nosotras.

Retiró el primer enlace de seguridad.

El panel emitió una alarma.

—Conexión administrativa degradada —anunció el sistema—. Iniciando ruta alternativa.

—Ahora —dijo Sofía.

Corrimos hacia las baterías.

La voz de Inés seguía llegando desde la clínica.

—Sonríe.

—No estoy de humor —respondió Tomás.

Las palabras sonaban torpes.

—Hazlo.

—Ya está.

—Otra vez.

El monitor aceleró.

—Tomás, levanta el brazo derecho.

—Lo estoy levantando.

—Ése es el izquierdo.

Oí a Elena decir el nombre de su hermano.

Después, a Nico:

—¿Qué pasa?

—Quédate fuera —ordenó Inés.

—¿Qué pasa?

—Posible hemorragia intracraneal.

Mis pies se detuvieron.

Sofía se volvió.

—Nora.

—Está sangrando en el cerebro.

—Y no hay nada que puedas hacer desde aquí.

—Es mi hermano.

—Precisamente.

Me agarró por la muñeca y me obligó a continuar.

No lo hizo con suavidad. Lo agradecí.

Llegamos al extremo opuesto del colector. El panel secundario estaba detrás de una batería refrigerada por líquido. El espacio entre ambos no permitía que Sofía entrara con el cinturón de herramientas.

Se lo quitó.

—Sujétalo.

Se deslizó de lado. La tubería quedaba a pocos centímetros de su rostro.

—Ilumina hacia abajo.

Encontró el panel y retiró la primera tapa.

Arriba, Alma anunció:

—Cincuenta y dos por ciento. Once minutos.

El reloj marcaba 01:56.

—No va a terminar —dijo Gabriel.

—Si bloqueamos la orden, tendremos tiempo —respondió Sofía.

—¿Y la refrigeración?

—Un desastre cada vez.

Tomás empezó a vomitar.

El sonido llegó por el altavoz antes de que Inés silenciara el canal de la clínica. Alcancé a oír el golpe de una bandeja y a Nico llamándolo.

Después sólo quedaron los ventiladores.

—¿Por qué ha cortado el audio? —pregunté.

Sofía no respondió.

—¿Por qué?

—Porque está trabajando.

La segunda tapa se resistía. Uno de los tornillos giraba sin salir.

Sofía maldijo y buscó otra herramienta.

—Depuración criptográfica en tres minutos.

—Rómpela.

—Si golpeo el panel puedo cerrar el contacto.

—¿Qué significa?

—Que el borrado empezaría ahora.

Probó con unos alicates. El tornillo continuó girando.

—Dame espacio.

No había espacio.

Me introduje detrás de ella y sostuve la batería con ambas manos, como si eso pudiera moverla. La estructura estaba anclada al suelo.

—No puedes desplazarla —dijo.

—¿Hay otro acceso?

—Desde arriba habría que retirar un armario de servidores.

—Entonces rompe la tapa.

—Nora.

—Hazlo.

Sofía colocó la punta de un destornillador junto al tornillo y golpeó con la base de la linterna.

La tapa se dobló.

La alarma del panel cambió de frecuencia.

—¿Ha empezado?

—Todavía no.

Golpeó otra vez.

El borde metálico se abrió lo suficiente para que introdujera dos dedos enguantados. Tiró hasta arrancar la chapa.

Dentro parpadeaban tres luces.

—¿Cuál?

—Espera.

—No tenemos tiempo.

—Si corto el archivo, perdemos la transferencia.

—Si esperas, también.

Sofía acercó la tableta. La pantalla no detectaba tráfico.

—La ruta sólo se activa al fallar la principal. Necesito que intente validar.

—Ya está intentando.

—La orden no se envía hasta las dos.

—Entonces no sabrás cuál es hasta que empiece.

Sofía me miró desde el hueco entre la batería y la pared.

—Exacto.

La casa anunció dos minutos.

Regresó el sonido de la clínica.

Inés hablaba deprisa.

—Necesito la última unidad de plaquetas.

—Estaba reservada —dijo Elena.

—Ahora es para Tomás.

—¿El inhibidor no funciona?

—No puede reparar una hemorragia que ya ha empezado.

—¿Está consciente?

—A ratos.

—¿Puede oírnos? —pregunté.

Nadie respondió desde arriba.

—Inés.

—Sí, Nora. Puede oírte. No bajes por eso.

La voz de mi cuñada no contenía consuelo. Contenía una orden.

—Tomás —dije.

El altavoz devolvió el ruido de su respiración.

—Estoy aquí —respondió al cabo de unos segundos.

—Vamos a detenerlo.

—Bien.

—Después subo.

—Bien.

—No cierres los ojos.

Mi hermano tardó en contestar.

—Eso dice ella.

Inés le pidió que no hablara.

La casa anunció un minuto.

Sofía sujetó la herramienta de corte alrededor del cable central.

—Cuando empiece la orden, una de las luces cambiará a rojo. Corto ésa.

—¿Y si cambian dos?

—No deberían.

—¿Y si lo hacen?

—Elegiré la que tarde menos.

Treinta segundos.

El aire del nivel inferior se había vuelto más caliente. La refrigeración principal trabajaba por encima de nuestras cabezas, pero la fuga reducía la presión del circuito. Una gota cayó sobre el guante de Sofía.

Quince segundos.

Las luces continuaban verdes.

Diez.

Desde el Núcleo, Adrián dijo:

—Aún podéis subir.

Sofía apoyó la herramienta.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Las tres luces cambiaron a rojo.

—Sofía.

—Lo sé.

Cortó el cable de la izquierda.

La casa guardó silencio.

La transferencia desapareció de la pantalla de su tableta.

—¿Qué has hecho?

Sofía no respiraba.

Después reapareció la barra.

Sesenta y siete por ciento.

La unidad seguía copiando.

—Rutina de depuración iniciada —anunció la casa—. Módulo de claves no disponible. Buscando ruta redundante.

Una de las dos luces restantes comenzó a parpadear.

Sofía cortó la del centro.

—Ruta redundante no disponible —dijo la casa—. Depuración suspendida. Reintento en sesenta segundos.

—¿Suspendida? —pregunté—. ¿No cancelada?

—El controlador seguirá intentándolo.

—¿Cuántas veces?

—Hasta que encuentre el módulo o alguien cancele la rutina.

La voz de mi padre llegó desde arriba.

—No voy a cancelarla.

Sofía salió del espacio entre la batería y la pared.

—No hace falta.

Levantó los dos cables cortados.

—Para que vuelva a encontrarlo, alguien tendrá que bajar con un empalmador de fibra.

Julián respondió desde el Núcleo:

—Nadie baja.

Adrián dijo algo que el altavoz no recogió.

—¿Cuánto falta para copiar? —pregunté.

—Seis minutos.

—¿Y las baterías?

Sofía consultó la fuga.

—Tenemos que cerrar la válvula principal. Está junto a la escalera.

El sistema volvió a intentar la depuración.

No encontró el módulo.

Subimos entre los canales de drenaje. El refrigerante continuaba desapareciendo por la compuerta azul, dejando una superficie brillante sobre la piedra. La casa repetía la advertencia cada sesenta segundos. Cada intento fallido me parecía menos una victoria que una pausa prestada.

Al llegar a la válvula, Sofía giró el cierre manual.

La presión descendió.

Las luces de servicio se apagaron.

Durante un segundo quedamos bajo tierra sin otra iluminación que mi linterna.

—¿Eso era esperado?

—Sí.

—Has contestado demasiado rápido.

—Necesitamos subir.

La escalera parecía más alta que antes. Comencé a ascender. A mitad de camino sentí que alguien retiraba la tapa desde arriba.

Julián me tendió una mano.

Alma seguía junto a la unidad. La barra indicaba setenta y cuatro por ciento. Gabriel estaba sentado, con una vía conectada al brazo. Inés había enviado el inhibidor desde la clínica y Elena se encargaba de vigilar la perfusión.

Mi padre permanecía junto a la maqueta.

Las marcas en su brazo se habían oscurecido.

—Has dañado el sistema de seguridad —dijo.

Me quité los guantes.

—Lo construiste alrededor de una alcantarilla.

—Era una bóveda.

—Ana sabía que era un desagüe.

Sofía salió de la compuerta y la dejó abierta para ventilar el nivel inferior.

—Refrigeración secundaria cerrada. El circuito principal puede mantener el Núcleo durante cuarenta y cinco minutos. Después

habrá que apagar servidores.

—La copia termina en cuatro —dijo Alma.

—Si no hay otro problema.

—No invoques a la casa.

El sistema intentó otra depuración.

Falló.

La puerta de la clínica se abrió.

Inés estaba en el cubículo de Tomás, inclinada sobre él. Había retirado la almohada y elevado su cabeza. Mi hermano tenía los ojos abiertos, pero la mitad derecha de su rostro parecía menos despierta que la izquierda.

La última bolsa de plaquetas descendía por la vía.

—Quiero entrar —dije.

Inés me miró a través del cristal.

—Lávate las manos y ponte una bata.

—¿Puedo tocarlo?

—Sí.

Alma sostuvo la unidad.

—Yo vigilo esto.

Mi padre dio un paso hacia el dispositivo.

Julián se interpuso.

—Se queda donde está.

Atravesé el atrio hasta la clínica. Las fotografías seguían en el canal seco. Algunas habían sido desplazadas por nuestras pisadas. Recogí la hoja de Miriam Otero y la dejé otra vez boca arriba.

Me lavé las manos, me puse guantes y una bata roja. Inés abrió el cubículo.

El aire olía a antiséptico y sangre.

Tomás giró los ojos hacia mí. Le costó enfocar.

—Has tardado.

—Había tráfico debajo de la casa.

—Siempre conduces mal.

—El árbol seguía sin estar señalizado.

Su boca intentó formar una sonrisa.

Me senté junto a la cama. Su mano estaba fría y pesada cuando la tomé. Había pequeñas hemorragias bajo las uñas.

—¿Lo habéis detenido? —preguntó.
—El borrado sí. La copia sigue.
—Bien.
—No te esfuerces.
—Necesito decirte una cosa.
—Puedes decírmela después.
—Eso lleva años sin funcionar.
Inés comprobó sus pupilas. La izquierda respondía más despacio.
—Breve —ordenó.
Tomás respiró con cuidado.
—Vi tu comunicado antes de que se publicara.
—¿Qué comunicado?
—El de Alma.
Lo miré.
—Elena me lo envió. Preguntó si había algo científicamente falso.
—¿Y qué contestaste?
—Que no.
Sentí que su mano se tensaba entre las mías.
—Dijiste que no había nada falso.
—Las palabras estaban diseñadas para no ser falsas.
—Sí.
—Podías haberme llamado.
—Sí.
—Podías haber dicho que no lo publicara.
—Sí.
No buscó una explicación hasta que yo se la exigí.
—¿Por qué no lo hiciste?
Tomás cerró los ojos. Inés le tocó la mejilla y volvió a llamarlo.
—Porque nos daba tiempo —dijo—. Si Alma parecía poco fiable, el comité no suspendería el protocolo antes de la dosis de Nico.
La habitación se hizo pequeña alrededor de la cama.
—Entonces no me dejaron sola delante de aquello.
—No.
—Me utilizasteis.
—Sí.
—Yo lo escribí.

—Sí.

Agradecí que no intentara absolverme. Lo odié por la misma razón.

—Después volví a casa —continuó—. Inés había hecho pasta.

Mi cuñada dejó de ajustar la vía.

—No la había hecho —dijo—. La pediste.

—Es verdad.

—Llegaste a las once. Te pregunté qué había ocurrido y dijiste que sólo tenías hambre.

—Tendría que habértelo contado.

Inés siguió mirando la perfusión.

—Tendrías que haber hablado antes de firmar.

—También.

Ella apoyó dos dedos en su muñeca.

—No voy a decirte que no importa.

—Lo sé.

—Ni que te perdono porque estás enfermo.

—Lo sé.

—Deja de decir que lo sabes.

Tomás cerró la mano alrededor de la suya.

—Eso intento.

Inés bajó la cabeza. El pelo ocultó su rostro durante unos segundos. Después se soltó de él para revisar el monitor.

—Tomás, necesito prepararte para el traslado.

—Antes quiero registrar una declaración.

—No.

—Inés.

—Tienes una probable hemorragia intracraneal.

—Por eso.

—Conserva el aire.

—Un minuto.

—Treinta segundos.

Mi hermano miró hacia la cámara de la clínica.

—Casa, iniciar registro clínico firmado.

—Se requiere consentimiento biométrico.

Tomás apoyó el pulgar en el lector de la cama.

La pantalla comenzó a grabar.

—Soy Tomás Varela, director médico de Lázaro —dijo—. Firmé el informe de seguridad que permitió continuar el protocolo. Conocía la existencia del estudio C-17, pero no revisé sus anexos completos. Acepté una conclusión que me convenía porque la suspensión habría impedido tratar a Nicolás Varela. También revisé el comunicado contra Alma Rojas y no me opuse a su publicación.

Tuvo que detenerse para respirar.

—Veinte segundos —dijo Inés.

Tomás continuó:

—Nadie falsificó mi firma. Nadie me obligó. La información estaba fragmentada, pero yo elegí no reunirla. Autorizo entregar esta declaración a pacientes, reguladores y autoridades.

La casa esperó.

—¿Confirma?

—Confirmo.

—Registro sellado.

Tomás dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Ya está —dijo.

—Ya está —repitió Inés.

No sonaba como un perdón. Sonaba como el final de una tarea que ambos habían evitado durante años.

En el Núcleo, Alma anunció que la transferencia había alcanzado el noventa por ciento.

La casa intentó destruir las claves.

Falló otra vez.

Inés extrajo sangre de la vía de Tomás para un nuevo análisis. Cuando terminó, observó una mancha que se extendía bajo su cuello.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Levantó con cuidado la cabeza de mi hermano.

La sangre procedía de su oído izquierdo.

Inés dejó la muestra y buscó una linterna.

—Tomás, mírame.

Él no respondió.

—Tomás.

Abrió los ojos, pero no encontró su rostro.

El monitor aceleró.

—¿Dónde estás? —preguntó Inés.

Mi hermano movió los labios.

No salió ninguna palabra.

—Aprieta mi mano.

Sus dedos no se cerraron.

Inés pulsó la llamada de emergencia.

—Elena, necesito el carro de vía aérea. Nora, sal.

—Puedo ayudar.

—Sal.

—Inés.

—Ahora.

Me levanté sin soltar a Tomás.

Inés tuvo que retirar mis dedos uno por uno.

—Déjame trabajar.

Salí del cubículo.

Elena llegó con el carro. Detrás venía Nico, todavía con la vía del análisis conectada al brazo.

—Quédate fuera —le ordenó Inés.

—Es mi tío.

—Y yo necesito espacio.

Elena cerró la puerta delante de su hijo.

Tomás comenzó a convulsionar.

Su cuerpo se arqueó sobre la cama. Inés protegió su cabeza mientras Elena preparaba el medicamento. El monitor llenó la clínica de alarmas.

Nico golpeó el cristal.

—¡Tomás!

Julián lo sujetó antes de que intentara abrir la puerta.

—Déjala trabajar.

—Suéltame.

—No.

—¡Suéltame!

Nico intentó golpearlo. Julián recibió el puño contra el pecho y lo abrazó por detrás, inmovilizándolo sin presionar sus brazos. Nico

dejó de luchar cuando vio la sangre que le corría desde la vía abierta.

Alma salió del Núcleo.

—Presiona aquí.

Colocó una compresa sobre el brazo de Nico. Él obedeció sin mirarla.

La transferencia alcanzó el cien por cien.

La unidad emitió un tono.

—Imagen completada —anunció la casa—. Verificación pendiente.

Alma regresó a la mesa. Inició la comprobación de firmas.

Mi padre no miró la pantalla.

Miraba a Tomás.

Inés administró un sedante, colocó el laringoscopio y pasó el tubo entre las cuerdas vocales. Elena conectó el ventilador. La primera insuflación elevó el pecho de su hermano.

La convulsión se detuvo.

El monitor no recuperó un ritmo normal.

—Pupila izquierda fija —dijo Inés—. Respuesta motora ausente en el lado derecho.

—¿Qué significa? —preguntó Nico.

Nadie le contestó.

—¿Qué significa?

Alma seguía presionando su brazo.

—Que está sangrando y la presión está afectando al cerebro.

—¿Puede detenerlo?

—Necesita neurocirugía.

Sofía consultó el canal de emergencia.

—La unidad aeromédica está en vuelo.

—¿Cuánto? —pregunté.

La respuesta apareció en el Atrio Azul.

LLEGADA ESTIMADA: 02:31.

CAPACIDAD INICIAL: DOS PACIENTES CRÍTICOS.

EQUIPO DE SOPORTE HEMATOLÓGICO A BORDO.

Faltaban veintidós minutos.

—Prepara el Jardín Verde —ordenó Inés sin apartarse de Tomás —. Tomás sale primero.

Sofía abrió los controles del techo.

—Tengo que renovar la atmósfera del jardín y retraer la cubierta. Dieciocho minutos.

—Hazlo.

El sistema inició la purga del sector verde.

En la pantalla médica aparecieron los nuevos recuentos.

Tomás: siete mil.

Gabriel: treinta y cinco mil.

Nico: veintinueve mil.

Adrián: cincuenta y uno mil.

Elena: cincuenta y cuatro mil.

Inés leyó las cifras desde el cubículo.

—La tercera dosis es para Nico.

Elena conectó los tres últimos viales sin discutir.

Mi padre contempló su propio resultado. Después el de su hija.

No quedaba nada para ellos.

—El tratamiento viene en el helicóptero —dijo Sofía.

—Si llega —respondió Adrián.

Nico levantó la cabeza.

—Va a llegar.

No sonó convencido. Sonó decidido a no permitir que mi padre eligiera también aquella frase.

La unidad de Alma terminó la verificación.

ARCHIVO ÍNTEGRO.

FIRMAS VÁLIDAS.

CADENA DE CUSTODIA PRESERVADA.

Alma cerró los ojos.

Habíamos salvado los archivos.

Dentro de la clínica, Inés ajustó el ventilador que respiraba por Tomás.

La pantalla central de Casa Cero seguía mostrando diez patrones respiratorios.

Para la casa, el aire que entraba por un tubo también contaba.

CAPÍTULO 9

El jardín abierto

La casa dejó de intentar destruir el archivo a las 02:12.

No porque hubiese aceptado nuestra decisión. Después de cuatro intentos fallidos, el sistema clasificó el módulo de claves como averiado y aplazó la rutina hasta que un técnico pudiera reparar la conexión.

—Incidencia registrada —anunció—. Notificación enviada al administrador principal.

Mi padre recibió el aviso en su pulsera.

Lo descartó sin leerlo.

Alma desconectó la unidad de transferencia y enrolló el cable alrededor del dispositivo. La copia ocupaba casi toda su capacidad. Tres coma ocho terabytes de ensayos, informes, correos, consentimientos, desviaciones de fabricación y decisiones que habían sobrevivido porque quienes las ocultaban necesitaban conservarlas para defenderse unos de otros.

La unidad cabía en una mano.

—Ahora hay que enviarlo —dijo.

—Primero prepara una copia para el hospital —respondí.

—Ya tienen el paquete médico.

—Quiero que tengan los datos completos del lote.

Gabriel seguía sentado ante la mesa de Ana. El inhibidor del complemento descendía por una vía en su brazo. Se había colocado

una compresa bajo la nariz y respiraba con la boca abierta.

—No necesitan tres terabytes —dijo—. Secuencia final, concentración, análisis de agregados y protocolo C-17. Puedo preparar un paquete clínico ampliado.

Alma lo observó.

—¿Sin reclasificar nada?

—Sin reclasificar nada.

Ella le entregó el teclado.

Gabriel tardó menos de dos minutos en seleccionar los archivos. Sabía exactamente dónde estaban. Eso también formaba parte de su responsabilidad: no había necesitado descubrir el camino, sólo aceptar adónde conducía.

Sofía cerró la compuerta del nivel inferior y comprobó la temperatura del Núcleo.

—Tenemos treinta y ocho minutos antes de apagar los primeros servidores.

—¿La unidad depende de ellos? —pregunté.

—Ya no. La copia está completa.

—Entonces abre la salida al jardín.

Sofía volvió a la consola principal.

El plano de Casa Cero apareció sobre la pared. Tres sectores continuaban cerrados: el Ala Violeta, el anillo técnico del sur y el Jardín Verde. La clínica y el Atrio Azul estaban conectados por una ruta roja. El jardín quedaba separado por dos puertas y una cámara de compensación.

—Inicio la renovación de atmósfera —dijo—. Primero expulsamos el aire del sector a través de los filtros superiores. Después comprobamos partículas y retraemos la cubierta.

—El helicóptero llega en diecinueve minutos —dijo Inés desde la clínica.

—El proceso necesita dieciséis.

—Te sobran tres.

Sofía no sonrió.

—En una casa que lleva toda la noche comportándose bien.

Pulsó la secuencia.

El sector verde comenzó a parpadear.

RENOVACIÓN INICIADA.
TIEMPO ESTIMADO: 00:15:42.

Las bombas de ventilación cambiaron de ritmo. El sonido recorrió el techo del Núcleo y se alejó hacia el jardín.

—Necesito los trajes del airlock —dijo Sofía—. Aunque la atmósfera interior quede limpia, al abrir la cubierta entrará aire exterior.

—Todavía hay cinco —respondió Julián.

—Trae dos al Atrio Azul. Si falla algún actuador, habrá que liberar el techo a mano.

—¿Quién entra?

—Yo.

—Tú te quedas en los controles —dije—. Entramos Julián y yo.

—No sabes abrir la cubierta.

—Me lo explicas.

—No es una rueda.

—Mejor. Las ruedas de esta casa no cooperan.

Sofía amplió el plano del Jardín Verde.

La planta tenía forma de media luna. Ana la había diseñado alrededor de un fresno que ya era viejo cuando compró el terreno. El techo móvil estaba compuesto por cuatro paneles de vidrio que se recogían sobre la galería norte. Cada uno tenía un cierre eléctrico y una liberación manual accesible desde la pasarela superior.

Mi padre había reforzado aquella estructura durante la conversión de Casa Cero. Los paneles de vidrio fueron sustituidos por láminas transparentes de seguridad. Las vigas podían soportar un dron de carga y el sistema de apertura quedó conectado a los protocolos de evacuación vertical.

—Los cuatro cierres tienen que liberarse —explicó Sofía—. Si uno falla, el techo no se mueve para evitar que los paneles se deformen.

—¿Cómo llegamos a la pasarela?

—Escalera detrás del muro vegetal. Hay una puerta de servicio aquí.

Señaló el extremo oeste del jardín.

—¿Y la salida para los pacientes?

—Desde la clínica, cruzan el atrio y entran en la cámara verde. El equipo aeromédico puede descender con el torno, recogerlos y volver a subir sin abrir el resto de la casa al exterior.

—Dos pacientes —dijo Elena.

Había aparecido en la puerta del Núcleo.

Nico permanecía sentado junto a la clínica mientras recibía la tercera y última dosis del inhibidor. El sangrado del brazo se había detenido. El de las encías no.

—La unidad sólo puede llevarse a dos —continuó Elena—. ¿Quiénes?

Inés salió del cubículo de Tomás. Había colocado una cortina parcial alrededor de la cama, aunque el cristal seguía permitiéndonos ver el monitor y los tubos conectados a su cuerpo.

—Tomás y Nico.

Gabriel levantó la cabeza.

—Nico y yo tenemos los recuentos más bajos después de Tomás.

—Tomás necesita neurocirugía. Nico está cayendo más rápido que tú.

—Yo tengo hemólisis y sangrado activo.

—Y ya estás respondiendo al inhibidor.

—¿Cómo lo sabes?

—El sangrado nasal ha disminuido y tu presión se mantiene. No significa que estés fuera de peligro.

Elena miró a su padre.

—¿Y nosotros?

—El helicóptero lleva nueve viales adicionales. Os administraremos una dosis a cada uno aquí. La tercera queda para refuerzo o para Alma si aparece una complicación distinta.

—Alma no recibió Lázaro —dijo Adrián.

—Alma atravesó una cisterna con una herida abierta. No voy a agotar todo el botiquín antes de examinarla otra vez.

—La segunda extracción —dijo Elena—. ¿Cuándo?

Sofía consultó el mensaje aeromédico.

—Depende del combustible, del perímetro y de si pueden enviar otra unidad. No hay tiempo confirmado.

Elena observó a Nico.

Su hijo mantenía los ojos cerrados. Alma se había sentado en el suelo junto a él, con la espalda apoyada en la pared azul. No hablaban. Nico marcaba el ritmo de su respiración golpeando dos dedos contra la rodilla.

Dos golpes.

Una pausa.

Dos golpes.

Elena regresó al Núcleo.

—Envía la alerta a todos los centros —me dijo.

Alma levantó la cabeza.

Mi padre no.

—Para eso necesitamos la credencial de dirección —respondí.

—La tienes.

—Tengo la autenticación fiduciaria. Puedo abrir el archivo y autorizar una comunicación médica. No puedo emitir una suspensión oficial en nombre de Varela Biotec.

—Gabriel es el director científico.

—El protocolo exige una firma ejecutiva.

Elena comprendió antes de que terminara.

—La mía.

—O la de Adrián.

Mi padre se apartó de la mesa.

—Ya hemos enviado la información al hospital.

—Hay tres centros con administraciones programadas esta mañana —dijo Alma—. Lisboa a las seis y media. Lyon a las siete. Milán a las ocho.

—Son lotes distintos —respondió Adrián.

—Utilizan la misma formulación escalada.

—No hay pruebas de que presenten la desviación térmica de L7-4B.

Gabriel habló sin levantar la voz.

—No hace falta que presenten la desviación. El estudio C-17 demuestra que los agregados son un riesgo del proceso. L7-4B lo agravó, pero la formulación ya tenía una señal.

—Una señal excluida por contaminación.

—Ya no sostengo esa conclusión.

—La firmaste.

—Estaba equivocado.

Mi padre contempló a su antiguo científico jefe como si nunca hubiese imaginado que aquellas tres palabras pudieran salir de él.

—Si suspendemos todos los centros —dijo—, no podremos reanudarlos. La agencia intervendrá la empresa antes del amanecer.

—Eso debería haber ocurrido antes de que administráramos el lote —respondió Gabriel.

Alma se puso de pie.

El esfuerzo abrió uno de los puntos de su costado. Una mancha oscura apareció bajo la bata, pero ella siguió avanzando hasta la mesa.

—La alerta no necesita incluir el archivo completo —dijo—. Sólo ordenad una suspensión inmediata y monitorización de plaquetas. El envío regulatorio puede hacerse por separado.

—Si emitimos una alerta sin explicar la causa, crearemos pánico en todos los pacientes —contestó Elena.

—Si no la emitís, alguno puede recibir la dosis dentro de cuatro horas.

—No he dicho que no vaya a hacerlo.

—Todavía no has dicho que sí.

Elena miró la unidad negra.

—Quiero saber a quién se enviará el archivo completo.

Alma activó la pantalla del dispositivo.

Había preparado tres paquetes.

El primero contenía los documentos médicos y la alerta para los centros.

El segundo incluía la copia íntegra cifrada, destinada a la agencia de medicamentos, la fiscalía y el juzgado que había autorizado la inspección de San Gregorio.

El tercero era una versión reducida. Eliminaba nombres, direcciones e historiales identificables, pero conservaba las firmas de los responsables, las cifras y los registros de fabricación. Estaba dirigido a dos periodistas, una asociación de pacientes y los abogados de varias familias.

—Esto último no es una comunicación regulatoria —dijo Elena.

—No.

—Es una filtración.

—Es la razón por la que el primer informe no desapareció del todo.

—Expondrás a pacientes.

—Los datos están anonimizados.

—Tú no eres responsable de decidir qué nivel de anonimización es suficiente.

—Tú eras responsable cuando decidiste no avisarlos.

Elena tomó la unidad.

Alma no se resistió.

—Si firmo la alerta, sale sólo el primer paquete.

—Si firmas la alerta, los centros se detienen. Para el archivo completo necesito tu firma y la de Nora.

—¿Y el paquete público?

—Puedo enviarlo sin ti.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque hasta esta noche me faltaba la cadena original. Y porque preferiría que la empresa reconociese lo ocurrido antes de que otros lo cuenten por ella.

Elena miró hacia mí.

Durante años habíamos trabajado con la idea opuesta. La empresa hablaba primero para fijar los límites de lo que después podrían contar los demás. No admitíamos hechos; administrábamos versiones.

—Redacta la alerta —dijo.

Nos trasladamos a la consola de la antigua mesa.

Abrí un documento nuevo.

El encabezado corporativo apareció de forma automática. Debajo, el sistema sugirió una plantilla:

COMUNICACIÓN PRECAUTORIA SOBRE POSIBLE SEÑAL HEMATOLÓGICA.

Borré la palabra posible.

Mi padre vio el cambio.

—Todavía no tienes una confirmación clínica completa.

—Tengo cinco personas sangrando dentro de la misma casa.

—Eso confirma el lote, no toda la plataforma.

Escribí:

Varela Biotec administró el lote L7-4B pese a una desviación térmica, un resultado de partículas fuera de especificación y una señal preclínica de daño hematológico asociada a Lázaro-7.

Elena leyó por encima de mi hombro.

—«Pese a» atribuye conocimiento conjunto. Yo no conocía el análisis de partículas.

—La compañía sí.

—Es una distinción legal importante.

—También es verdad —dijo Alma.

Continué:

Suspendan de inmediato cualquier administración de Lázaro-7. Localicen a todas las personas tratadas, realicen hemograma, función renal y marcadores de hemólisis, y deriven a urgencias a quienes presenten trombocitopenia o sangrado.

Gabriel añadió las instrucciones sobre activación del complemento y el protocolo de rescate. Inés las revisó desde la clínica. Eliminó dos recomendaciones, corrigió una dosis y pidió que incluyéramos el estudio C-17 completo.

En la última línea escribí:

La dirección de Varela Biotec ocultó información relevante y ordenó destruir muestras del lote antes de una inspección independiente.

Elena apoyó una mano en mi hombro.

—Eso no pertenece a una alerta médica.

—Pertenece a la verdad.

—Distraerá del tratamiento.

—También impedirá que mañana digan que desconocían la causa.

—Ponlo en el informe regulatorio.

—Si dejamos esta frase fuera, Adrián utilizará la alerta como prueba de que actuamos en cuanto identificamos el problema.

Mi padre se acercó.

—No hables de mí como si no estuviera aquí.

—Estás aquí porque impediste que salieran los demás.

—Ordené una destrucción conforme a protocolo.

Alma señaló el archivo abierto.

—Antes de una inspección.

—Por inestabilidad química.

—Sin conservar muestra de referencia.

—No iba a dejar material inseguro almacenado.

—Ni pruebas.

Adrián miró a Elena.

—Si firmas ese texto, asumes en nombre de la empresa una acusación penal antes de que haya investigación.

—La investigación está en la mesa de mamá —respondió ella.

—Son documentos seleccionados por una mujer que robó información.

—La copia es íntegra —dijo Gabriel—. Yo he verificado las firmas.

—Tú también estás implicado.

—Precisamente.

Elena volvió a leer la alerta.

El indicador del Jardín Verde marcaba nueve minutos.

El helicóptero llegaría en trece.

—Quita la última frase —dijo Elena.

Alma abrió la boca.

—Por ahora —añadió Elena—. La suspensión tiene que salir ya. Firmaré el envío regulatorio completo después de evacuar a Tomás y a Nico.

—No sabemos si el canal seguirá abierto —dijo Sofía.

—Tampoco sabemos si el techo se abrirá.

—No vincules una cosa con la otra —respondí.

—No estoy negociando. Estoy priorizando. Si el centro de continuidad detecta una comunicación a la fiscalía, puede cerrar el enlace antes de que terminemos de coordinar la evacuación.

Sofía comprobó la ruta de red.

—Tiene razón. El canal pasa por infraestructura corporativa. Una alerta clínica está dentro de sus funciones. Un envío judicial puede activar el cierre automático.

Alma miró a Elena.

—¿Firmarás después?

—Sí.

—Tu palabra no tiene un buen historial.

—La tuya tampoco.

—La diferencia es que yo traje una copia.

Elena sostuvo su mirada.

—Firmaré.

Quité la última frase de la alerta médica y la trasladé al encabezado del paquete regulatorio.

Elena apoyó su pulsera en el lector.

—Autorizo suspensión global de Lázaro-7 y comunicación clínica de emergencia.

La casa solicitó su huella.

Después su voz.

Después una segunda confirmación.

Elena aceptó las tres.

El mensaje salió hacia los centros.

Durante cinco segundos, la consola no mostró nada. Luego comenzaron a llegar acuses de recepción.

Lisboa confirmó la suspensión.

Lyon confirmó.

Milán tardó diecisiete segundos más.

ADMINISTRACIÓN CANCELADA. PACIENTES EN CONTACTO.

Alma apoyó ambas manos sobre la mesa.

No celebró.

—Ahora el archivo completo —dijo.

—Cuando el jardín esté abierto —respondió Elena.

La casa emitió una alarma desde el sector verde.

Sofía corrió hacia la pantalla.

RENOVACIÓN ATMOSFÉRICA COMPLETADA.
ERROR DE APERTURA.
CIERRE OESTE NO LIBERADO.

—Ahí está —dijo—. La casa comportándose bien.

El helicóptero llegaría en diez minutos.

Julián apareció con dos trajes rojos.

—¿Qué hacemos?

—Entráis en el jardín, subís a la pasarela y liberáis el cierre oeste —explicó Sofía—. El sector está limpio ahora, pero al abrir la

cubierta quedará expuesto al aire exterior. No os quitéis el traje hasta volver a la cámara de descontaminación.

—¿El mecanismo es eléctrico?

—Manual. Una palanca detrás del panel de servicio.

Mi padre levantó la cabeza.

—No está detrás del panel.

Sofía lo miró.

—Los planos indican—

—La movimos durante el refuerzo de la cubierta. La viga nueva bloqueaba el acceso.

—¿Dónde está?

—Sobre la pérgola. Lado norte.

—Eso no figura en la revisión final.

—Se hizo después de la inspección.

Sofía cerró los ojos un instante.

—Por supuesto.

—La pasarela norte termina antes de la pérgola —dijo Julián.

—Hay una escalera exterior.

—Quedará expuesta cuando se abra el primer panel.

—Entonces no liberéis los otros hasta llegar al oeste —dijo Adrián —. El mecanismo está dentro de una caja roja, junto al soporte del antiguo canal de lluvia.

—¿Código?

—No tiene. Se abre con llave de mantenimiento.

Sofía levantó la llave que llevaba en el cinturón.

—Ésta.

Mi padre asintió.

—El cierre se baja, no se levanta. Si tiráis hacia arriba, bloqueáis el pasador.

—Algún otro detalle omitido de los planos —pregunté— antes de que entre?

—La escalera puede estar mojada.

—Gracias.

Julián y yo nos pusimos los trajes en la cámara verde. Eran más pesados de lo que parecían colgados en el airlock. Una capa de

protección química cubría el sistema respiratorio, las comunicaciones y el visor. Julián revisó mi cierre dos veces.

—Si el traje avisa de una pérdida de presión, vuelves —dijo.

—Si el techo no se abre, Tomás no sale.

—Si el traje falla, tampoco.

Sofía apareció en el altavoz interior.

—No discutáis dentro de la cámara. Está retrasando la compensación.

La puerta del atrio se cerró detrás de nosotros.

La casa redujo la presión.

Por el cristal vi a Nico sentado junto a la clínica, con Elena a un lado y Alma al otro. Mi padre permanecía en el Núcleo. Gabriel, conectado aún a su tratamiento, vigilaba la unidad de transferencia.

Inés no apartaba la vista de Tomás.

La puerta verde se abrió.

El jardín olía a tierra húmeda y desinfectante.

Las plantas habían sobrevivido al sellado mejor que nosotros. El sistema de riego seguía funcionando; gotas de agua cubrían los helechos y las hojas del limonero. El fresno se alzaba en el centro, rodeado por un banco circular de piedra. Sus ramas más altas rozaban la cubierta cerrada.

La luz de emergencia teñía el follaje de un verde oscuro, casi negro.

Alma había cruzado aquel lugar pocas horas antes vestida con el mismo color rojo que ahora llevábamos nosotros. Todavía había una mancha de sangre en una de las losas. Cerca de la puerta del Núcleo permanecía la marca de la caída de Julián.

—Pasarela al oeste —indicó Sofía.

La escalera estaba oculta detrás de una pared cubierta de musgo. Julián la encontró y subió primero. Los peldaños terminaban en una plataforma estrecha suspendida a cuatro metros del suelo.

Desde allí se veía la estructura completa del techo.

Los cuatro paneles transparentes estaban sujetos por vigas que convergían sobre el fresno. Tres indicadores aparecían en verde. El cierre oeste seguía rojo.

—No liberéis los demás —recordó mi padre por el canal—. Si el techo comienza a moverse, no alcanzaréis la pérgola.

—Lo hemos oído —respondió Julián.

—No estaba hablándote a ti.

—Ahora sí.

Avanzamos por la pasarela.

El traje dificultaba calcular la distancia de cada paso. El visor estrechaba el campo lateral y el ruido de mi respiración llenaba el casco. Debajo, las ramas del fresno golpeaban la estructura con el movimiento del aire filtrado.

La pasarela terminaba dos metros antes de la pérgola norte.

La escalera exterior descendía desde allí hasta una viga transversal. No tenía protección lateral.

—Ésta es la parte que puede estar mojada —dije.

—Parece que sí.

La condensación convertía los peldaños en superficies brillantes.

Julián sujetó una línea de seguridad a mi traje.

—Bajo yo.

—La caja está del lado interior. Tus hombros no caben entre las vigas.

—¿Y los tuyos?

—Vamos a descubrirlo.

—Nora.

—Si caigo, tienes la línea.

—Esto no es escalar.

—Nunca he escalado.

—No era una invitación a tranquilizarme.

Pasé una pierna por encima del borde de la pasarela y encontré el primer peldaño. La escalera vibró bajo mi peso.

El jardín parecía mucho más profundo desde allí.

Descendí de lado. Cada respiración empañaba durante un instante la esquina inferior del visor. Julián mantenía la línea tensa.

Al llegar a la viga tuve que agacharme y avanzar bajo la pérgola. La caja roja estaba junto al soporte de una antigua cadena de lluvia. Tenía el tamaño de un botiquín.

Introduje la llave.

No giró.

—Sofía.

—Comprueba que ha entrado hasta el fondo.

—Ha entrado.

—Gírala a la izquierda.

—Estoy girando a la izquierda.

—A tu izquierda o a la de la caja?

—No tiene izquierda propia.

—Nora —dijo Julián—. Prueba al otro lado.

Giré a la derecha.

La cerradura cedió.

—La caja tenía razón —dijo él.

Dentro había una palanca y un indicador mecánico. La palanca estaba arriba.

—Adrián dijo que hay que bajarla —recordó Sofía.

La agarré con ambas manos.

No se movió.

—Está bloqueada.

—Debe tener un seguro lateral —dijo mi padre.

Busqué alrededor de la base.

—No hay nada.

—Una pieza metálica, debajo del eje.

—Todo es metálico.

—Tiene forma triangular.

Encontré una pestaña cubierta de óxido. La presioné con el pulgar y volví a tirar.

La palanca descendió unos centímetros.

El indicador continuó rojo.

—Más —ordenó Sofía.

Tiré con el peso del cuerpo.

La palanca llegó hasta el final.

Algo golpeó dentro de la viga.

CIERRE OESTE LIBERADO.

—Vuelve a la pasarela —dijo Sofía—. Voy a retraer los paneles.

Comencé a retroceder bajo la pérgola.

Desde la clínica llegó una alarma continua.

El canal se llenó de voces.

—No tengo pulso —dijo Inés.

Elena llamó a Tomás.

Después volvió a hacerlo, más fuerte.

Me detuve sobre la viga.

—¿Qué ocurre?

—Nora, sigue moviéndote —ordenó Julián.

—¿Qué ocurre?

La voz de Inés llegó entre el sonido del carro de reanimación.

—Parada. Inicio compresiones.

Elena contó en voz alta.

Uno, dos, tres, cuatro.

La voz se le quebró en el siete. Volvió a empezar.

—Tengo que volver —dije.

—El helicóptero está a seis minutos —respondió Sofía—. Necesitamos abrir ahora.

—Inés está con él —dijo Julián.

—Es mi hermano.

—Y sigue necesitando que abras el techo.

Las compresiones de Elena llegaban por el canal de comunicación. Cada número coincidía con una presión sobre el pecho de Tomás.

Avancé.

El viento golpeó los paneles cuando Sofía liberó los otros cierres. La estructura entera vibró.

—Prepárense —anunció la casa—. Apertura del sector verde. Contaminación exterior por encima del nivel doméstico recomendado.

—Nivel doméstico —murmuró Julián—. Eso suena mejor.

Los paneles comenzaron a moverse.

El primero se deslizó sobre la guía norte. El segundo lo siguió. Entre ambos apareció una franja de cielo nocturno.

El aire exterior cayó sobre el jardín.

Las ramas del fresno se agitaron. Las hojas secas se elevaron del suelo y golpearon las paredes. Una niebla tenue entró por la abertura y fue absorbida de inmediato por los extractores.

El cielo tenía un color naranja sucio hacia San Gregorio. La columna principal de humo se había desplazado, pero las luces de los vehículos de emergencia seguían parpadeando en la distancia.

Después de horas respirando el aire medido de Casa Cero, el viento parecía una presencia desordenada.

La casa intentó calcularlo.

—Atmósfera del sector verde fuera de parámetros. Aislamiento interior reforzado.

El tercer panel se recogió.

El cuarto se detuvo a mitad del recorrido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sobrecarga en el motor oeste —dijo Sofía—. El cierre está libre, pero la guía ofrece resistencia.

La abertura era demasiado estrecha para el torno del helicóptero.

—¿Puedes forzarlo?

—Puedo aumentar potencia durante veinte segundos. Si el motor falla, el panel se queda ahí.

—Hazlo.

—Espera —dijo mi padre—. Hay una liberación de contrapeso junto a Nora.

Busqué dentro de la caja.

—Sólo veo la palanca.

—Detrás. Un cable amarillo.

—Hay tres.

—El central.

Julián descendió hasta la viga.

—Yo lo hago.

Se arrastró bajo la pérgola y abrió la segunda sección de la caja. Encontró los cables.

—Los tres son amarillos.

Mi padre guardó silencio.

—Adrián —dijo Sofía.

—El que tiene una marca negra.

Julián localizó el cable.

—Lo corto?

—Tira de él. No lo cortes.

Julián tiró.

El contrapeso se liberó con un golpe que recorrió toda la cubierta. El panel oeste avanzó de repente.

La viga sobre la que estábamos se sacudió.

Mi pie resbaló.

La línea de seguridad se tensó antes de que cayera. Mi hombro golpeó la pérgola y quedé suspendida sobre el jardín, con una mano agarrada al borde metálico.

Julián se lanzó hacia la línea.

—No te muevas.

—No estaba previsto.

—Nora.

—Estoy quieta.

El panel continuaba desplazándose sobre nosotros.

Julián enrolló la línea alrededor de su antebrazo y me acercó a la viga. Encontré apoyo con la punta del zapato y conseguí levantarme.

El visor mostraba una advertencia.

IMPACTO EXTERNO.
PRESIÓN ESTABLE.

—El traje está bien —dije.

—Vuelve a la pasarela.

El techo terminó de abrirse.

Sobre nosotros no quedó nada entre el jardín y el cielo.

Un punto de luz se aproximaba desde el sur.

El helicóptero.

—Zona de extracción disponible —anunció Sofía.

En la clínica, Elena seguía contando compresiones.

Inés administró adrenalina.

El monitor de Tomás no mostraba pulso.

Regresamos a la cámara verde. El proceso de descontaminación duraría cuatro minutos.

—No tenemos cuatro minutos —dije.

—El aire exterior sigue contaminado —respondió Sofía—. Si abro antes, llevas el humo a la clínica.

Golpeé la puerta.

—Ábrela.

—Nora.

—Ábrela.

Inés intervino desde el otro lado.

—Termina la descontaminación.

—Tomás está solo.

—No está solo.

—Inés—

—Si entras contaminada, tendré dos emergencias. Quédate ahí.

El helicóptero pasó sobre la casa.

El ruido hizo temblar los paneles del jardín. Un foco blanco descendió por la abertura y recorrió el fresno, las losas y las paredes verdes.

—Casa Cero, aquí unidad aeromédica —dijo una voz nueva por el canal—. Confirmamos zona visual. Iniciamos estacionario.

Sofía respondió desde el Núcleo.

—Zona abierta. Acceso interior por cámara norte. Dos pacientes preparados.

—Recibido. Descenderán dos sanitarios con medicación.

Elena dejó de contar.

Inés comprobó el ritmo.

—Continúa —ordenó.

Elena volvió a presionar el pecho de su hermano.

La casa anunció:

—Descontaminación completada.

Arranqué el casco antes de que la puerta terminara de abrirse.

El Atrio Azul estaba lleno de alarmas. Nico permanecía sentado en el suelo, demasiado débil para levantarse. Alma lo sujetaba por los hombros. Gabriel se había incorporado y observaba la clínica con la bolsa vacía del tratamiento colgada a su lado.

Entré en el cubículo.

Elena seguía haciendo compresiones. Tenía sangre de Tomás en las manos y pequeñas manchas rojas bajo la piel de los antebrazos.

—Te relevo —dijo Julián.

Ella no respondió.

—Elena.

Julián ocupó su lugar. Elena se apartó sólo cuando los brazos dejaron de sostenerla.

Inés administró otra dosis y comprobó el ritmo.

Nada.

—Llevamos seis minutos —dijo.

—El equipo está bajando —respondió Sofía.

Dos figuras descendieron por el hueco del jardín sujetas al cable del helicóptero. Sus trajes grises brillaban bajo el foco. Cada una llevaba una mochila médica.

—Un ciclo más —dijo Inés.

Julián continuó las compresiones.

Me situé al lado de la cama y tomé la mano de Tomás. Ya no devolvía presión.

El monitor no mostraba más que la actividad producida por los golpes contra su pecho.

Los sanitarios cruzaron la cámara verde. Uno llevaba los viales del inhibidor y hemoderivados. El otro entró directamente en la clínica.

—Varón, cuarenta y seis años —informó Inés—. Trombocitopenia grave, probable microangiopatía asociada a vector, hemorragia intracraneal, parada sin pulso hace siete minutos. Dos unidades de plaquetas, inhibidor C5, tres dosis de adrenalina.

El sanitario conectó un ecógrafo portátil.

Julián se apartó sólo el tiempo necesario para colocar el transductor. En la pantalla apareció el corazón de Tomás.

No se movía.

—Actividad cardiaca ausente —dijo el sanitario.

—Continuamos —respondió Inés.

—¿Tiempo total?

—Ocho minutos.

—Podemos trasladar con compresor.

—No hasta recuperar circulación. El torno no admite maniobras durante el ascenso.

Julián retomó las compresiones.

El segundo sanitario abrió la mochila en el atrio. Entregó seis viales a Elena y tres a Gabriel.

—Dos dosis completas. Nos informaron de otros dos pacientes.

Inés no apartó los ojos de Tomás.

—Adrián y Elena. Administración inmediata, antibiótico profiláctico y monitorización.

Elena no se movió.

—Ahora —repitió Inés.

—No voy a dejarlo.

—No puedes ayudarle aquí.

—Puedo hacer compresiones.

—Tienes cincuenta y cuatro mil plaquetas y ya has hecho suficientes para lesionarte. Recibe el tratamiento.

Elena miró a su hermano.

—Un ciclo más.

Inés consultó el monitor.

—Un ciclo.

Julián continuó.

El helicóptero mantenía el estacionario sobre el jardín. El viento de las hélices arrancaba hojas del fresno y las hacía ascender en espiral hacia la abertura.

Nico trató de ponerse en pie.

Sus piernas no respondieron.

Alma y Gabriel lo ayudaron a sentarse en una silla de evacuación. Nico tenía los labios pálidos y una fina línea de sangre bajo la nariz.

—Tomás sale primero —dijo.

Nadie le contestó.

—Sale primero.

Alma se arrodilló delante de él.

—Están trabajando.

—Dijeron dos pacientes.

—Sí.

—Él y Gabriel.

—Tú estás peor que Gabriel.

—No me importa.

—A Inés sí.

Nico miró hacia la clínica.

El sanitario volvió a utilizar el ecógrafo.

El corazón de Tomás seguía inmóvil.

Inés comprobó sus pupilas y retiró la sábana para buscar alguna respuesta motora. Después dejó las manos apoyadas en el borde de la cama.

—Tiempo —dijo.

Julián no se detuvo.

—Julián.

Él continuó dos compresiones más.

—Basta.

Julián retiró las manos.

La habitación quedó ocupada por el ventilador. El aire entraba y salía de Tomás como si la ausencia de pulso fuese un dato menor que la máquina aún no había recibido.

El sanitario miró a Inés.

—¿Hora?

Ella observó el reloj.

—02:38.

Elena soltó un sonido breve.

No era un grito. El cuerpo se le dobló antes de que pudiera producir nada más. Se sentó en el suelo junto a la cama y apoyó la frente contra el brazo de Tomás.

Mi padre seguía en la puerta.

No entró.

Inés apagó el monitor. Después desconectó el ventilador.

El pecho de mi hermano descendió una última vez.

La casa tardó tres segundos en actualizar el recuento.

—Nueve patrones respiratorios detectados —anunció.

Nico cerró los ojos.

Alma golpeó dos veces la estructura de su silla.

Esperó.

Volvió a golpear dos veces.

Nico levantó una mano y repitió la señal.

Inés cubrió a Tomás hasta el pecho. No le tapó el rostro. Se quitó los guantes, los dejó sobre la mesa y salió del cubículo.

Parecía no vernos.

—Nico y Gabriel salen en la primera extracción —dijo—. Adrián y Elena reciben el tratamiento aquí. Alma necesita revisar la herida.

Julián prepara la silla de Gabriel.

Nadie discutió.

La muerte de Tomás había terminado con nuestra costumbre de fingir que aún había decisiones capaces de devolvernos al principio.

Elena continuaba en el suelo.

Me arrodillé a su lado.

Tenía las manos ensangrentadas por las compresiones. En la muñeca llevaba la pulsera ejecutiva.

—El archivo —dije.

Elena no levantó la cabeza.

—Dijiste que firmarías.

Mi padre entró entonces.

—No ahora.

—Ahora —respondió Alma desde el atrio—. El canal sigue abierto porque el helicóptero está conectado. Cuando se marche, el centro de continuidad puede cerrarlo.

—Tomás acaba de morir —dijo Adrián.

—Por eso —contestó Inés.

Mi padre miró a su nuera.

Ella se apoyó contra el cristal.

—Murió esperando datos que existían y un traslado que se retrasó porque vosotros necesitabais proteger la empresa. No utilices su muerte para pedirnos que esperemos otra vez.

Adrián se acercó a Elena.

—No tienes que decidir nada en este estado.

Elena levantó la cara.

—Éste es el estado en el que llevo decidiendo desde que Nico enfermó.

—Entonces sabes lo que ocurrirá si envías ese archivo. Bloquearán las cuentas. Intervendrán los laboratorios. Aureon se retirará antes del amanecer.

—Sí.

—La segunda unidad aeromédica, los especialistas, el tratamiento de Nico: todo eso depende de relaciones que la empresa mantiene.

—El helicóptero no es tuyo.

—Pero su futuro tratamiento sí.

Nico habló desde la silla.

—Mamá.

Elena miró a su hijo.

—Firma.

Mi padre se volvió hacia él.

—No entiendes lo que estás pidiendo.

—Estoy pidiendo que dejes de mantenerme vivo a costa de gente a la que no puedo mirar.

—Si Lázaro desaparece—

—Entonces desaparecerá porque lo convertisteis en esto.

Adrián se quedó quieto.

Nico respiró hondo. El esfuerzo le provocó una tos seca.

—La primera versión me salvó —continuó—. Eso no te pertenece. Tampoco te pertenece lo que hiciste después.

Elena se puso de pie.

Fue hasta la mesa de mi madre, donde la unidad de Alma seguía conectada al canal. La pantalla mostraba los tres paquetes preparados.

Abrí la comunicación regulatoria.

La primera frase que habíamos retirado de la alerta seguía allí:

La dirección de Varela Biotec ocultó información relevante y ordenó destruir muestras antes de una inspección independiente.

Debajo estaban los documentos, las firmas y la declaración grabada de Tomás.

Elena la abrió.

Mi hermano apareció en la pantalla de la clínica, pálido, con sangre en las encías y los cables sobre el pecho.

—Nadie falsificó mi firma —dijo la grabación—. Nadie me obligó.

Elena detuvo el vídeo.

—No necesito verlo otra vez.

Colocó la pulsera en el lector.

La casa solicitó el propósito.

—Divulgación regulatoria de emergencia —respondió Elena.

—El archivo contiene secretos industriales, información clínica identificable y comunicaciones protegidas. Confirme destinatarios.

Alma leyó la lista: agencia de medicamentos, fiscalía, juzgado de San Gregorio y los comités éticos de los centros participantes.

—Añade a las familias —dije.

—No podemos enviarles el archivo completo —respondió Elena.

—El paquete anonimizado.

Alma añadió a los representantes legales de los pacientes y a la asociación que había conservado los expedientes.

Mi padre se acercó a la consola.

Julián se interpuso sin tocarlo.

—Déjala.

Adrián observó la pulsera de su hija.

—No estás salvando a Nico.

Elena puso el dedo en el lector.

—No. Estoy dejando de usarlo para salvarnos a nosotros.

Confirmó.

La casa solicitó mi autenticación fiduciaria.

Apoyé la muñeca junto a la suya.

—Nora Varela. Confirmo la entrega íntegra del archivo y la preservación de la cadena de custodia.

—Autorizaciones registradas.

El envío comenzó.

No apareció una barra dramática. Sólo una lista de archivos que cambiaban de estado a medida que atravesaban el canal.

ENVIADO.
RECIBIDO.
FIRMA VALIDADA.

El paquete regulatorio salió primero. Después el clínico. Por último, la versión anonimizada.

Al llegar al comunicado público, el sistema pidió un texto de acompañamiento.

La plantilla corporativa propuso:

Varela Biotec informa de una suspensión preventiva mientras investiga posibles acontecimientos adversos.

Lo borré.

Escribí:

Varela Biotec administró Lázaro-7 a pesar de conocer señales de daño hematológico y una desviación grave en el lote L7-4B. Once personas han muerto entre los casos identificados hasta ahora. La empresa ocultó información, desacreditó a quien intentó detener el protocolo y destruyó muestras antes de una inspección. Hemos entregado los archivos originales a las autoridades y suspendido toda administración.

Alma leyó por encima de mi hombro.

—«Hemos» diluye.

Cambié la última frase.

Elena y yo hemos entregado los archivos originales a las autoridades. Varela Biotec ha suspendido toda administración.

—Falta tu nombre en el comunicado contra mí —dijo Alma.

Añadí:

Yo redacté el comunicado que desacreditó públicamente a Alma Rojas. Conocía la existencia de dudas clínicas y elegí no investigarlas.

Mi padre leyó el texto.

—Estás confesando una responsabilidad que quizá no tengas.

—Tengo ésta.

—Los abogados pueden determinarla.

—Ya dejé que los abogados eligieran mis palabras una vez.

Firmé con mi nombre.

Elena añadió el suyo.

El mensaje salió.

A los pocos segundos, el centro de continuidad intentó cerrar el canal.

Sofía bloqueó la orden hasta recibir las confirmaciones externas.

AGENCIA DE MEDICAMENTOS: RECIBIDO.
FISCALÍA: RECIBIDO.
JUZGADO DE SAN GREGORIO: RECIBIDO.
COMITÉ ÉTICO CENTRAL: RECIBIDO.

El paquete público salió después.

—Ahora sí —dijo Sofía.

Liberó el canal corporativo.

La conexión se cerró.

Mi padre permanecía junto a la maqueta. La figura del patio rojo había vuelto a caer durante las compresiones. Esta vez nadie la levantó.

Los sanitarios terminaron de preparar a Nico y a Gabriel.

Gabriel se sentó en la segunda silla de evacuación. Tenía el rostro gris, pero ya no sangraba por la nariz. Antes de entrar en la cámara verde, miró a Alma.

—El archivo contiene mis notas privadas.

—Sí.

—Hay cosas que escribí antes de que cambiaran los informes.

—También cosas que escribiste después.

Gabriel asintió.

—Voy a declarar.

—Primero sobrevive.

—No es una absolución.

—No te la he ofrecido.

Julián empujó la silla hacia el jardín.

Nico pasó junto a la clínica.

Pidió que se detuvieran.

Elena se acercó y se arrodilló frente a él.

Durante unos segundos ninguno supo qué hacer con las manos. Finalmente, Nico apoyó la suya sobre la cabeza de su madre.

—No puedes venir —dijo.

—Lo sé.

—Inés tiene que quedarse.

Mi cuñada estaba sentada junto a Tomás. No parecía escuchar.

—El equipo sabe lo que me han dado —continuó Nico—. Los archivos ya están fuera.

—Lo sé.

—Deja de decir eso.

Elena cerró los ojos.

—Perdón.

Nico retiró la mano.

—Te llamo cuando pueda.

No prometió estar bien.

Elena no se lo pidió.

La cámara verde se abrió. El viento del jardín entró unos centímetros antes de que la presión volviera a estabilizarse.

Los sanitarios llevaron a Nico y a Gabriel hasta el centro del patio. El fresno se agitaba bajo el helicóptero. Sobre las losas habían desplegado dos arneses de extracción.

Alma se detuvo detrás del cristal.

Nico la vio.

Levantó dos dedos.

Golpeó dos veces el lateral de la silla.

Esperó.

Repitió los dos golpes.

Alma respondió contra el vidrio.

El torno elevó primero a Gabriel. Su cuerpo desapareció entre las ramas y ascendió hacia la luz blanca.

Después sujetaron a Nico.

Elena apoyó ambas manos sobre la puerta cerrada.

La silla se separó del suelo.

Nico atravesó la copa del fresno y salió de Casa Cero por el hueco que Ana había dejado para que entrara la luz.

CAPÍTULO 10

La casa abierta

El helicóptero se alejó hacia el norte.

Durante unos segundos, el foco continuó barriendo la cubierta de Casa Cero. Después desapareció detrás del humo, llevándose a Nico y a Gabriel.

La casa actualizó el recuento.

—Siete patrones respiratorios detectados.

Tomás seguía en la clínica.

El sistema no lo contaba.

El fresno del Jardín Verde continuaba agitándose bajo la abertura. Las hojas arrancadas por las hélices habían quedado esparcidas sobre el suelo, pegadas a las paredes húmedas y atrapadas en las rejillas de ventilación. El aire exterior entraba por el techo y era expulsado a través de los filtros sin alcanzar el resto de la casa.

Sofía intentó cerrar uno de los paneles para reducir la contaminación. El motor oeste no respondió.

—Déjalo abierto —dijo Inés.

Estaba sentada junto a la cama de Tomás, todavía con sangre en la ropa. Había retirado el tubo y las vías, pero no había tocado las manchas secas alrededor de su boca.

—El jardín no puede permanecer así —respondió Sofía.

—Esta noche sí.

Sofía apartó las manos de la consola.

La segunda unidad aeromédica no estaba confirmada. El perímetro de San Gregorio continuaba cerrado para vehículos terrestres y la concentración exterior sólo había descendido en la parte sur de la finca. Según la última respuesta de emergencias, tendríamos que esperar entre cuarenta minutos y dos horas.

Elena y Adrián necesitaban el inhibidor antes.

Uno de los sanitarios había dejado seis viales, antibióticos y las instrucciones de administración. Inés los preparó en silencio. No pidió ayuda hasta que tuvo las dos dosis distribuidas en bandejas separadas.

—Elena primero —dijo.

Mi hermana seguía junto a Tomás.

—Puedo esperar.

—No era una invitación.

—Papá tiene menos plaquetas.

—Estáis lo bastante cerca para que el orden no cambie el resultado. Tú tienes sangre en el ojo y has hecho compresiones durante ocho minutos.

Elena miró sus brazos. Habían aparecido hematomas alrededor de los codos y las muñecas.

Se sentó en el segundo cubículo.

Inés le conectó la medicación con movimientos precisos. No se hablaron mientras preparaba la vía. Cuando terminó, Elena intentó sujetarle la mano.

Inés la retiró.

—No esta noche.

Elena asintió.

—Lo entiendo.

—No digas eso. Tu familia utiliza esa frase cuando quiere saltarse la parte difícil.

—No sé qué decir.

—Entonces no digas nada.

Mi padre esperaba en el Atrio Azul. Se había sentado en el banco circular que rodeaba el canal seco. A sus pies seguían las fotografías de los veintisiete casos.

No había tocado ninguna.

Cuando Inés terminó con Elena, fue a buscarlo.

—Te toca.

—Estoy bien.

—Tienes cincuenta y un mil plaquetas, hematomas espontáneos y sangre en la orina.

Adrián miró a su nuera.

—¿Cómo sabes lo último?

—La casa analiza los baños.

—Ana odiaba ese sistema.

—Ana está muerta. Tomás también. Levántate.

Mi padre obedeció.

Al pasar junto a la clínica, no miró hacia el cubículo. Entró en la sala de procedimientos y se sentó en la misma camilla donde habían cosido a Alma.

Inés le colocó la vía.

—El inhibidor puede detener el proceso —explicó—. No reparará lo que ya haya ocurrido. Necesitas monitorización renal y neurológica.

—¿Elena?

—También.

—¿Nico recibió la dosis completa?

—Sí.

—¿A tiempo?

Inés fijó el catéter con una tira de adhesivo.

—No lo sé.

Adrián miró el líquido transparente dentro de la bolsa.

—Tienes que ir con él.

—Tengo que preparar a Tomás.

—Puedo encargarme de eso.

Inés se quedó inmóvil.

—No volverás a encargarte de él.

Abrió la perfusión y salió.

Mi padre no intentó detenerla.

Encontré a Alma en el Núcleo Negro. Se había sentado frente a la maqueta de Ana y retiraba con cuidado la bata adherida a la herida.

Dos puntos se habían abierto. La sangre no era abundante, pero había empapado la ropa térmica.

—Inés tiene pacientes —dijo antes de que preguntara.

—También eres una.

—No inmediata.

Busqué gasas en el botiquín de mantenimiento. Alma se dejó limpiar la herida mientras comprobaba el estado de la unidad de transferencia.

—El archivo llegó completo a la agencia —dijo—. La fiscalía confirmó recepción. El paquete público se ha replicado en tres servidores externos.

—¿Eso estaba programado?

—Sí.

—¿Aunque Elena no hubiese firmado?

—Si perdía contacto con la unidad durante más de seis horas.

La miré.

—Un seguro.

—Una amenaza.

—¿Sofía lo sabía?

—No.

—Dijiste que no la habías manipulado.

—Sofía dijo que la había manipulado un poco.

—Te ayudó sin saber que habías preparado una filtración automática.

—Si se lo decía, se convertía en cómplice de todo lo que yo hiciera después.

—La convertiste en cómplice de entrar.

—De eso necesitaba que fuese responsable.

—Qué consideración.

Alma apretó los dientes cuando la gasa rozó los puntos abiertos.

—No soy la persona buena de esta historia, Nora.

—Eso ya lo había entendido.

—Bien.

—Tampoco puedes utilizar haber tenido razón para justificarlo todo.

—No.

Alma miró hacia el Atrio Azul. Desde allí se veía a Sofía trabajando en los controles y a Julián recogiendo las fotografías del canal.

—Creí que si le enseñaba todos los riesgos, diría que no. Y necesitaba entrar.

—Podríais haber muerto en el túnel.

—Sí.

—También podrías haber contaminado la casa con el humo de San Gregorio.

—Sí.

—¿Y lo habrías hecho otra vez?

Alma tardó en contestar.

—Habría elegido otra noche.

No pude evitar reírme.

Ella también sonrió, aunque el gesto le provocó dolor.

—No lo sé —añadió—. Es la respuesta que debería haber dado antes de entrar.

Le coloqué una venda limpia.

—Inés tendrá que coserte otra vez.

—Cuando termine.

—No va a terminar.

Alma miró la puerta roja.

—No.

Julián apareció con las hojas de los pacientes dentro de una caja transparente.

—Esto queda bajo custodia —dijo—. No toquéis nada más.

—¿Custodia de quién? —pregunté.

—Hasta que lleguen las autoridades, mía. Después espero no volver a escuchar esa pregunta.

Colocó la caja junto a la unidad de Alma.

—He guardado una copia del registro de accesos, las cámaras y las comunicaciones internas. También la declaración de Tomás.

—¿Incluiste que ayudaste a abrir el Núcleo? —preguntó Alma.

—Sí.

—¿Y que inmovilizaste a Adrián?

—Sí.

—No vas a conservar tu empleo.

Julián miró hacia la sala de procedimientos, donde mi padre recibía el tratamiento.

—Hace horas que no trabajo para él. Sólo nadie se había molestado en decírmelo.

Sofía nos llamó desde el atrio.

—Tenemos conexión con el hospital.

El canal no atravesaba ya la infraestructura de Varela Biotec. El equipo aeromédico había dejado una estación portátil en el jardín, enlazada a la red de emergencias.

Elena salió de la clínica empujando el soporte de su medicación. Adrián se reunió con ella. Inés permaneció junto a Tomás, pero activó el altavoz del cubículo.

Una médica apareció en la pantalla.

—Nicolás Varela ha llegado consciente —informó—. Presentó una breve pérdida de respuesta durante el traslado, sin signos de hemorragia cerebral en la tomografía inicial. El recuento de plaquetas es de treinta y dos mil.

Elena se sujetó al soporte.

—¿Ha subido?

—Ha dejado de descender. Es pronto para atribuirlo al tratamiento. Tiene signos de daño renal y hemólisis, pero la presión se mantiene estable. Vamos a ingresarlo en cuidados intensivos.

—Quiero hablar con él.

—Ahora está sedado para colocar un catéter. Cuando despierte, le comunicaremos que ha llamado.

—No he llamado. Estoy aquí.

La médica miró el nombre de la conexión.

—Le comunicaremos que ha preguntado por él.

Elena cerró los ojos.

—¿Gabriel?

—Estable. Treinta y siete mil plaquetas. Menor daño renal, sin hemorragia activa.

—¿Han recibido los archivos? —preguntó Inés.

—Sí. El equipo de hematología está revisándolos.

—No administren más plaquetas sin bloqueo de complemento, salvo hemorragia vital. El modelo preclínico mostró consumo

inmediato.

—Lo tenemos. También hemos avisado a nefrología y neurología.

—Necesitará seguimiento de la enfermedad original —dijo Adrián —. Su última dosis—

La médica lo interrumpió.

—La prioridad inmediata es la microangiopatía. Cualquier nueva administración de Lázaro está suspendida.

Mi padre no volvió a hablar.

—¿Podemos trasladar a los otros pacientes? —pregunté.

—Una unidad terrestre está esperando que se reduzca el perímetro. Tiempo estimado: cincuenta minutos. Si alguno empeora, soliciten otra evacuación vertical.

La conexión terminó.

Elena se sentó en el suelo.

No lloró de alivio. La palabra estable era demasiado pequeña y provisional para sostener nada.

Mi padre permaneció de pie ante la pantalla apagada.

—Está vivo —dijo.

Elena levantó la cabeza.

—Tomás también lo estaba hace una hora.

Adrián miró hacia la clínica.

Esta vez entró.

Inés había colocado una sábana limpia sobre mi hermano y cerrado la cortina que daba al atrio. Mi padre se detuvo en el umbral.

—Quiero verlo.

—No.

—Era mi hijo.

—También era mi marido.

—Inés.

—Le pediste que firmara. Utilizaste su miedo por Nico. Le diste un certificado que ocultaba la desviación y después intentaste borrar el archivo mientras él sangraba.

—No sabía que el lote iba a—

—No termines esa frase.

Inés salió del cubículo y cerró la puerta detrás de sí.

—No quiero oír todo lo que no sabías. Esta noche he visto hasta dónde llegaba lo que sí sabías.

Adrián no cruzó la puerta.

—Sólo quiero despedirme.

—Llevas años despidiéndote de él cada vez que elegías la empresa.

Mi padre bajó la vista.

Inés respiró despacio.

—Cuando termine de prepararlo, podrás entrar. No antes.

Regresó al cubículo.

Adrián se quedó en el corredor rojo, solo, con la medicación suspendida a su lado.

A las 03:06, la concentración exterior descendió por debajo del límite de emergencia.

Sofía inició la apertura del Airlock Blanco.

El sistema protestó.

—Aislamiento activo. Apertura exterior no recomendada.

—Autorizar acceso de equipos de emergencia —dijo.

—Se requiere confirmación administrativa.

Mi padre oyó la petición desde el corredor.

No respondió.

Apoyé mi pulsera en la consola.

—Nora Varela. Acceso fiduciario de emergencia.

—Credenciales insuficientes para apertura exterior.

Sofía levantó la mirada.

—Necesitamos a Adrián.

Elena salió con su vía.

—Usa la mía.

—La credencial ejecutiva no sustituye al administrador de la vivienda.

Mi padre se acercó despacio.

La casa había sido construida para obedecerle incluso después de que todos los demás dejasen de hacerlo.

Colocó la muñeca en el lector.

—Abrir airlock para equipos de emergencia.

—La apertura finalizará el aislamiento integral de Casa Cero.

Adrián observó el Atrio Azul, el Núcleo abierto y las fotografías dentro de la caja de Julián.

—Confirme.

—Confirmo.

El sellado comenzó a retirarse.

Las puertas que habían permanecido cerradas desde medianoche se desbloquearon una a una. Primero la cámara blanca. Después el corredor de servicio. El Ala Violeta quedó conectada al resto de la casa. Los paneles del Comedor Ámbar recuperaron su transparencia. La Clínica Roja dejó de funcionar como compartimento independiente.

Por último, la puerta exterior del airlock se abrió.

Entró aire frío.

No estaba filtrado ni medido con la precisión de Casa Cero. Olía a humo lejano, tierra mojada y combustible de los vehículos que ascendían por el camino.

La voz del sistema cambió.

—Aislamiento finalizado. Arquitectura abierta.

Las luces de los siete sectores se encendieron al mismo tiempo.

Azul. Ámbar. Verde. Violeta. Rojo. Negro. Blanco.

Durante unos segundos, la casa de mi madre apareció bajo la fortaleza.

Los equipos de emergencia llegaron a las 03:19.

Entraron por el airlock con máscaras, camillas y equipos de medición. Detrás de los sanitarios venían bomberos, dos policías y una inspectora que llevaba la orden judicial de San Gregorio dentro de una funda transparente.

La casa comenzó a contar.

—Diez patrones respiratorios detectados.

Entraron tres personas más.

—Trece patrones respiratorios.

Otros cruzaron el atrio.

—Dieciséis patrones respiratorios. Advertencia: discrepancia de credenciales.

Sofía apagó el audio.

La casa siguió contando en la pantalla, incapaz de comprender que la puerta estaba abierta y que ya no importaba quién pertenecía dentro.

Los sanitarios evaluaron a Elena y a Adrián. Sus plaquetas continuaban cayendo, aunque más despacio. Los trasladarían juntos al hospital.

Un policía se acercó a mi padre.

—Señor Varela, su dispositivo de acceso queda incautado como parte de la investigación.

Adrián miró su pulsera.

—Contiene información médica.

—El hospital recibirá una copia. Necesito que se la quite.

Mi padre abrió el cierre.

La marca pálida alrededor de su muñeca parecía la huella de algo que hubiese llevado durante demasiado tiempo.

Entregó la pulsera.

La casa perdió a su administrador.

—Credencial principal no disponible —mostró la consola.

Nadie intentó sustituirlo.

La inspectora habló con Alma dentro del Núcleo. Le pidió la unidad original, el índice de los archivos sustraídos y una descripción del acceso por el túnel. Alma no ocultó su entrada ni la ayuda de Sofía.

—La posible responsabilidad por la intrusión se evaluará después —dijo la inspectora—. Ahora necesito preservar esto.

—Hay una copia externa —respondió Alma.

—Lo sabemos.

—Y otra programada si la unidad pierde contacto.

—Desactívela.

Alma miró hacia mí.

—Desactívala —dije.

Introdujo una clave y canceló el envío automático.

Entregó el dispositivo.

No pareció aliviada al soltarlo. Durante meses, quizá años, había reducido su vida a conservar aquella caja negra. Al quedarse sin ella tuvo que sujetarse a la mesa.

La inspectora la sostuvo por el brazo.

—Necesita atención médica.

—Necesito acompañar el archivo.

—El archivo tiene más escolta que usted.

Inés permitió que mi padre entrara en la clínica cuando Tomás estuvo preparado.

Adrián permaneció allí dos minutos.

Al salir no dijo nada. Elena entró después y cerró la puerta. Tampoco quiso compañía.

Yo fui la última.

Tomás parecía más joven sin los cables ni la sangre. Inés le había lavado el rostro y peinado el pelo con los dedos. Tenía las manos colocadas sobre el abdomen.

El anillo de boda ya no estaba.

Inés lo llevaba colgado de una cadena alrededor del cuello.

—Quieren trasladarlo —dije.

—Ya lo sé.

—Puedo ir con él.

—Voy yo.

—Claro.

Inés observó a Tomás.

—En el funeral no quiero que digan que murió luchando contra Lázaro.

—No lo diré.

—Ni que fue sólo una víctima.

—No.

—Firmó. Calló. Después intentó corregirlo. Las tres cosas son verdad.

—Sí.

—No dejéis que su muerte lo vuelva sencillo.

Me acerqué a ella.

Inés permitió que la abrazara, pero mantuvo los brazos junto al cuerpo. Después de unos segundos apoyó la frente en mi hombro.

—Tendría que haberlo obligado a hablar —dijo.

—No era tu responsabilidad.

—Sabía cuándo mentía.

—No sabías sobre qué.

—Sabía que algo lo estaba consumiendo.

Miró las manchas bajo la piel de Tomás.

—Sólo me equivoqué de enfermedad.

Los sanitarios entraron con la camilla.

Inés caminó junto a su marido cuando lo sacaron de la Clínica Roja. La casa no emitió ningún aviso al perder su peso, su temperatura ni la respiración mecánica que había contado durante los últimos minutos.

El cuerpo de Tomás cruzó el Atrio Azul.

Nadie habló.

Al pasar junto al canal, Julián abrió la caja y colocó encima la fotografía de Damián Requena. No supe si lo hizo por Tomás o por los demás. Tal vez la distinción ya no servía.

Elena y Adrián salieron después en camillas separadas.

Antes de entrar en la ambulancia, mi padre me llamó.

Me acerqué.

La mascarilla de oxígeno cubría parte de su rostro.

—Avísame cuando Nico despierte.

—El hospital lo hará.

—Quiero que me lo digas tú.

—No sé si podré verlo.

—Te dejarán.

—No me refiero al hospital.

Adrián entendió.

—Lo que hice no cambia que sea mi nieto.

—No.

—Ni que intentara salvarlo.

—Tampoco.

Pareció esperar algo más.

—Sabías suficiente para detenerte —dije—. Ésa es la parte que no va a cambiar.

Mi padre miró hacia Casa Cero.

El Jardín Verde seguía abierto al cielo. Las luces de emergencia teñían las ramas del fresno, y el interior de la vivienda era visible desde la puerta blanca.

—Pensé que podía corregirlo después.

—Siempre había un después mientras le ocurría a otra persona.

El sanitario cerró la ambulancia.

Adrián se marchó vivo.

Tendría tiempo para explicar cada firma.

Nico despertó treinta y seis horas después.

Para entonces, Lázaro-7 estaba suspendido en once países. Los centros habían localizado a todos los participantes activos salvo dos. Cuatro pacientes presentaban alteraciones hematológicas y habían recibido el protocolo de rescate antes de desarrollar una hemorragia grave.

La fiscalía intervino San Gregorio y los servidores de Varela Biotec. Aureon suspendió la operación antes de que abrieran los mercados. El consejo aceptó la renuncia de Elena como directora ejecutiva y nombró una administración provisional que ya no respondía a nadie de la familia.

Gabriel permanecía en cuidados intensivos. Sus plaquetas habían comenzado a recuperarse, pero necesitó una sesión de diálisis. Grabó una segunda declaración desde la cama y entregó sus cuadernos de laboratorio.

Alma pasó una noche hospitalizada por la herida y una infección leve. Al salir, la esperaba una citación como testigo y otra relacionada con la intrusión en Casa Cero. Guardó ambas en el mismo bolsillo.

Sofía declaró durante nueve horas.

Julián entregó las grabaciones, su arma y un informe que comenzaba a medianoche y terminaba con la apertura del airlock. En el apartado dedicado al uso de la fuerza escribió que había inmovilizado al propietario para preservar vidas y pruebas. No añadió ninguna justificación.

Inés no habló con la prensa. Organizó el funeral de Tomás y envió su historia clínica completa a la investigación. Cuando le preguntaron si deseaba retirar la declaración grabada por su marido, contestó que Tomás había pasado demasiado tiempo sin hacerse oír.

Yo declaré tres veces.

La primera ante la fiscalía.

La segunda ante la agencia de medicamentos.

La tercera delante de las familias cuyos nombres había aprendido dentro de la casa.

Andrés Otero estaba entre ellas. No me permitió leer una disculpa preparada. Me pidió que explicara quién había ordenado responder a su correo mediante una advertencia jurídica.

Le dije que había sido yo.

No me perdonó.

No se lo pedí.

Cuando me autorizaron a entrar en la habitación de Nico, Elena dormía en una silla junto a la ventana. Tenía una vía todavía conectada y el blanco del ojo cubierto por una mancha roja. Sus plaquetas se habían estabilizado, pero se negaba a dejar la planta mientras su hijo siguiera allí.

Nico estaba despierto.

Tenía el rostro hinchado por la medicación y un catéter en el cuello. La pantalla a su lado mostraba cifras que no entendí hasta encontrar la palabra plaquetas.

Cincuenta y nueve mil.

—Subiendo —dijo.

Su voz era débil.

—Te queda mucho para presumir.

—Tomás presumiría con veinte.

El nombre quedó entre nosotros.

Nico miró a su madre dormida.

—Me lo dijeron esta mañana.

—Lo siento.

—Yo también.

No lloró. Quizá ya lo había hecho. Quizá el cuerpo no le permitía perder más líquido.

—¿Inés está sola? —preguntó.

—No quiere ver a nadie.

—Eso no es lo mismo.

—Lo sé.

Nico arqueó una ceja.

—Te pareces a mi madre.

—Es la cosa más cruel que me han dicho esta semana.

Elena abrió los ojos.

No protestó.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Nico.

—Estable —respondió ella—. La medicación funcionó. Tiene daño renal, pero no necesitará diálisis si continúa mejorando.

—¿Está detenido?

—Está bajo custodia hospitalaria mientras los jueces deciden.

—Entonces no.

—Entonces no.

Nico miró hacia la ventana.

—¿Y tú?

Elena se incorporó.

—He renunciado.

—No he preguntado por el trabajo.

Ella tardó en responder.

—No lo sé.

Nico asintió.

Aquella respuesta pareció satisfacerlo más que cualquiera de las certezas con las que lo había criado.

—Alma vino ayer —dijo.

—No estaba cuando yo llegué.

—Le pidieron que no regresara sin autorización. Discutió durante cuarenta minutos.

—Eso suena a Alma.

—Dice que la primera formulación sigue en el archivo.

Elena se tensó.

—No vamos a hablar de tratamientos ahora.

—No estoy hablando de volver a ponérmelo.

—Nico.

—Pregunté si lo que funcionó conmigo puede servir a otros.

—¿Y qué dijo?

—Que no mientras pertenezca a una empresa que necesita venderlo antes de entenderlo.

Elena bajó la vista.

—Tiene razón.

Nico miró la cifra de plaquetas.

—Eso debe dolerte.

—Mucho.

—Bien.

La palabra no fue amable, pero tampoco cerró la conversación.

—La enfermedad original sigue ahí —dijo Nico—. Lázaro no la eliminó. La retrasó. Cuando salga de esto, seguirá siendo una decisión.

—No tienes que tomarla ahora —respondí.

—No. Pero esta vez quiero estar en la habitación cuando la tomen.

Elena le sujetó la mano.

Esperó a que él decidiera si retirarla.

Nico la dejó allí.

—¿Qué pasó con la casa? —preguntó.

—Está bajo custodia judicial.

—¿Sigue contando?

—Sofía desconectó el audio.

—No es lo mismo.

—Mañana vuelvo con los técnicos para entregar el Núcleo. Puedo comprobarlo.

Nico golpeó dos veces la barandilla de la cama.

Esperó.

Golpeó otras dos.

—Dile que sigo aquí —dijo.

Regresé a Casa Cero seis días después de que se sellara.

Las cintas judiciales cruzaban el airlock y el camino estaba lleno de vehículos de investigación. El humo de San Gregorio había desaparecido, pero el aire conservaba un olor tenue a plástico quemado cuando el viento llegaba desde el este.

Sofía me esperaba en el Atrio Azul.

Ya no llevaba la ropa de la empresa. Tenía una mochila, una caja de herramientas y la credencial temporal que le había entregado el juzgado.

—Van a clonar otra vez el archivo —dijo—. Después apagarán el Núcleo.

—¿Para siempre?

—Hasta que decidan quién puede conservarlo.

—¿Y la casa?

—Nadie lo ha preguntado.

Cruzamos el atrio.

Los siete sectores permanecían abiertos. Las puertas habían quedado inmóviles dentro de las paredes, y las rutas luminosas del suelo estaban apagadas. El Comedor Ámbar olía a la cena abandonada. En el Ala Violeta seguía la cama donde Tomás había intentado dormir. La Clínica Roja había sido vaciada, salvo por una cinta que marcaba la posición de cada equipo.

En el Jardín Verde había llovido.

El techo continuaba retraído y el agua cubría las losas. El fresno había perdido una rama pequeña durante la extracción. Las hojas flotaban dentro del canal de riego.

Ana habría odiado los daños.

También habría dejado el techo abierto.

Alma estaba en el Núcleo con dos técnicos judiciales. Había vuelto para verificar la nueva copia y explicar el índice que había construido. Cuando me vio, levantó una mano.

—Pensé que no vendrías.

—Yo también.

—¿Cómo está Nico?

—Cincuenta y nueve mil y subiendo.

—Eso era ayer.

—Ochenta y uno esta mañana.

Alma sonrió.

—Bien.

—Dice que la primera formulación sigue aquí.

La sonrisa desapareció.

—Sí.

—¿Puede reconstruirse?

—Con tiempo. Bajo otro protocolo, otra supervisión y sin garantías.

—¿Quién decide?

Alma miró los servidores.

—Ésa es la pregunta que todos evitamos cuando funcionó por primera vez.

Uno de los técnicos cerró la copia.

—Archivo preservado —anunció—. Podemos apagar.

Sofía fue hasta la consola.

El sistema solicitó una credencial administrativa que ya no existía. Utilizó la orden judicial para entrar en modo de mantenimiento.

—¿Quieres hacerlo? —me preguntó.

—No es mi casa.

—Legalmente, una parte sí.

—Ése fue el problema.

Sofía aceptó la orden de apagado.

Los servidores fueron silenciándose por filas. El ruido descendió hasta dejar al descubierto sonidos que el Núcleo llevaba años ocultando: la lluvia en el jardín, las voces de los técnicos, el agua circulando por los viejos canales bajo el suelo.

La maqueta de Ana permanecía sobre la mesa.

La figura del patio rojo seguía caída.

La coloqué de pie.

Alma me observó, pero no dijo nada.

Cuando el último servidor se apagó, las luces negras se extinguieron. La biblioteca recuperó unas proporciones que no había visto desde mi adolescencia. La mesa parecía demasiado grande para la sala, y los tres estantes de libros demasiado pequeños.

Salimos al Atrio Azul.

Sofía abrió desde su tableta la configuración de los sectores. Eliminó el aislamiento automático, desactivó el reconocimiento respiratorio y dejó activas únicamente las alarmas de incendio, fugas y acceso exterior.

—La casa seguirá ventilando —explicó—. Ya no decidirá quién puede atravesar cada puerta.

—¿Y el recuento?

—Míralo.

La pantalla del vestíbulo había sustituido la cifra por dos líneas.

PATIOS ABIERTOS.
OCUPACIÓN INDETERMINADA.

Saqué el teléfono.

Tenía un mensaje de Nico: un audio de cuatro golpes.

Dos.

Una pausa.

Dos.

Lo reproduje otra vez.

En la pantalla, Casa Cero no decía que fuéramos siete, nueve ni diez.

Por una vez, nadie le pidió que volviera a contar.